

La Esfera

5 Febrero 1916

Año III.—Núm. 110

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO, por Marceliano Santamaría

BIENEDE
BIBLIOTECA
* MADRID

CAMARAT

DE LA VIDA QUE PASA
ENTRE EL CINE Y EL RETRUÉCANO

Vivo junto al teatro que edificó espléndidamente aquel empresario tan generoso y tan audaz que soñó como con un gran negocio con la explotación del arte nacional; es decir, de la ópera española. Desde el día de la inauguración, ese teatro ha servido para mil cosas. La ópera fracasó enseguida. Han ido desfilando empresas y compañías de todo género. Siempre en frío, con la sala casi vacía, salvo alguna tarde ó alguna noche afortunada. Las raras excepciones confirmaban la regla. Cuando llegaba Carnaval, los bailes hasta la madrugada... Los focos encendidos; las mascaritas que vienen á pie ó en un triste simón; vino barato, gritos, broncas... Al día siguiente el *confetti* en la acera. Y nada más. Todo eso se repetía año tras año y seguiría repitiéndose con la misma frialdad si no hubiera venido el *cine*.

Con el cine todo ha cambiado. El calor del teatro —animación, interés, vida,—llega hasta la calle. Grandes carteles atraen al público con sus colores vivos y sus escenas terroríficas. Los chiquillos se clavan en la acera para mirar aquel hombre que se descuelga por una escala con el puñal en la boca, llevando en brazos una mujer hermosa con la garganta desnuda, ó aquel otro tipo tragicómico que levanta á los apaches por los fondillos de los pantalones. Trabaja la taquilla desde muy temprano, mañana y tarde. Hay coches y automóviles á la puerta; grupos que se marchan sin haber logrado localidad. Y si entráis, os impondrá cierto respeto la muchedumbre que llena palcos, butacas y galerías para vivir dos ó tres horas en una semi-obscuridad necesaria al espectáculo, é interesarse en el desarrollo de episodios casi siempre infantiles. Pero en ningún otro espectáculo,—como no sea en los toros,—pone tanto entusiasmo el público, é interviene tan ruidosamente. ¿Estará en esa acción, en esa colaboración del espectador el secreto del cine? ¿Será, lisa y llanamente, una forma de pereza mental la que prefiere las proyecciones mudas al teatro hablado? ¿O formulará el público con esa preferencia la crítica más severa de nuestro teatro actual?

Lo más tranquilizador es creer que no hay razones de psicología, ni de moral social, sino, simplemente, caprichos pasajeros de la plebe, alta y baja. Pero también es cierto que en estos últimos años, no hay obras teatrales populares y que si se nota alguna preferencia del público es en favor de esas farsas disparatadas llenas de retruécacos que arrancan la risa poco menos que á la fuerza sin riesgo de avergonzarnos luego de haber reído. Ese es el teatro que triunfa, hoy por hoy, mientras no haya otro bastante fuerte para arrastrar al público.

Hace pocos días contaba Alfredo Capus que cierta actriz muy estimable fué «un poco silbada» en una representación patriótica



Carteles de cintas cinematográficas

porque se permitió de pronto intercalar un tango ú otro baile parecido. Se había olvidado de la guerra y el público parisiense, sin dejar de estimarla, tuvo buen cuidado de volverla á la realidad. Consideraba Capus que esto era en materia teatral un buen indicio. —«El público parisiense—decía este cronista poco sospechoso de predicador, moralizador,—había llegado á la aceptación completa y pasiva de todos los espectáculos, incluso de los que más podían disgustarle. ¿Había en esta tolerancia de la corrupción general, una depravación del gusto, un fenómeno de decadencia? Hoy se vé que no. Esos burgueses, esas gentes del pueblo no se hacían ninguna ilusión sobre la calidad de las dis-

tracciones que le ofrecían. Iban al teatro ó al café-concierto, llevados por un reclamo cínico para pasar el rato en un sitio brillante. Pero, al salir, juzgaban lo que acababan de ver y de oír con la mayor severidad».—Estas palabras parecen escritas para reflejar el efecto del bombardeo de chistes y retruécacos que aguanta nuestro público sin defenderse, antes bien entregándose y acudiendo al teatro á sabiendas de lo que va á pasar. Aquí se juzga también severamente y el público hace también sus chistes bárbaros á costa de las obras y de los autores. Pero ¿sería verosímil, no ya para Capus, ingenio sutil, sino para

esos buenos burgueses, para esas gentes del pueblo franceses, un espectáculo de un nivel tan bajo como el teatro de retruécacos? Yo lo dudo.

De lo que se quejan los críticos franceses es de que el público, á pesar de su viva inteligencia, se acomodara perfectamente á las obras y á los espectáculos más groseros. No era esta la primera vez que Francia, en vísperas de grandes transformaciones pensara solo en «la dulzura de vivir», como decía Talleyrand hablando de los años que precedieron á la Revolución. Capus lo explica—juzgando ya en sentido nacionalista el estado de es-

píritu anterior á la guerra,—por «un conjunto de costumbres, en que todo acto de voluntad, toda opinión fuertemente expresada parecían un insulto á alguien ó á algo. Hacía falta, ante todo, no rozar á nadie, no crearse dificultades».—En esas condiciones era imposible formar el gusto del público que exige libertad é independencia de criterio, una tradición sostenida y vigilada y una atmósfera sana. Pero Capus, la crítica y Francia entera lo esperan todo al día siguiente de la victoria. Una vez más la guerra será la gran purificadora. Ya empieza por hacer que en un teatro de París silben un tango inoportuno.

Mucho se espera de la guerra. Lo probable es que las cosas sigan, poco más ó menos, como ahora; porque los hombres no cambian de alma á compás de los sucesos históricos. Y hasta podría ocurrir que la disciplina estrecha de las trincheras traiga después una violenta necesidad de emociones gratas, regocijadas.

¿Y entre nosotros? ¿Hará falta una guerra también? Francamente, á esa costa, es posible que consideremos preferible el abuso del cine y del retruécaco. Yo por lo menos no me atrevo á pedir que ahoguemos á Simó Raso en dos metros de sangre.

Luis BELLO

CÁVIA, EXCELENTÍSIMO SEÑOR

ESTE hombre, á quien Burell ha dado la gran cruz de Alfonso XII, era y es uno de los más grandes servidores de la patria; no quiero decir el mayor de todos, porque no parece que me ciega pasión amicísima, ya que he de asegurar otras cosas que se juzgarían mal y parecerían exageradas ó precipitadas, si no las acompañase una gran serenidad de juicio. Toda su vida se gastó en sembrar ideas en la conciencia nacional; su pluma era como una cátedra á la que cada mañana acudían, no cincuenta ni cien alumnos matriculados de mala gana, sino cien mil lectores, muchos más seguramente, que escuchaban encantados la charla del maestro. Allí los cultos contrastaban y remozaban sus pensamientos; allí los iletrados se aficionaban al placer de la lectura; allí los jóvenes sentían el estímulo de hacer una patria que pudiera jubilar á don Patricio Buenafé porque no fueran ya necesarios sus consejos; allí todos sentían que ideas nuevas arraigaban y germinaban en sus cerebros... Tenía aquella cátedra los dos encantos supremos de la vida intelectual, que pocas veces se hermanan: ingenio y cultura. Cávía enseñaba riendo. Sabía tanto de todas las ciencias humanas, como de esta ciencia divina que Dios regaló al hombre: la alegría de la vida. Así, por leerle, mucha gente aprendió á leer. Y esta cátedra no costaba al Estado un solo céntimo; no figuraba en los presupuestos; no iba creando derechos pasivos que hicieran pensar á su titular tranquilamente en los días de la senectud; ni siquiera autorizaba para publicar un amazacotado libro de texto que habrían de adquirir los compradores á la fuerza. Así, treinta y cinco años.

Pero Cávía fué aun algo más que educador de muchedumbres y catedrático del pueblo. Llegó á nuestra prensa, como Larra, á quien se le ha comparado muchas veces, en un momento de indecisión. La vieja prensa que había hecho la Revolución y la había deshecho, mano á mano con los políticos, no tenía ya frases huera suficientes con que seguir engañando á los lectores y, en vano, espíritus avisados intentaban desligar á los periódicos de la política estéril y romper el nexo de dependencia en que había vivido con ella. Como Larra en su tiempo, Cávía dió la fórmula de aquel periodismo nuevo: hablar de la política, sin ser político, desdeñando sus vanidades y rechazando sus provechos; considerar la política como uno de tantos aspectos de la vida nacional, sin más importancia que las Letras ó los toros...

Desde que Cávía comienza á publicar sus *Platos del día* en *El Liberal*, la evolución se inicia en todos los periódicos, aun en aquellos que siguen perteneciendo á una bandera ó un jefe político. Para sobrevivir, el artículo político tiene que buscar galas nuevas en las austeras justicias de la pluma de Troyano ó en el supremo arte de decir, vibrador, brillante y sonoro de la pluma de Burell.

Es una renovación engendradora de un admirable grupo de periodistas, Vicenti, Tuero, Ginard de la Rosa, Comenge, los dos Figueroas, Peris, Abascal, Mellado, Canals, Lopez-Ballesteros, Francos, Argente... Grupo admirable, pero que se deshace absorbido por la política, tragado, devorado por ella y por la muerte, mientras que el lector se hastía y bosteza y pierde la fe que puso antaño en la letra de molde.

Entre tanto, Cávía sigue su labor de sembrador de ideas, de difundidor de cultura y de vez en cuando dedica á la política unas palabras que encarnan aquel gesto suyo tan original, que comienza siendo desdén y acaba siendo misericordia. Pero Cávía vá acercándose á los años en que la juventud no acierta ya á engañarse á sí misma y se confiesa ida para no volver. Ca-

da día, como en sus años mozos, cuando la fecundidad no es dolor, Cávía escribe su artículo. Tras él han llegado dos ó tres generaciones nuevas de escritores y ninguno le supera en novedad ni en variedad ni en cultura ni en ingenio ni en asiduidad; ninguno le ha reemplazado. Talento que no envejece, Cávía sigue siendo Cávía. Las gentes no se dan cuenta de qué portentoso milagro es este de un cerebro que niega el pasar del tiempo y resiste el abrumamiento de producir un artículo diario. Mirad en derredor, escudriñad en esta nación de veinte millones de habitantes y vereis que en ella hay sesenta hombres que han llegado á ministros, muchos á lograr fama en varias profesiones y uno solo, uno no más, Cávía, á realizar durante treinta y cinco años esta portentosa labor de dilapidación de ideas. Es como aquellos *rajah* de los cuentos de la India que regalan puñados de brillantes y esmeraldas á los caminantes que piden una noche hospitalidad en sus palacios.

¿Con qué paga España á este hombre? Burell, un hermano en letras, un escritor á quien la política no ha logrado borrar su verdadera personalidad y quien, para que las gentes no olviden su singular retórica, está matizando con ella la aridez de la *Gaceta*, le ha dado lo mejor que tenía á mano: la Gran Cruz de Alfonso XII. En el mundo de las vanidades hay algo más: hay grandes collares, hay un Toisón de Oro, y en el mundo de las realidades debiera haber para el Estado español, en casos como el de Galdós y como el de Cávía, las seguridades no de un asilamiento misericordioso, sino de un descanso que pueda gozarse dignamente.

Yo miro, un poco con asombro, el regocijo con que los lectores de Mariano le felicitan porque será preciso colocarle antes del nombre tratamiento de excelentísimo, que es todo lo que dá de sí la grandeza de esa cruz; yo leo, cómo surgen iniciativas de homenajes, y recuerdo aquellos amargos años que siguieron á la coronación de Zorrilla, que no pudo poner á secar sus laureles en el sillón de Gobernador del Banco Hipotecario como Núñez de Arce ó en la Dirección de la Tabacalera como Echegaray, sino en la ventana de su bohardilla de bohemia, donde faltaba el pan...

Con cruz y sin cruz, con sillón en la Academia ó banquetea en la cervecería donde Cávía gusta de discutir filologías con unos clérigos latinistas, Cávía no necesitará otros honores que el de su propio apellido, mientras el milagro del artículo diario se realice. Portento es ese, y al mismo tiempo galeotaje y esclavitud, que Dios le haga durar muchos años, pero llegará un día en que el Excelentísimo Señor Don Mariano de Cávía merecerá de nosotros aquellos dolientes loores que escribíamos cuando se pedía una pensión para Troyano, ó cuando se abría una suscripción para Galdós... No, limosnas no. Cávía, que por venir acaso de Burell, no ha

tenido para esa cruz su característico gesto de desdén, reconocerá que quien ha podido telegrafiar á sus paisanos, llamando á esa concesión «primer favor oficial que recibe en su vida», puede proclamar sin desdoro su derecho á que el Estado cree haberes pasivos para quien sirviendo á la cultura y al bien, como un catedrático, como un ingeniero, como un canónigo, cuando menos, no cobró del Estado un solo sueldo y vivió una vida de independencia austera...

DIONISIO PÉREZ



MARIANO DE CÁVIA

FOT. CAMPÚA

CÁMARA FID

NUESTRAS VISITAS

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT



El ilustre novelista Antonio de Hoyos y Vinent, en su gabinete de trabajo

TE parece que bajemos á mi despacho?—me preguntó Antonio de Hoyos cuando de sobremesa terminamos de tomar café...

—En... can... ta... do...—le expresé yo con el abecedario manual, al mismo tiempo que iba detreando la palabra...

Nos despedimos de la bondadosa marquesa, toda austeridad y distinción; atravesamos los suntuosos salones y galerías del hotel, adornadas con valiosas joyas arísticas; descendimos por la escalera principal y al fin nos internamos en una habitación independiente, que el literato aristócrata tiene destinada á su vivir... Esta habitación es amplia y alta de techo, con dos grandes ventanales que dan á la calle. Los zócalos son de caoba y los muros están tapizados con una tela verde obscuro que dulcifica la luz... También los muebles son de caoba, con aplicaciones de bronce, estilo «Imperio»... Las varias bibliotecas giratorias, portátiles, y las estanterías, están abarrotadas de libros lujosamente encuadernados... Junto á los viejos clásicos toda una decadencia literaria: Lorrain, Rachilde, Wilde, Bollinat, Baudelaire, Verlaine, Moreas, Sar Josephin, Peladan, Essabac, Bertrand... Las paredes casi cubiertas por artísticos retratos: la aristocracia, el arte, la literatura y la torería, rindiendo homenaje de admiración al insigne novelista. Y hay dos detalles en esta habitación que son los que nos marcan con trazo más enérgico la psicología de nuestro visitado: un enorme diván turco—«el diván del misterio»—lleno de almohadones de brocado de iglesia, y una Venus fenicia con una calavera que se alza sobre la chimenea y que denuncia las inquietudes ascéticas del dueño. De un salto felino, Antonio de Hoyos se dejó caer, con cierto abandono elegante, sobre el diván... Después, calándose el monóculo de concha, me miró fijamente con la cabeza tronzada sobre el hombro derecho, esperando que yo comenzara mi interrogatorio. Era un poco penosa la tarea de ha-

blarle por señas, pero no me arredró... Comencé... El seguía con sus ojos acusos los movimientos de mis manos, y antes de terminar las preguntas contestaba rápido, con su voz gutural y desafinada, gesticulando nerviosamente y acompañando la peroración por los movimientos de sus pulidas manos...

—¿A qué edad comenzaste á escribir?—fué mi primera pregunta.

—Muy joven... Tenía trece años y estaba en el colegio teresianista de Viena, donde á consecuencia de un catarro perdí el oído... Mi padre era Embajador de Austria Hungría y me pusieron allí para aprender alemán y empecé á escribir inconscientemente sin el menor proyecto literario, cuentos a...

Hizo una pausa y me miró con la mano para hablarle; pero le faltó el aliento.

—Mira—... por una afectuosa delicadeza... infinitamente, no me hablas de... sordera... sin que hablemos de ella, no es posible continuar, porque mi sordera tiene influencia, naturalmente, en mi arte. Y aunque te parezca raro y arbitrario, te haré un elogio de la sordera... La sordera nos hace más concentrados, más observadores y nos lleva á vivir una vida interior infinitamente más intensa... Los trazos, los rasgos, los gestos, los efectos de luz, tienen para nosotros una importancia mucho mayor; vemos todas las cosas con la concisión y la energía con que se ven en un cinematógrafo... Claro que nos falta el sonido de las voces y el ritmo divino de la música; pero nada más. Cuando no estamos atacados de misantropía—y yo no lo estoy—y llevamos una vida muy activa de relación, por señas ó por escrito nos dicen las palabras y estas mismas palabras tienen un mayor valor; la diferencia de valor que hay entre la palabra hablada y la palabra escrita. En cuanto á la música misma, se hace uno una idea sentimental que me temo sea superior á la realidad... Para observar, aunque

parezca paradógico, la sordera es una gran ayuda. Oyendo, son tantas las cosas que solicitan nuestra atención, que ésta, forzosamente, se divide; la frase que acaban de decirnos se confunde con los ruidos de la calle, con los rumores de otras conversaciones; mientras que yo en el forzoso espacio en que estoy aislado tengo más tiempo de analizar...

—¿Sabes que casi me están dando ganas de quedarme sordo?... Y dime: ¿la literatura te consuela?

—¡Oh! mucho: ella es el refugio de mi espíritu; ha sido todo para mí. Me ha enseñado á ver, á observar, á vivir y te aseguro que nunca, nunca, ni en España ni en el resto de Europa—casi toda recorrida por mí—he tenido tiempo de aburrirme. Un libro por amigo y saber pensar y... ¡es uno feliz!...

—¿Cuáles fueron los primeros trabajos literarios que publicaste?

—Rememoró... Después...

—Lo primero que publiqué en mi vida fué á los diez y siete años un cuento en *Nuevo Mundo* que se titulaba *Fin del mundo ó fin de amores*. Mi primera novela fué *Cuestión de ambiente*; recuerdo que la escribí en vez de estudiar Derecho Canónico... Se la di á la Pardo Bazán y le rogué que la leyese... Desde Galicia me escribió Doña Emilia diciéndome que le gustaba mucho y que si yo quería me daría ella el prólogo... Fué un gran éxito y me animó á proseguir. En dos años me hice la cultura que yo creía necesaria antes de orientarme voluntariamente. Leí á toda prisa clásicos latinos y griegos, clásicos castellanos y algo de literatura universal...

—En el ambiente social en que vives y dada tu literatura demasiado naturalista, ¿no encontraba hostilidad el rumbo de tu espíritu?...

—Mi pregunta debía ser harto inocente porque Hoyos la rió y después repuso:

—¡No lo creas! Los pocos que en mi círculo social leen, aparentan espantarse de mis cosas y

de mis libros; pero yo creo que en el fondo no hay tal espanto... Los más no se indignan de los libros; lo que hacen es ignorarlos... Sin embargo, te diré que el mayor número de mis lectoras está en mis amigas, las marquesitas en capullo —marquesitas de diez y ocho á veinte años—. Esto pone de manifiesto que cada día aumenta el nivel de cultura en la aristocracia española: hay ahora damas y damitas muy inteligentes que saben de verdad leer y hablar de arte... Todo eso de que la aristocracia de antes era más culta, son mentiras convencionales... Antes aparentaban interés por el arte, protegían más á los artistas, eran más *Mecenas*; pero ahora su interés por las cosas artísticas es más verdad y por eso no viven en perpetua admiración.

—¿Cuál vida te gusta más, la tuya azul y de sociedad ó la desordenada de literato bohemio?

—Te diré: de las dos no prefiero ninguna, sino que me gusta *el todo* que integran ambas; el *contraste* es lo que realmente da encanto á las cosas; pero, sobre todo, adoro vivir... No hay nada comparable á este deleite.

—¿Qué es lo que más te inquieta é interesa de la vida?—le pregunté intencionadamente clavando mis ojos en sus pupilas claras.

—El pecado y la noche... Y tú habrás visto que es el *leitmotif* de casi todos mis libros. ¡Vagar por las calles extraviadas á las altas horas de la madrugada, curiosear todos los rincones, asomarse á los antros... ¡Tú que también has vivido un poco sabes el encanto hechicero de las noches de Venecia y de Constantinopla y el misterio canalla de la vida de París y Londres.

Hizo una pausa... Sus mejillas pulcramente afeitadas se encendieron tenuemente; sus labios largos y gruesos, titubearon un momento antes de hablar...

Yo le animé...

—Cuéntame... cuéntame... alguna aventura tuya... No te importe; aunque sea una de esas aventuras absurdas...

—Mira—comenzó al fin,—una noche en Marsella la Princesa de Eristoff, Madame Wilner, el Conde de Ferssen y yo, habíamos ido con un matrimonio inglés á una fumería de opio, escondida en un rincón del puerto... Eran unos recién casados muy jóvenes: ella una muñequita adorable con unos ojos azules como un girón de cielo; él, grave y noble como un Lord Byron. Se adoraban, pero estaban envenenados de literatura y tenían todas las curiosidades y las ideas del pecado prohibido; el opio les atraía como uno de esos misteriosos estanques de aguas encenagadas y verdosas... Bueno; el recinto era muy pequeño, con los muros y el suelo cubiertos de finísima esterilla... Regentábelo

un chino viejo con pintoresco atavío y era frecuentado por tipos sospechosos; hombres y mujeres que vivían fuera de la ley y casi fuera del mundo... Nos tumbamos á fumar y pasó un gran rato silencioso... Súbitamente se oyó la voz de la inglesita que gemía:

—«¡Arturo!»... «¡Arturo!»... Acudimos apresuradamente: ¡Arturo había muerto!... Una aneurisma, una angina de pecho... ¡qué se yo! Pero allí no se podía morir; era el escándalo, la deshonor... Mientras todos, locos de terror, perdían la serenidad, la rusa sólo se mostró fuerte... «No es nada; Arturo se ha puesto malo y nosotros dos—se dirigió á mí—lo llevaremos á su hotel...» Y como si se tratase de un borracho, entre los dos, le condujimos á un *auto* y la princesa emprendió su extraño paseo con un cadáver al lado... A la mañana siguiente, se supo que el inglés había muerto de una embolia al llegar al hotel...

—Tu mundo—comenté—resulta interesante; especialmente cuando se rasga la hipocresía...

—Interesantísimo; sobre todo ese mundo aristocrático que integra Cosmópolis... Gente rica y loca de esas que no son honorables más que en sus tierras... Hay mucho de esto... Y en su mayoría son mujeres muy artistas y con unas ideas desconcertadoras... Ya ves, una tarde en Montreux paseábamos con una italiana, la Marquesa Diana Crispifor, el lago Lemán en una barca. Eramos varios amigos, todos apasionados de aquella mujer, que es una de las hembras más interesantes y turbadoras que he conocido; una belleza romana prodigiosa... Pues bien; se hablaba del desnudo en la antigüedad. Ella afirmó: «En el mundo antiguo no temían al desnudo porque los cuerpos eran más bellos que ahora. La moral no es más que una túnica para encubrir deformidades». Y, como alguien pusiera en duda que ella fuese capaz de arrostrar el desnudo, púsose de pie y, lentamente, fué despojándose de sus ropas... Quedó como una estatua y después arrojóse al agua nadando...

Para alejar la evocación de la marquesa italiana le pregunté:

—¿Cuántos años tienes?...

—Treinta y uno.

—¿Y cuántos libros llevas publicados?...

—Doce... Además de treinta y tantas novelas en *Los Contemporáneos* y *El Cuento Semanal*.

—¿Cuál es el preferido del público?...

—*La Vejez de Heliogábalo*.

—¿Y el preferido por tí?...

—Coincido en eso con el público.

—Tus novelas ¿fueron vividas antes de escritas?...

—Casi todas... *La Vejez de Heliogábalo* por ejemplo, es la realidad misma... Hay, sin embargo, tres cosas que en literatura me han apa-

sionado infinitamente: el misterio, la lujuria y el misticismo; no el misticismo estúpido del vulgo sino uno más hondo y cruel... Dicen que mis libros son inmorales... ¡Pero si en ellos no hay voluptuosidad ninguna!... ¡Pero si en mis libros el amor es una cosa horrenda y escalofriante!... Mi visión del amor es la que podía tener un asceta de la Leybia torturada por el deseo. ¿Tú crees que *El Monstruo* es una invitación al pecado?... Pero si es el horror, la abominación, el desprecio de la carne!... Solo en *San Ignacio* y en el *Libro de Job* he encontrado epígrafes para algunos capítulos.

—¿Cuáles son tus literatos predilectos?...

—Me encanta el estilo de Valle Inclán, la pausada serenidad de *Azorín* y la energía de Baroja; pero, sobre todo, me gustan extraordinariamente las novelas de Zamacois... *El otro* es el libro que más huella ha dejado en mi espíritu.

—¿Te produce mucho la literatura?...

—Poco... Y como todo lo que gano lo gasto, no sé exactamente...

—Háblame algo de tus amigas y amigos preferidos...

—¿Mis amigos preferidos?... No sé; no sé. De amigos prefiero primero los que son muy inteligentes; luego los que son muy ricos. El dinero es lo que más se parece á la inteligencia... Un amigo inteligente sin dinero evoca cosas maravillosas, palacios, poesías, viajes, museos... Un amigo muy rico no los evoca, pero los compra...

Le interrumpí...

—¿Qué me dices de Gloria?...

—Ves tú, ahí tienes: Gloria para mí ha sido un *amigo*... Porque te advierto que Gloria de corazón es buenísima; yo tengo por ella una profunda estimación...

Sonreí... y le hice una última pregunta que le dejó sorprendido:

—¿Has tenido novia, Antonio?...

Me miró queriendo adivinar... Yo soporté su fijeza impenetrable.

—Muchas...

—Cítame alguna...

—María Leticia Boch... la actual Marquesa de... Teresita Calvo... Hoy día te confieso que la única mujer que me ha inquietado, que me ha interesado es Tórtola Valencia... Esa mujer sería capaz de redimirme...

Hizo un silencio y después terminó:

—Por lo mismo que he vivido tanto y tan deprisa... amores... lo que se llama amores, no he tenido con nadie... *Flirt* de buen tono y nada más...

—¿Qué interesante es este notabilísimo literato! —pensaba yo; pero...

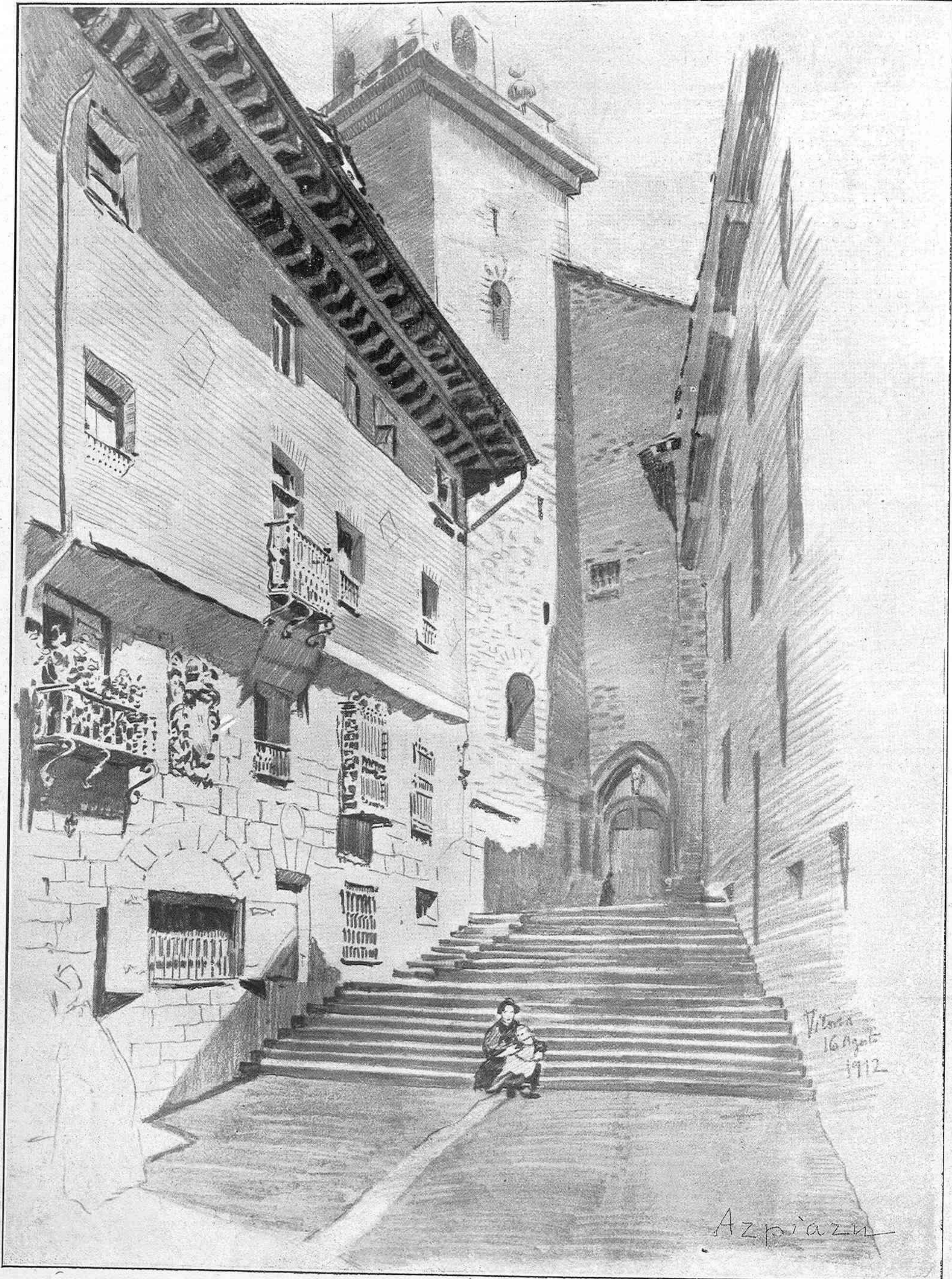
EL CABALLERO AUDAZ



Antonio de Hoyos, entretenido en la lectura de una novela

FOTS. CAMPÚA

APUNTES AL LAPIZ



ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

DE LA VIEJA ESPAÑA.—UNA CALLE DE VITORIA

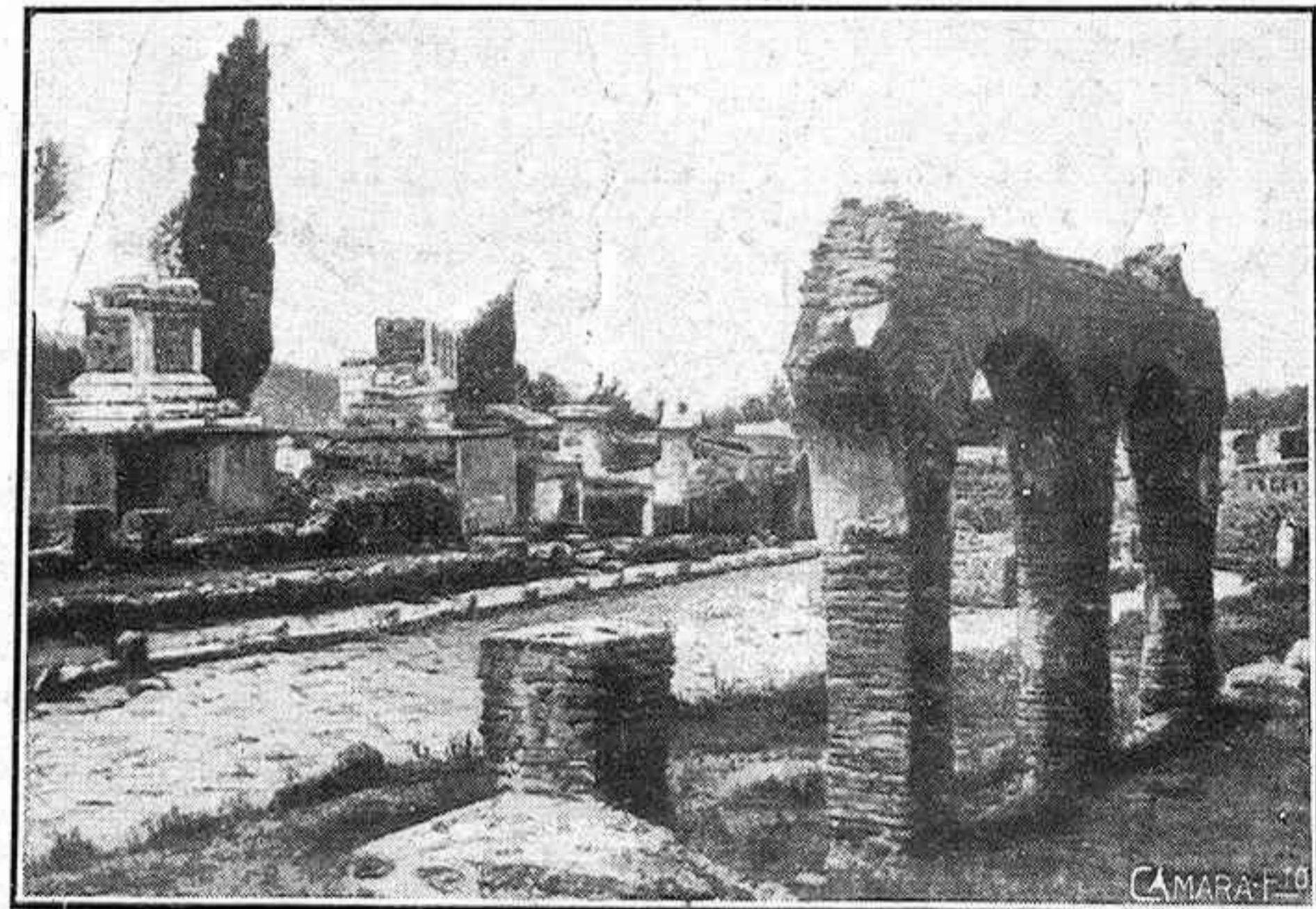
APUNTE DEL NATURAL POR ASPIAZU

HISTORIAS PARA NIÑOS

LAS RUINAS DE POMPEYA



Una panadería



El cementerio

EMPRENDIMOS la excursión al Vesubio. Por calles de arena, flanqueadas de villas de recreo, nos condujo el coche hasta Resina. Desde aquí el camino es impracticable para carruajes.

Sin levantar la vista al cielo para contemplar las nubes de humo que salían del Vesubio, habíamos adivinado la cercanía del tremendo volcán por el aspecto extraño de la vegetación.

Terrenos de una fecundidad prodigiosa, seguidos de verdaderos desiertos de lavas apagadas. Viñedos gigantescos de donde se saca el vino famoso de Lacryma-Cristi.

En Resina montamos unos caballos resistentes y trepadores y marchamos durante una hora sobre caminos de lava oscura y endurecida.

Desde la ermita de San Salvador, la ascensión se hizo emocionante por lo cerca que nos hallábamos del cráter. Abandonamos las cabalgaduras en una explanada llamada Atrio del Caballo.

En una hora llegamos al cráter del Vesubio. He aquí un pozo enorme y azulado del tamaño de la hermosa plaza de Cataluña. Este pozo es en forma de embudo, de pendiente suave aunque un poco escurridiza. Descendimos sentados, y allá abajo nos encontramos con un agujero de tres ó cuatro pies de diámetro, por el que salía un humo espeso y dorado.

El guía nos invitó á que tirásemos una piedra al fondo. Así lo hicimos, é inmediatamente se oyó la explosión de un pistoletazo: salió la piedra como una bala sobre nuestras cabezas.

Un compañero de viaje dejó escapar de sus manos el bastón: el enorme bordón de punta herrada rebotó un par de veces en las piedras, y se perdió en el agujero misterioso y encendido.

Se produjo un ruido sordo y lejano. Yo salí gateando hacia arriba con más miedo que una vieja.

Subí de nuevo á la alta orilla del cráter. Tumbado boca abajo, asomando la cabeza, pude ver

el agujero dorado, allá en el fondo del pozo azul, como una brasa de puro en lo hondo de un cenicero.

De allí, de aquel agujero iluminado sale á raudales la muerte.

Aquel es el cráter del Vesubio.

A veces, en este embudo siniestro, la lava empieza á crecer como la leche á punto de hervir. La lava se desborda y el metal derretido escurre por los lados del Vesubio. Otras veces el cráter revienta y escupe al cielo verdaderos torrentes de fuego.

En cualquiera de los dos casos, estos rios de llamas, lo abrasan todo y sepultan pueblos enteros: Herculano y Pompeya.

Se halla el Vesubio en ignición y el cielo se oscurece. Un inmenso penacho negro tiembla sobre la montaña. Las cenizas van á caer al Golfo de Nápoles y sobre las llanuras vecinas. El viento del Noroeste ha hecho caer estas cenizas muchas veces sobre la cabeza de los habitantes de Sicilia, de Malta y de Túnez.

¿Cómo Nápoles no ha desaparecido ya bajo la lava del Vesubio?

Porque el volcán y la bella ciudad italiana están separados por el mar en línea recta.

De todas las erupciones del Vesubio, la más tremenda fué aquella cuya lava enterró dos ciudades y mató al naturalista Plinio.

ooo

Bajamos lentamente por la vertiente meridional del Vesubio. En una ceniza negra y blanda que no levanta polvo, nos enterramos hasta los tobillos.

Este es el camino de Pompeya.

Dos filas de tumbas nos dicen que llegamos á una ciudad romana.

Al fin nos encontramos ante la puerta de Hércules.

Ahí, á la derecha, vemos la garita obscura donde fué encontrado el cadáver del guardián:

el guerrero pompeyano pereció momificado por la lava del Vesubio.

Mirad esa calle recta, de casas bajas, á las que solamente les falta las puertas y las techumbres. Hay casas pobres como esta primera; y hay palacetes de mármoles y mosaicos. Aquí se ve un horno de pan que podría servir todavía; más allá la botica, con su mostrador y su taquilla; una fuente romana, preciosa, con cuatro cariátides esculpidas; al fondo una plaza cuadrada por donde se va, ó se iba, al barrio del comercio.

En el barrio de los edificios públicos, se alza todavía el Foro de Pompeya con todas sus columnas en pie y completas.

Detrás del Foro están el Teatro Trágico y el Odeón.

En una casa rica, cuyos habitantes nuyeron sin duda en los primeros momentos de la erupción, se observa un caso muy curioso. Hay un taladro en una pared, y se ve un arca de hierro cincelada con la tapa saltada á palanqueta. Hay unas monedas en el fondo.

Esa clase de gente que aprovechan los incendios, los tumultos y las grandes fiestas populares para hacer su pacotilla, en aquella ocasión de la catástrofe del Vesubio asaltaron una de las casas más ricas de Pompeya.

Este robo se ha descubierto al fin, después de diez y ocho siglos.

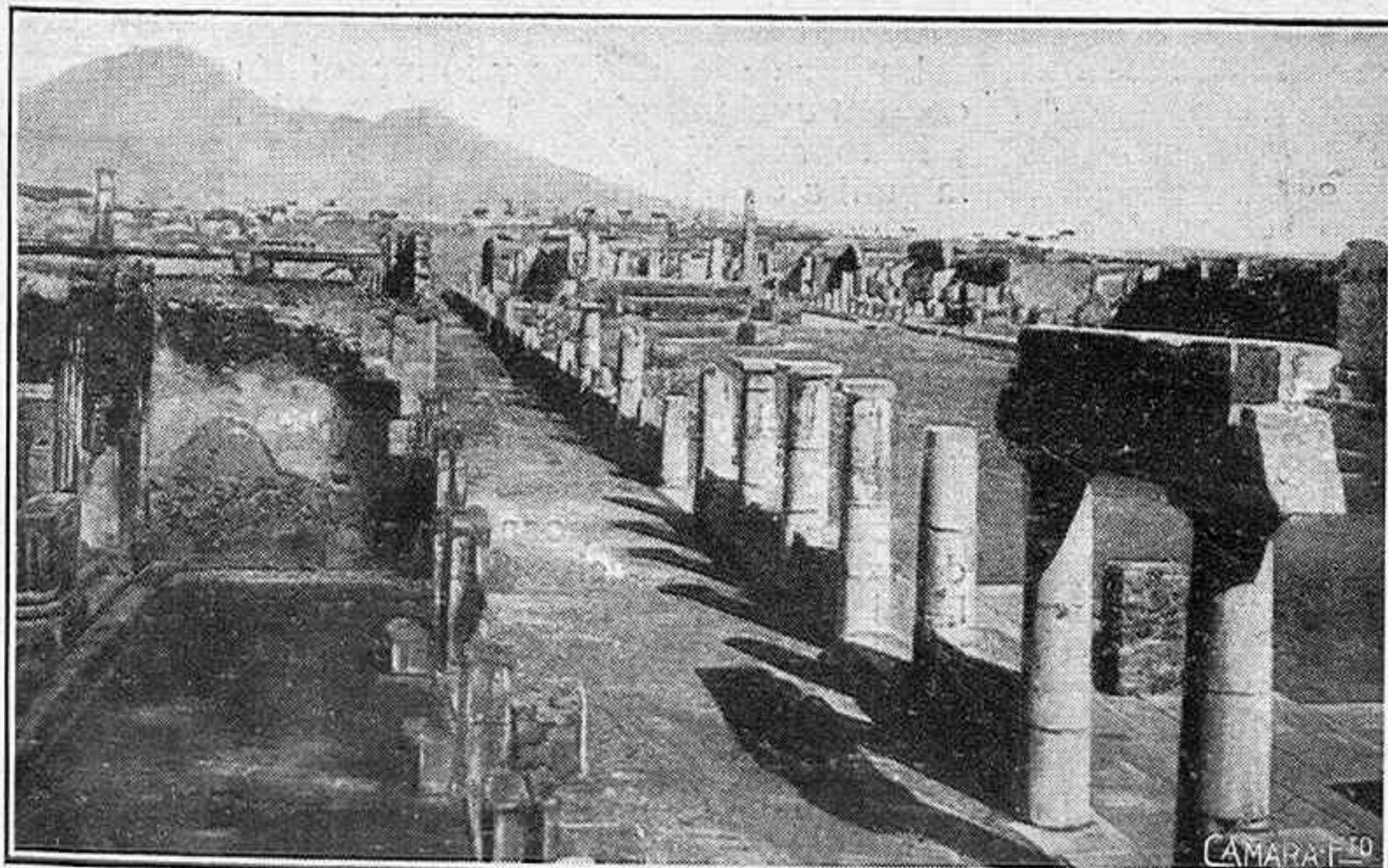
Hay edificios interesantísimos perfectamente conservados con sus escaleras enormes adornadas de estatuas; hay baños públicos, de mármoles; hay tiendas con sus muestras pintadas...

Todo esto se conserva porque el Vesubio lo estuvo guardando durante diez y ocho siglos, cubriéndolo con sus lavas.

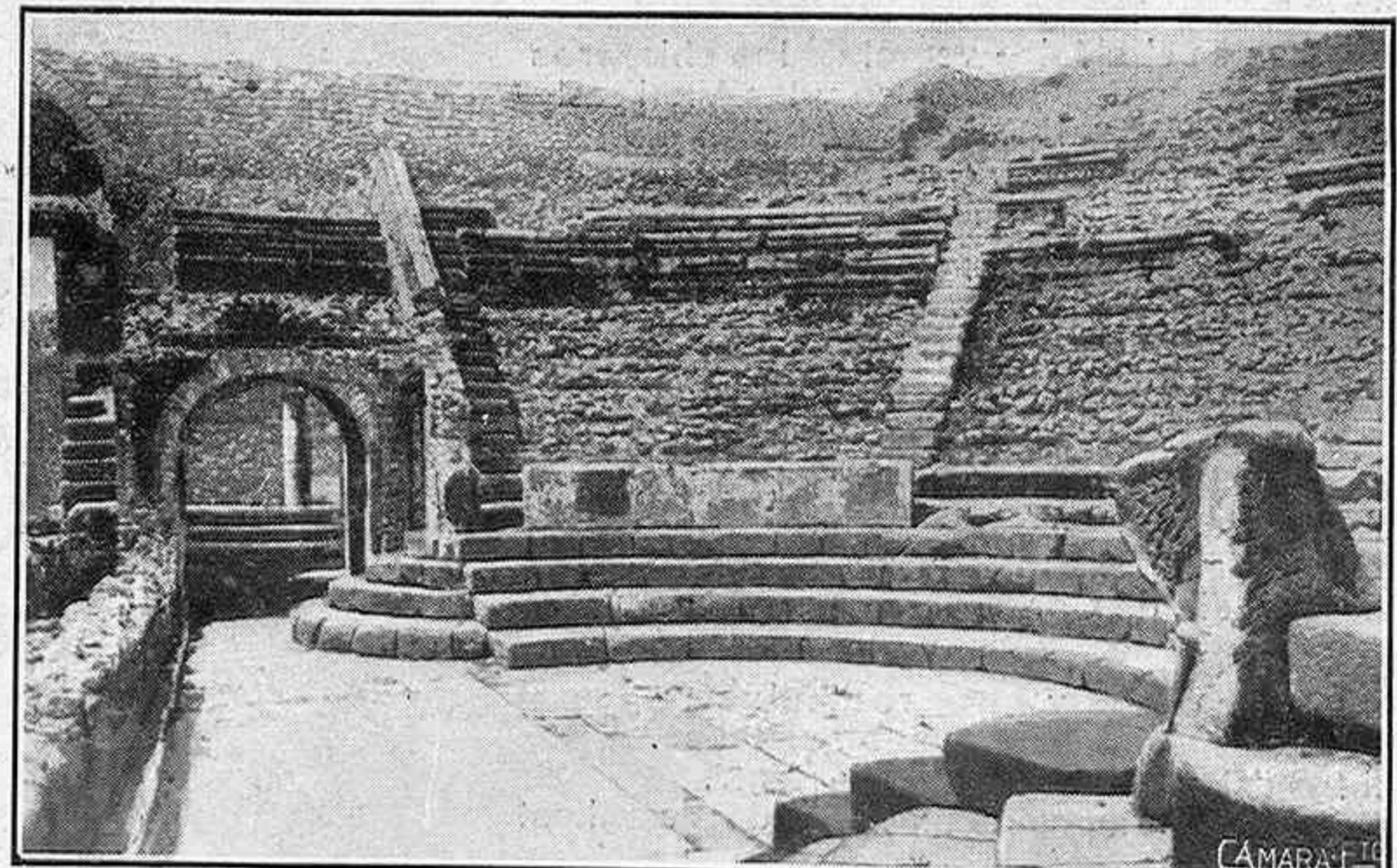
Cien años necesitan los hombres para descubrir las ciudades que el volcán enterró en menos de un día.

Las entrañas de la tierra son invencibles.

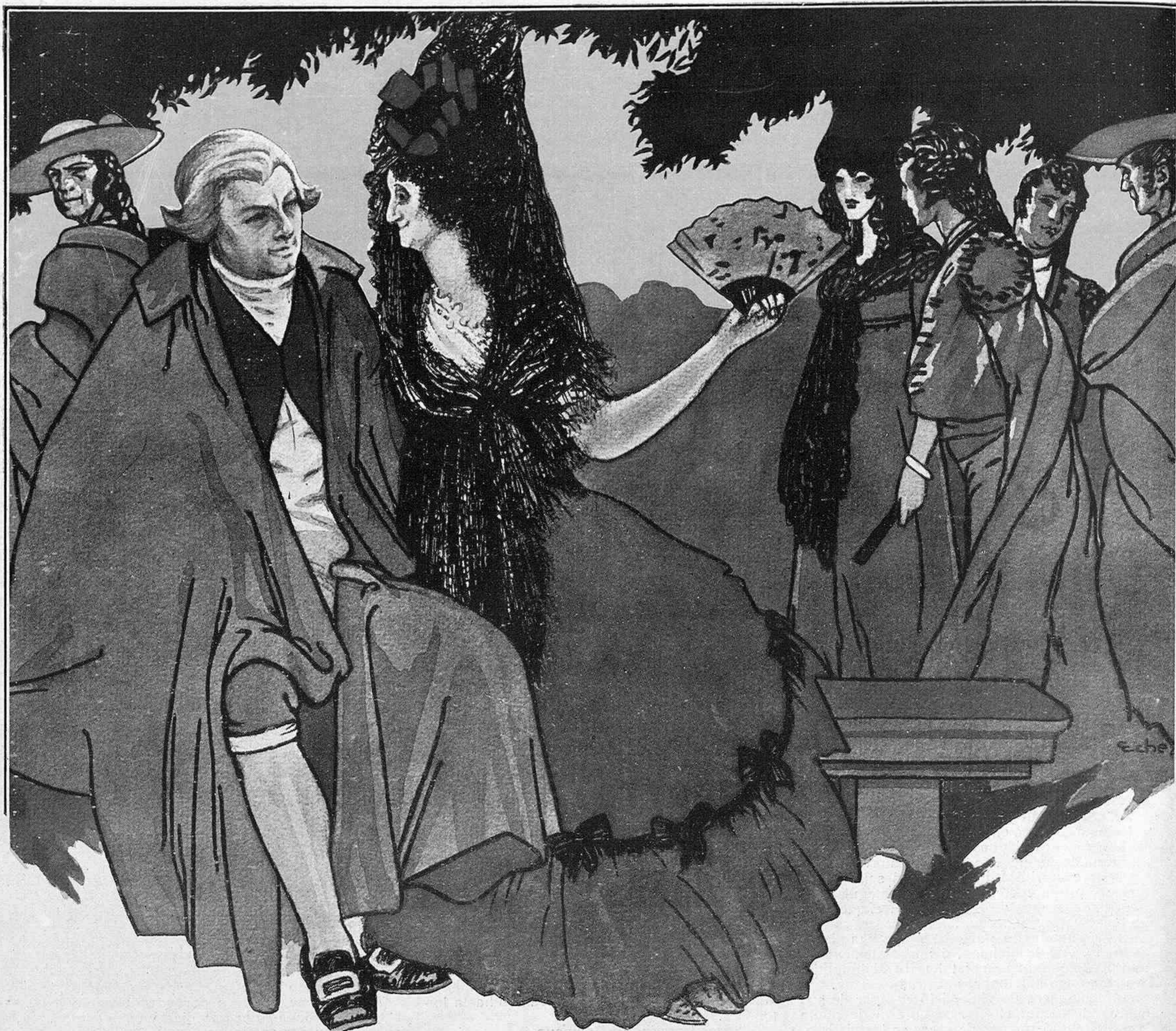
PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA



El Foro



El coiseo



Del viejo Madrid galante

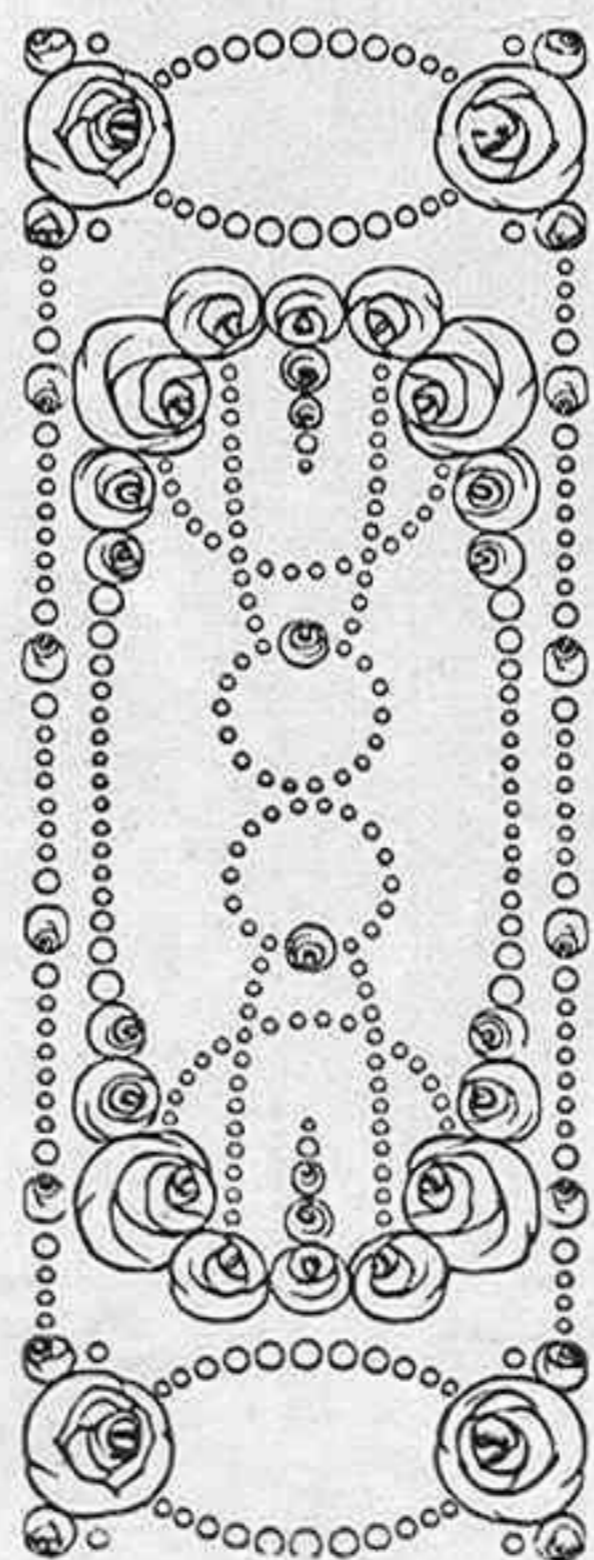
La Monclova es el clásico vergel de los chisperos —¡oh, morenas manolas del Rastro y las Vistillas!— y en noches verbeneras iban los caballeros con sus capas toreras y con sus redecillas.

¡Tardes de la Florida! Por tu arboleda espesa platicaba de amor la duquesa manola, la picante duquesa —que es la maja inmortal— con el prócer pintor.

¡Veladas de San Juan, las de alegres hogueras, á cuyo resplandor, bajo de la espesura, se ahondaban de la Reina las ardientes ojeras junto á un guardia de Corps de gallarda apostura.

En calezas chisperas y en carroza fulgente iban las damas-majas, cimbreando sus talles. ¡Oh, sotillos del manso Manzanares riende, que copiasteis las pompas de un jardín de Versalles!

La Monclova está llena de memorias galantes; ¡qué adorable desfile de cabecitas blondas, qué dulce deshojar de palabras fragantes; cuánto y qué bien se ha amado bajo tus nobles frondas!



La flor de la nobleza y la manolería corrían aventuras por el verde sotillo, y junto á las rizadas pelucas se veía la patilla de boca de hacha de Pepe-Hillo.

Godoy que es nombre de oro de la Corte galante. ¡Oh, el Caballero Guardia del mostacho rizado y la capa flotante, que tan galana estela de su nombre ha dejado!

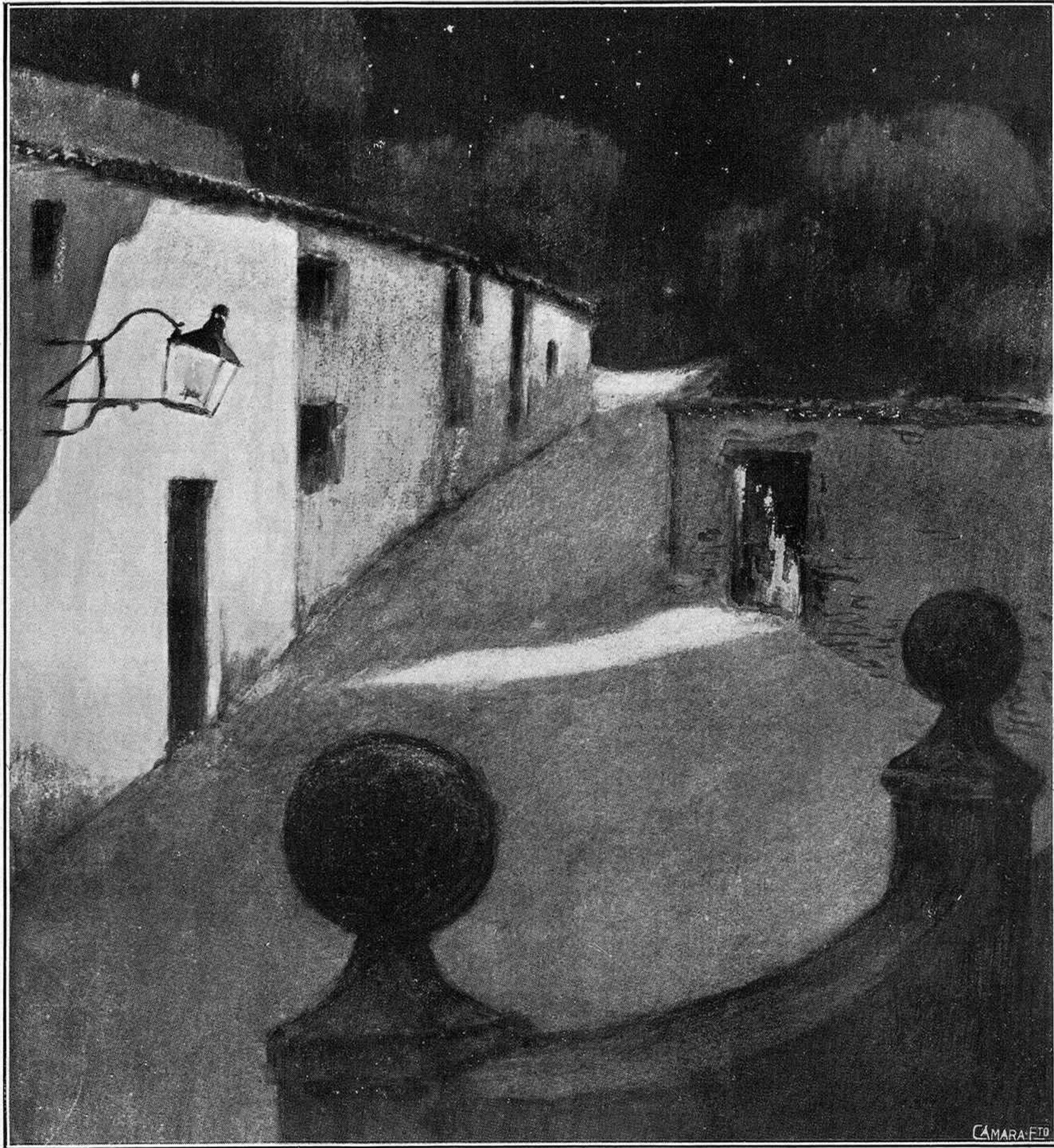
Godoy llenó su época con su historia escabrosa de amor. ¡Oh, aquel magnífico pirata del amor! Le hizo prócer y príncipe la rubia caprichosa rendida á su gallardo talle conquistador.

Esas frondas le vieron y escucharon la risa —áurea risa italiana de la reina española— ¡Oh, rubia María Luisa, que se iba á las verbenas vestida de manola!

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE ECHEA

MADRID EN LA NOCHE
LA VIRGEN DEL PUERTO



ESTE rincón de la Virgen del Puerto es una dulce sorpresa. Todo él está inundado de humedad. Pasa por lo alto, más allá del cortado talud á cuyo cobijo se amparan las casitas modestas, el estrépito de los tranvías invisibles, y llega tenue, desmayado, el rumor de la gran ciudad inquieta. Pero frente á la iglesia de morenas paredes se ha formado un remanso de grata paz... Una sombría alameda os ha conducido hasta él. Pasó un carro entoldado, con su rehata de mulas cascabeleras y su mastín cansado y sucio y pensativo; silbó, lejos, un tren, melancólicamente; todo el aire se fué volviendo azul de prusia, y, en la solemne calma veraniega, languidieron las cosas todas en aquella fregua que dió la noche al ardor estival: los olmos, las hierbecillas, la iglesia, la llanura distante... Hasta los cascabeles de las mulas tienen ahora un más grave son.

Y el rincón de la Virgen del Puerto se ha acogido á esta paz. Diríase que la paz nace allí mismo; que fué saliendo, invisible, por las rendijas de las ventanas redondas, como ojos, ó de la ancha puerta donde en la sombra creciente el papel en que se consigna un aviso piadoso,

recorta su blanca borrosa, y que, como escapa el humo al través de los tejados aldeanos, se ha difundido en el paisaje, y, al chocar en el talud tras el que Madrid bulle y grita y se contorsiona, volvió mansamente atrás, como una blanda ola é inundó las casitas humildes y las sombrías alamedas y estremeció la neblina que comenzaba á surgir del Manzanares, y siguió hacia el amplio llano, adormeciéndolo todo con su bondad, Castilla adelante...

De pronto, una manchita amarilla surge y flota en lo azul: un hombre salido de la sombra ha encendido un farol adosado á las casas humildes, y el farol se muestra de repente, desquiciada la armazón de sus hierros, inclinado como si fuese á caer. Un quinqué luce dentro, al través de los viejos vidrios empolvados, y en la pared dibuja una araña de sombra y un amplio disco tembloroso en el suelo. Es como una lucecita de ánimas: un poco más allá, la penumbra azulada vuelve á triunfar, encerrando en sí la bola de resplandor amarillo. Un tenue rumor de la noche, hecho insecto, vuela hacia el quinqué, donde el petróleo ronronea también al quemarse...

Y ahora, de las casitas humildes ha salido una mujer, con un hijo en brazos; el resto de la prole le sigue, como los polluelos á la gallina. La mujer nos ha saludado con la misma devoción de los aldeanos que encuentran á un viajero en su camino:

—¡Santas noches!

Y fué hacia el pequeño atrio frontero, de piedra obscura. Es la hora de su descanso. Quizás ha vuelto de la orilla del Manzanares, y sus manos, húmedas aún, huelen á jabón de potasa; quizás viene del obrador perdido en el centro de la rugiente ciudad. Al llegar, sus cachorros treparon por ella. Oyó las quejas de la mayorcita, tomó en brazos al pequeño glotón. Luego salió hasta el atrio, á recoger la frescura y la paz de la noche, en espera de que entre las sombras del camino se acentúe la sombra del hombre y conocerlo por sus pisadas familiares... Los niños juegan... Dentro de la casita está encendido el hogar, y en una olla gruñe hace un rato el vapor de agua...

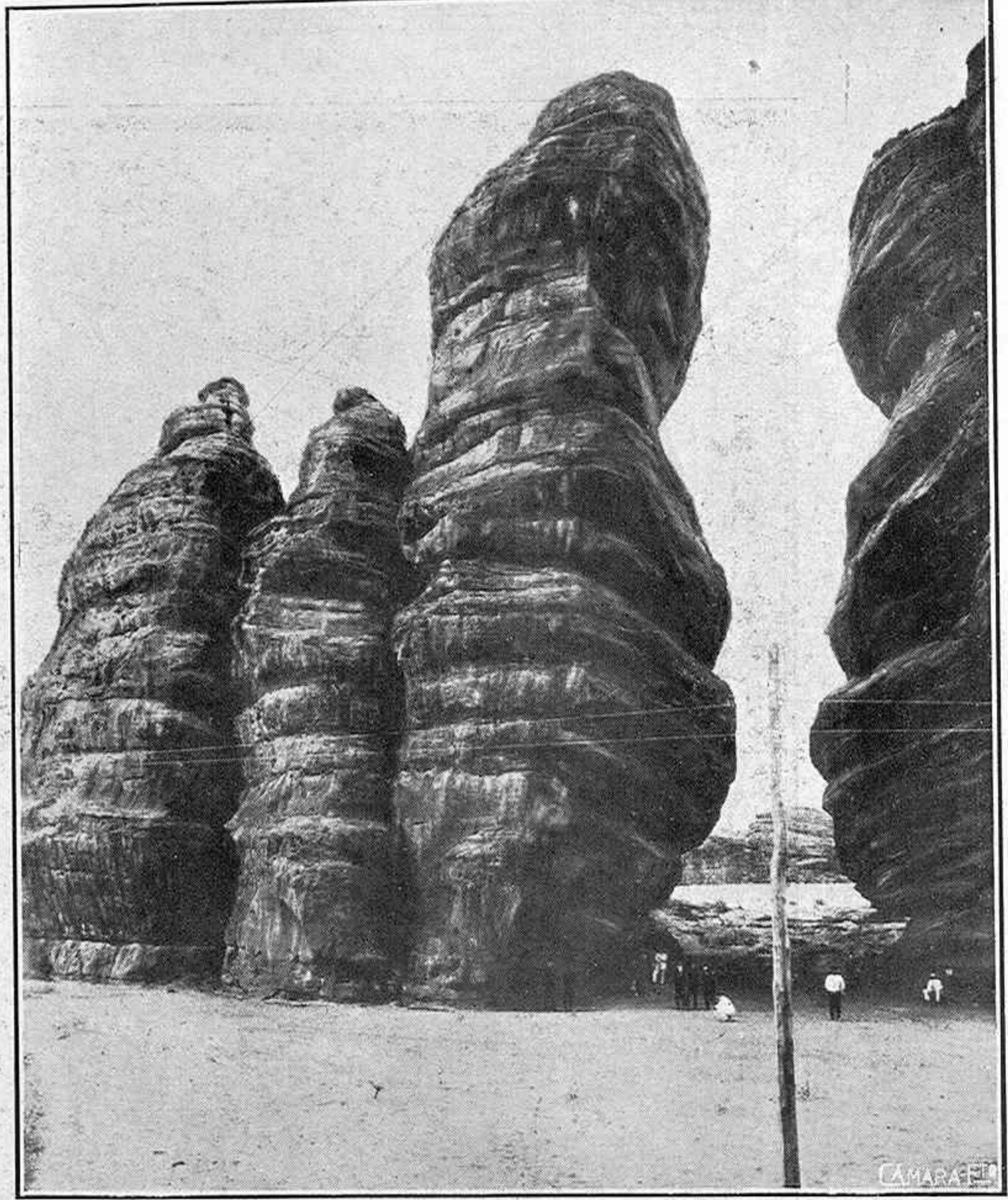
WENCESLAO FERNANDEZ-FLORES

LIBRO DE MÁXIMO RAMOS

POR LOS SENDEROS DE BAGDAG



Antiguo sepulcro hebreo en la línea de Hedjar á la Meca



Un paisaje en la línea férrea de la Meca

Las gentes ahora, al ver que la guerra parece querer huir, desplazarse de Europa y trasladarse á Oriente, estudian los mapas y miran con asombro toda esa Asia Menor que creíamos muerta. Hay nombres que despiertan en nosotros las vagas ideas que nos inspiraran en la escuela las páginas de la Historia Sagrada. Cuando oímos hablar del Tigris y el Eufrates parece que algo de nuestra fe amortiguada resucita en nosotros. Esa parte de Oriente se ofrecía á nuestro juicio envuelta en la penumbra de un ensueño, apenas vislumbrado. Nos hablaba de la visión deslumbradora de civilizaciones, cuyo sentido de la vida era tan distinto al nuestro, y que parecían forjadas con las crueldades y codicias de Sidón y Tiro y con lascivias de Babilonia y Nínive para hombres de otra carne que la nuestra ó nos hablaba de las austeridades exigidas por los legisladores al pueblo hebreo.

Luego todas aquellas grandezas paganas se estremecen y resurgen evocadas por el genio del Islam para volver á caer en un embrutecimiento que se extiende desde el extremo occidental del Norte de Africa al extremo oriental de Asia. En vano leemos á los historiadores, á los arqueólogos, á los geógrafos, en vano seguimos á Renán buscando á través de Judea las huellas materiales de las pisadas de Jesús y del Bautista, en vano Reclus nos traza los antiguos senderos que recorrieron los Faraones y los profetas... Aquí fué Cartago —se nos dice—. Aquí reinó Cleopatra. En este callejón de mar se hundió el coloso de Rodas. De esta costa fenicia partieron los primeros navegantes. Sobre estas lagunas se alzaban las murallas ciclópeas de Babilonia, los jardines encantados, los palacios

fastuosos, y más allá Persia y la India con sus filósofos, sus literatos, sus arquitectos, sus astrólogos, siglos de cultura que amamos como leyendas divinas porque apenas los conocemos como historias humanas.

Se nos dice todo esto, y se nos prueba con las viejas piedras que han sabido legar el misterio de sus inscripciones á la posteridad, y, sin embargo, nuestra fe vacila. El Oriente que nosotros conocemos; el Asia Menor que nosotros desdafiábamos y que creíamos sumida más que en la barbarie en las degradaciones de la miseria era ese dominio turco, donde rusos é ingleses parecían preparados para una hora de depredación y para un zarpazo de leopardo ó de oso. Comenzaba ahí un mundo de millones de almas, de 900 millones de asiáticos, musulmanes y budhistas, bárbaros y degradados, rutinarios y fatalistas, que las epidemias, el opio y el

alcohol diezmaban. Mientras su población disminuía y los antiguos monumentos se desmoronaban, iba Europa extendiendo su dominación en tan dilatadas tierras, pero no despertaba á las dormidas razas, no las hacía estremecerse en un anhelo de vida material mejor y de vida intelectual más completa. Allá seguían los hebreos esperando que las profecías se cumplieren; allá los idólatras de toda especie esperando del poder del cielo lo que sólo puede dar el esfuerzo de los músculos del hombre; allá en las antiguas ciudades industriales, se iban corrompiendo y olvidando las sabias artes fabriles y en los campos el pastor nómada seguía guiando su rebaño como en los tiempos en que otros pastores vendían á José á los traganantes que iban á Egipto.

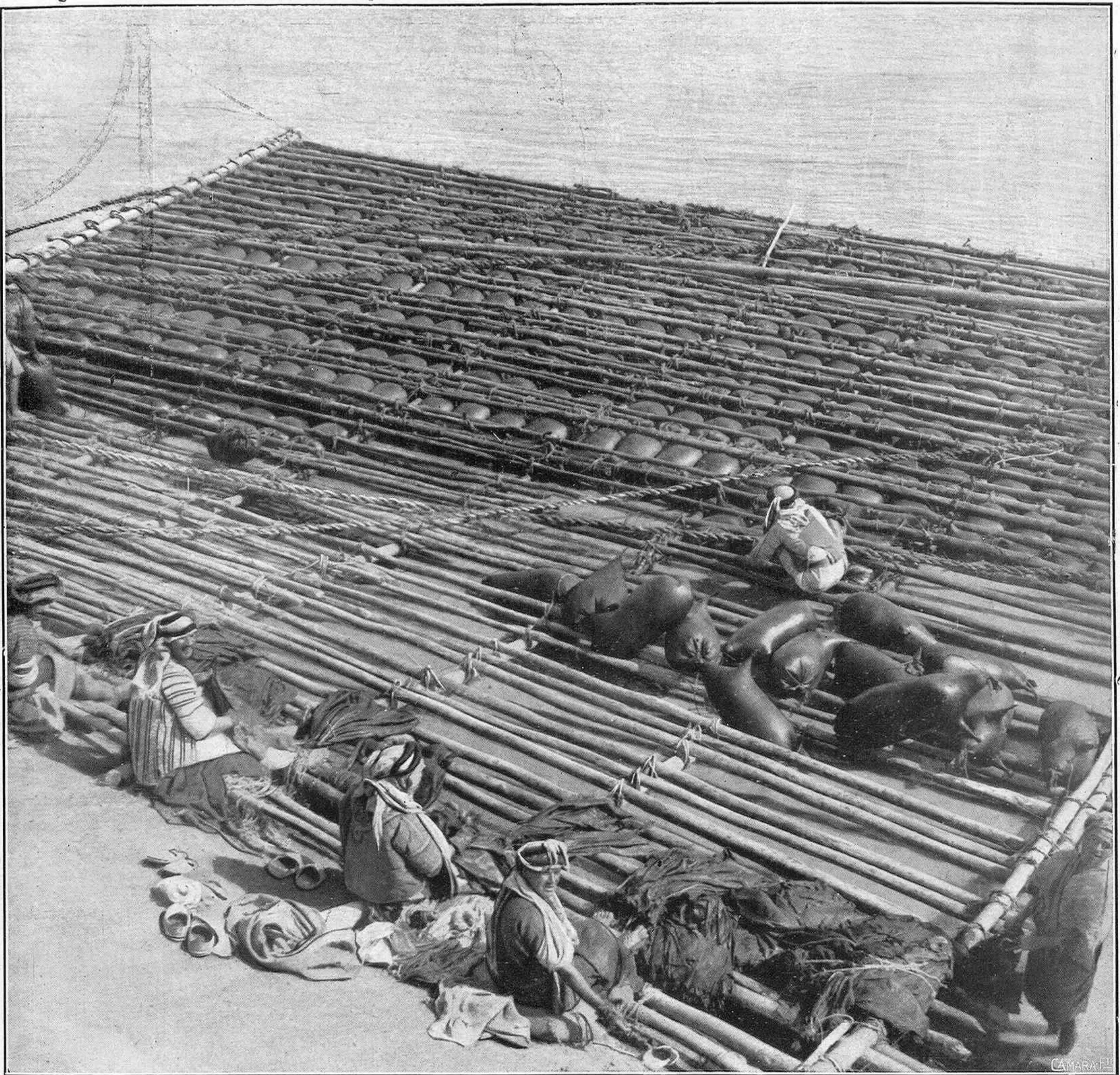
¿Hasta cuándo la caravana, con su lento andar, con su comunismo primitivo, había de ser el símbolo de este continente? Parece que todo

este mundo asiático se simboliza en los *khans* donde las caravanas descansan. Aparte los tipos y los trajes son esos *khans* las clásicas ventas, mesones y posadas de la Castilla medioeval. De Persia y de Bagdag vienen hacia Occidente las caravanas, con sus largas reatas de camellos y sus caballos trotadores de recias y largas crines. Cuando llegan al *caravanserail*, como llaman los franceses al *khans*, se descarga á los camellos, se abren los fardos y acuden los hombres de cada aldea y cada tribu á traficar con los comerciantes.

Ante sus ojos aparecen deslumbradores las estofas de seda de Alepo, de Damasco y de Bagdag; las estofas de algodón de Mossoul, de Guzel-Hissar, de Esmirna y de Manissa, las telas de Trebisonda y de Amasia, los tejidos de Khonak-Kalesi, los chales de



Grupo de beduinos del Asia Menor



Sopladores de odres preparando los flotadores de una balsa ("kelek") para remontar el curso del Eufrates

Angora y los tapices de Siria. Allí se cruzan el musulmán de las ciudades y el beduino de los desiertos, el hebreo y el cismático y, sobre todo, por allí desfilan, como fantasmas, los grupos de mujeres musulmanas, envueltas en sus largos velos de muselina blanca ó en sus hábitos impenetrables de seda negra. Allí se ofrece toda la riqueza, toda la producción, todo el escaso trabajo de esta Asia inmensa, de tesoros inagotables que, como minas escondidas en el centro de la tierra, están escondidas en la voluntad dormida y en los músculos paráliticos de estas razas.

Como en los tiempos primitivos estas caravanas van haciendo transacciones, dando géneros á cambio de géneros. Raramente circula el dinero en estos mercados improvisados. Así las caravanas que salen del centro y del sur de Asia van renovando su carga á medida que se van acercando á las orillas del Mediterráneo y los tejidos y los cueros y las joyas se van trocando en trigo, en lanas, en camellos vivos. Y de este tráfico viven millones de hombres.

Ahora, no son las caravanas sino los ejércitos los que cruzan los senderos que unen á Bagdad

con Escutari y con Esmirna. Ahora no es el comercio rutinario sino la guerra sabia y científica la que llena de estruendos las calladas planicies los pedregales solitarios, los interminables desiertos... Ahora, no se hacen negocios con tejidos pintarrajeados, con cueros repulidos, con metales y piedras preciosas, con lanas ni con trigos. Ahora hay una mercancía valiosísima que se busca y se recoge en manadas, invocando el nombre vengador de Alá y enseñando monedas de oro. Y esta mercancía son los hombres; los hombres que se reclutan á cualquier precio y de cualquier modo, en Persia, en Tartaria, en Siria, en Arabia, en Asia Menor para formar los nuevos ejércitos de la guerra, los que han de invadir Egipto y la India y, si es posible, Rusia por su frontera del Cáucaso.

Se predica la guerra Santa en el mismo Jerusalem, en los sitios mismos donde Jesucristo repitió la palabra *Paz* y donde derramó su sangre, y se predica la guerra santa precisamente contra los que no han querido despertar á Asia y abrumarla con las inquietudes de la civilización occidental.

Los sociólogos predicen ya que la consecuen-

cia más pronta y más cierta que tendrá esta guerra será la transformación de todo este mundo. Renacerán las antiguas civilizaciones que dormían bajo la pesadumbre de los siglos. Las esfinges egipcias verán con asombro alzarse monumentos nuevos, adelantar los ferrocarriles hacia Abisinia y hacia Tripolitania y resurgirán los puertos de Fenicia, de donde partirán los trenes invasores hacia el interior de Asia y con los trenes todos los artefactos con que la mecánica ha logrado arar la tierra, producir la luz, excavar las minas, encauzar las aguas. Cuanto se piense y se escriba en Berlín y en París, repercutirá por telégrafo en Teherán y en Ispahan y en Kandahar y en Delhi y en Gwalior al mismo tiempo que en Nueva York y en Buenos Aires, todas ellas metrópolis del porvenir, ciudades asombrosas al lado de las cuales Babilonia y Roma y Atenas de antaño serán como aldeas.

Así va la guerra por los senderos de Bagdad; alegre y prometedora, llevando de una mano al Ensueño y de otra á la Esperanza. Detrás de ella escondiéndose arteras, la siguen el Hambre y la Muerte...

AMADEO DE CASTRO



El payaso del hambre

«Las lágrimas en el rostro de mi hermano, serán mi risa...»

AQUEL hombre divino que fué de Bhetania á Jerusalén derramando la Caridad sobre las almas, el irhaías Jhesús, se fué de este mundo sin conocer á los que quiso redimir. En su bondad infinita, no llegó á comprender que la felicidad de todos iba á destruir el pérfido regocijo formado por el egoismo de cada uno.

..... una plaza de pueblo, gentes de toda condición, que en ningún otro lugar se hubieran

reunido, regocijábanse con las graciosas muecas de un mal trajeado payaso, que arrancando monorrítmicos sonidos de un viejo arístón, hacía dar inverosímiles cabriolas y saltos mortales á uno de esos monos, tan monísimos, que no les falta más que hablar para demostración de la teoría darwiniana.

Cuando mayor era el contento y la alegría de todos, el payaso, con una de esas muecas imborrables, de esas del dolor profundo, presentaba al respetable público un gorro turco y decía con tono plañidero...: «—¡Señores..., todo esto es hambre!...»

Y mientras más grande era la mueca de su

dolor, más franca se manifestaba la alegría del concurso...

Desde entonces, cuando veo á todos los luchadores de la vida alargando la diestra hacia el ideal soñado, cuando veo las lágrimas de los payasos humanos, que al reflejarse en el rostro de sus hermanos se convierten en risa, pasa con rapidez cinematográfica ante mi retina aquel payaso del gorro turco, del arístón y el mono, y zumban en mis oídos sus gráficas palabras.

¡Si... todo, todo en la vida es hambre... de algo!

AURELIO G. RENDÓN

DIBUJO DE ECHEA

EL ABOGADO DEL LEVIATÁN

AQUEL terrible materialista que fué Tomás Hobbes—aunque se pretendiera cristiano—defensor de la voracidad del Estado contra la libertad y aun la dignidad personal del hombre, discurría en el cap. xvii de su *Leviathan* de porqué la humanidad no puede hacer lo mismo que otras criaturas, como las hormigas y las abejas que conviven socialmente, por lo que Aristóteles les incluyó entre las criaturas políticas y, sin embargo, no tienen otra dirección que sus particulares juicios y apetitos. Con lo que Hobbes se planteó el problema mismo que los estadistas ó imperialistas y los anarquistas se plantean. Al que cabría contestar que el hombre es hombre y no abeja ni hormiga ni castor ni térmita ni ningún otro de esos bichos sociales é irracionales.

Pero Hobbes dá seis razones, ni una más ni una menos. «Primera—dice,—que los hombres andan siempre en competencia por el honor y la dignidad, lo que no hacen esas criaturas, y por consiguiente surgen de tal origen entre los hombres envidia y odio y finalmente guerra, pero entre aquellas no». Y de esta guerra que de la envidia y el odio surge entre los hombres, procede el progreso, digo yo, y porque los hombres compiten en honor y dignidad no son irracionales como las hormigas y las abejas.

«Segundo—añade Hobbes,—que entre esas criaturas el bien común no difiere del privado, y siendo por naturaleza inclinadas á su privado beneficio procuran, por ello, el común. Pero el hombre cuyo goce consiste en compararse con otros hombres, no se regodea sino en lo que es eminente». Y si así no fuera, añado yo, no podrían vivir en sociedad sino los espíritus abejiles y hormigunos y todos los demás se consumirían de tedio, de frío y de asco en una ciénaga de ramplonería y de vacuidad.

«Tercero—sigue diciendo el abogado del Leviatán,—que esas criaturas no teniendo, como el hombre tiene, uso de razón, no ven ni creen ver falta alguna en la administración de su común empresa, mientras que entre los hombres hay muchos que se creen ellos más sabios y más aptos para gobernar el bien público que los demás, y esos se esfuerzan en renovar é innovar de una manera ó de otra, con lo cual acarrearán disensiones y guerra civil». De donde resulta añado yo, que la guerra civil, la más santa de las guerras, procede del uso de la razón y que sólo en una sociedad de estúpidos irracionales, como son las abejas y las hormigas, despreciables insectos, cabe que no se vean las faltas de la administración de la común empresa. Un pueblo contento con su gobierno es un pueblo abejil ú hormiguno, es decir, irracional.

«Cuarto—prosigue el Maquiavelo inglés—que esas criaturas, aunque tienen algún uso de voz para dar á conocer unas á otras sus deseos y otros afectos, les falta, sin embargo, ese arte de las palabras por el que algunos hombres pueden representar á otros lo bueno en apariencia de mal y lo malo en apariencia de bien, y aumentar ó disminuir la aparente grandeza

del bien y el mal, descontentando á los hombres y turbándoles la paz á su gusto». Y yo le digo que si el lenguaje no nos sirviera para enfusar descontento en los otros hombres y turbarles la paz, que es la esterilidad y al fin la muerte, maldito para lo que nos serviría, y que el más noble uso de la razón es descubrir lo que hay de malo debajo del bien y lo que hay de bueno debajo del mal.

«Quinto—continúa Hobbes—que las criaturas irracionales no pueden distinguir entre *injuria* y *daño*, y por lo tanto mientras estén á gusto no se ofenden con sus prójimos, mientras que el hombre está más molesto cuanto más á su gusto esté porque entonces es cuando le gusta mostrar su saber é inspeccionar las acciones de los que gobiernan la república». Y digo yo que á los políticos de oficio, los encasillados de una ó de otra manera, les ocurre lo que á las abejas y hormigas y demás criaturas irracionales y es que tampoco distinguen entre *injuria* y *daño* y si se les irroga algún perjuicio—en su cuerpo, en su hacienda ó en su vanidad y no me atrevo á añadir en su alma—se contentan con una andrómida que en su jerga se llama, algo así como en el antiguo derecho materialista germánico, compensación. Y que no sientan deseo alguno de mostrar saber se comprende sin dificultad alguna.

«Por último—acaba el panegirista del Moloch Estado—el acuerdo de aquellas criaturas es natural y el de los hombres es tan solo por pacto, que es artificial, y por lo tanto no es extraño que se requiera algo más que el pacto para hacer el acuerdo constante y duradero y es un poder común que los mantenga en temor y dirija sus acciones al común beneficio». Al beneficio, agregó yo, de los hombres, si así puede llamarseles, abejiles y hormigunos, es decir, irracionales, que no políticos.

Porque aunque con Aristóteles se les pueda

llamar á las abejas y las hormigas animales políticos, como al hombre, es por razón muy distinta y hasta opuesta. Porque el hombre hace la sociedad y la hace prosperar y la hormiga y la abeja la sufren y son hechas por ella. La polis, la ciudad, la sociedad humana es una obra del hombre mientras que la abeja es una obra de la colmena y la hormiga lo es del hormiguero. Y por eso no se sabe que en una colmena ó en un hormiguero haya guerras civiles. Como que los elementos activos y predominantes de una y de otra son animales neutros que ni aman ni engendran ni paren ni hacen más que trabajar estúpidamente y sin saber para qué. Y lo único digno que hay en una colmena son los zánganos, sin los cuales la colmena no podría perpetuarse.

Explicando luego Hobbes, más de un siglo antes de Rousseau, lo del pacto social y la delegación que al hombre hizo de su soberanía, dice: «Esta es la generación del gran Leviatán ó más bien para hablar más reverentemente, de aquel dios mortal al que debemos bajo el Dios inmortal nuestra paz y nuestra defensa.» Y más adelante: «y el que lleva esta personalidad es llamado soberano y se dice que tiene soberano poder y fuera de él cada uno su súbdito.»

Como las abejas y las hormigas son irracionales no se les ha ocurrido pensar que sus almas sean inmortales y como no quieren crecer en su inmortalidad ni alcanzarla se sacrifican en absoluto á la colmena ó al hormiguero, que es un dios mortal. Pero como el hombre es hombre, esto es, racional, cree ó quiere tener un alma individual inmortal y que sobreviva á toda república y soberanía civil. El hombre se cree, siquiera por participación, un dios inmortal, y por lo tanto no está resuelto á sacrificarse en absoluto á la colmena ó al hormiguero humanos. Y si así no sintiera no sería hombre, sino abeja ú hormiga, es decir, un estúpido insecto. Y dijo muy

bien William Ellery Channing, el gran predicador unitario de los Estados Unidos que: «el alma humana es más grande, más sagrada que el Estado y jamás debe ser sacrificada á él. El alma humana ha de sobrevivir á todas las instituciones terrenas. La distinción de naciones ha de pasar. Tronos que se han sostenido durante edades han de encontrarse con la sentencia pronunciada sobre las obras todas de los hombres, pero el alma humana sobrevive y el más obscuro sujeto, si es fiel á Dios, se alzará á un poder jamás manejado por potentes terrenales».

Y más de siglo y medio antes que Channing nuestro Calderón dijo que: «al Rey la vida y la hacienda—se ha de dar, pero el honor—es patrimonio del alma—y el alma sólo es de Dios». Y los bípedos implumes en apariencia corporal de hombres que dan el alma al poder soberano del Estado sea éste república ó monarquía ó lo que fuere, podrán ser políticos pero no son hombres sino abejas, hormigas, castores, térmitas, ovejas ú otra cualquiera clase de animales rebañados é irracionales que no quieren creer ni querer su propia inmortalidad personal.

Miguel DE UNAMUNO



A LESMES

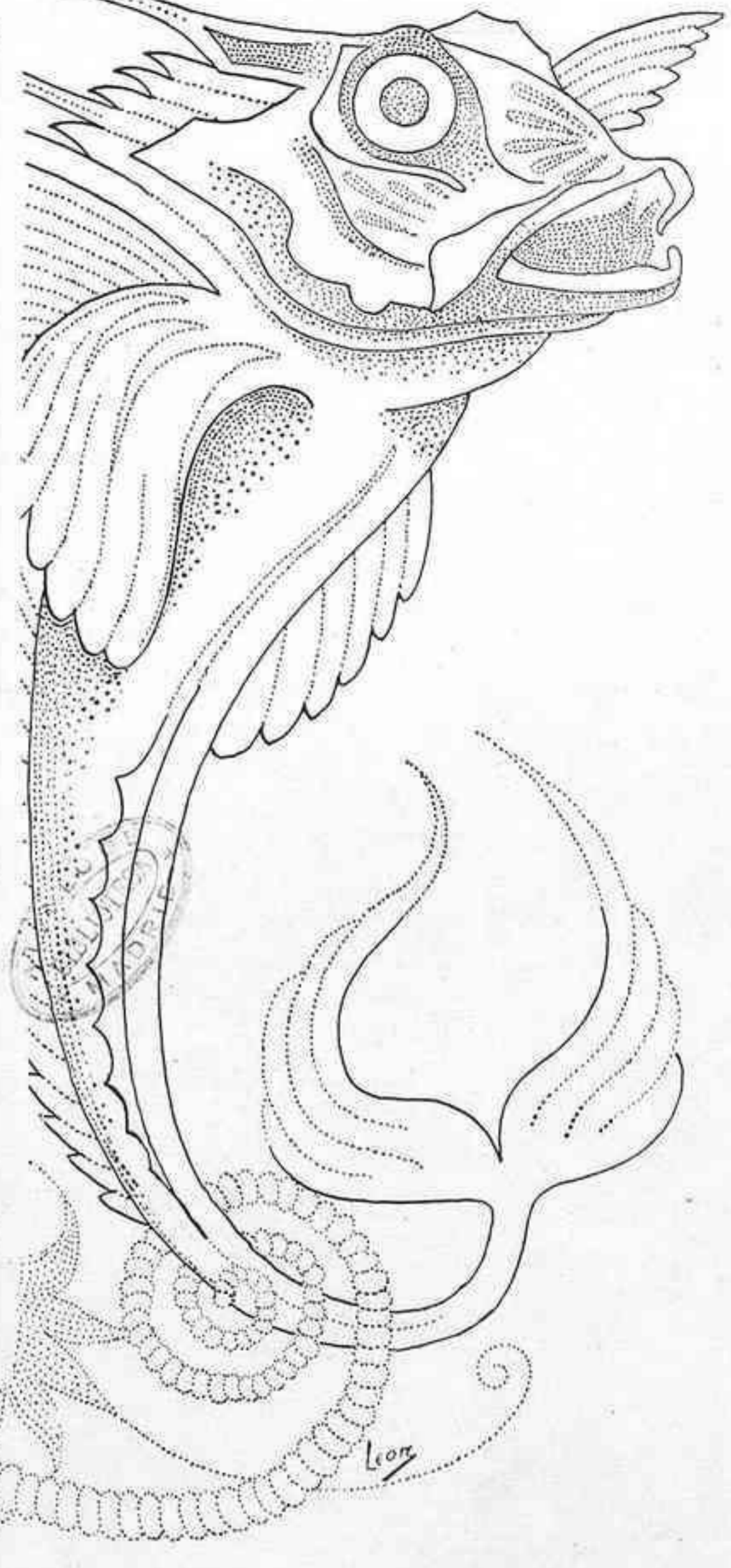
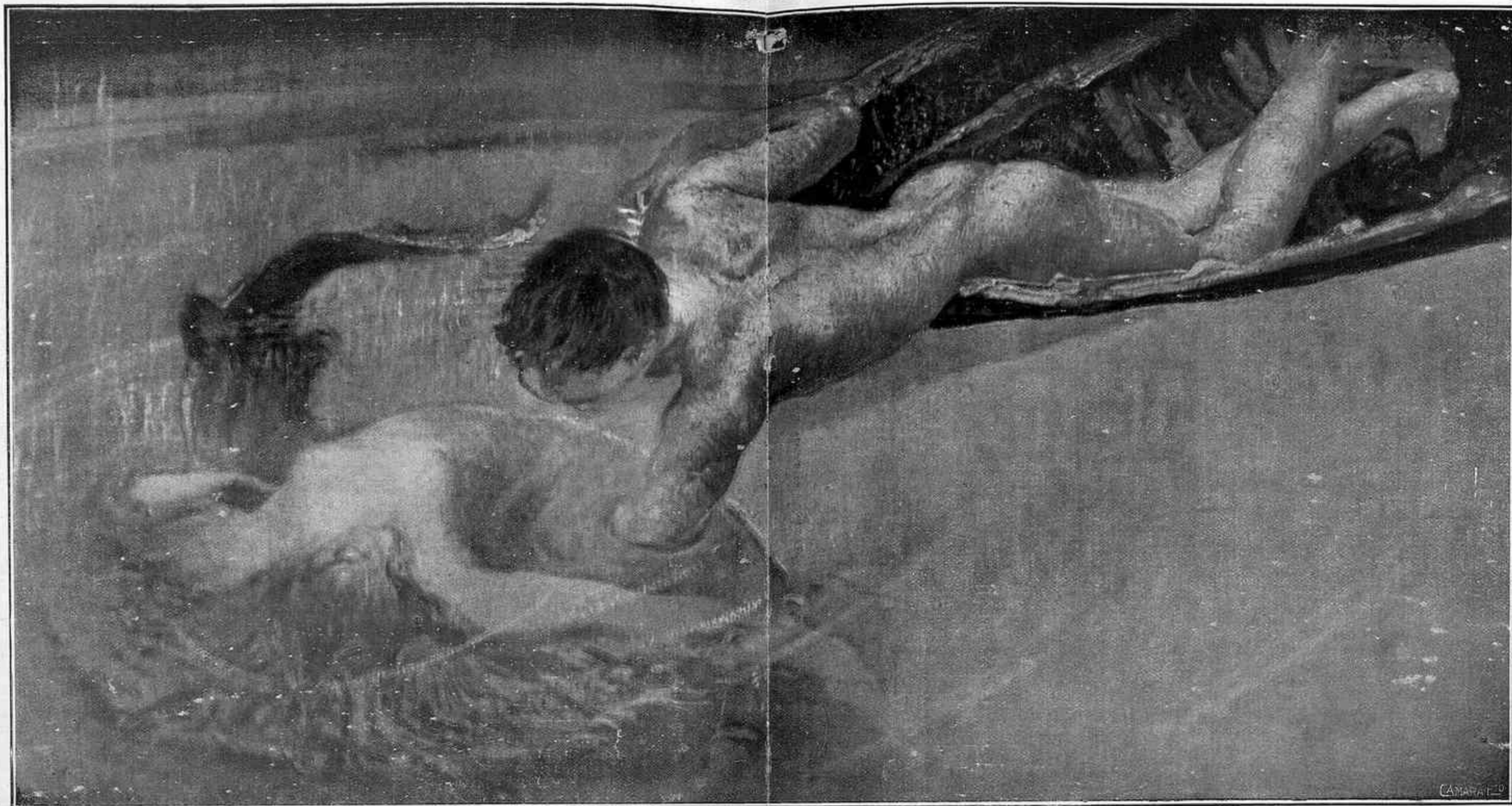
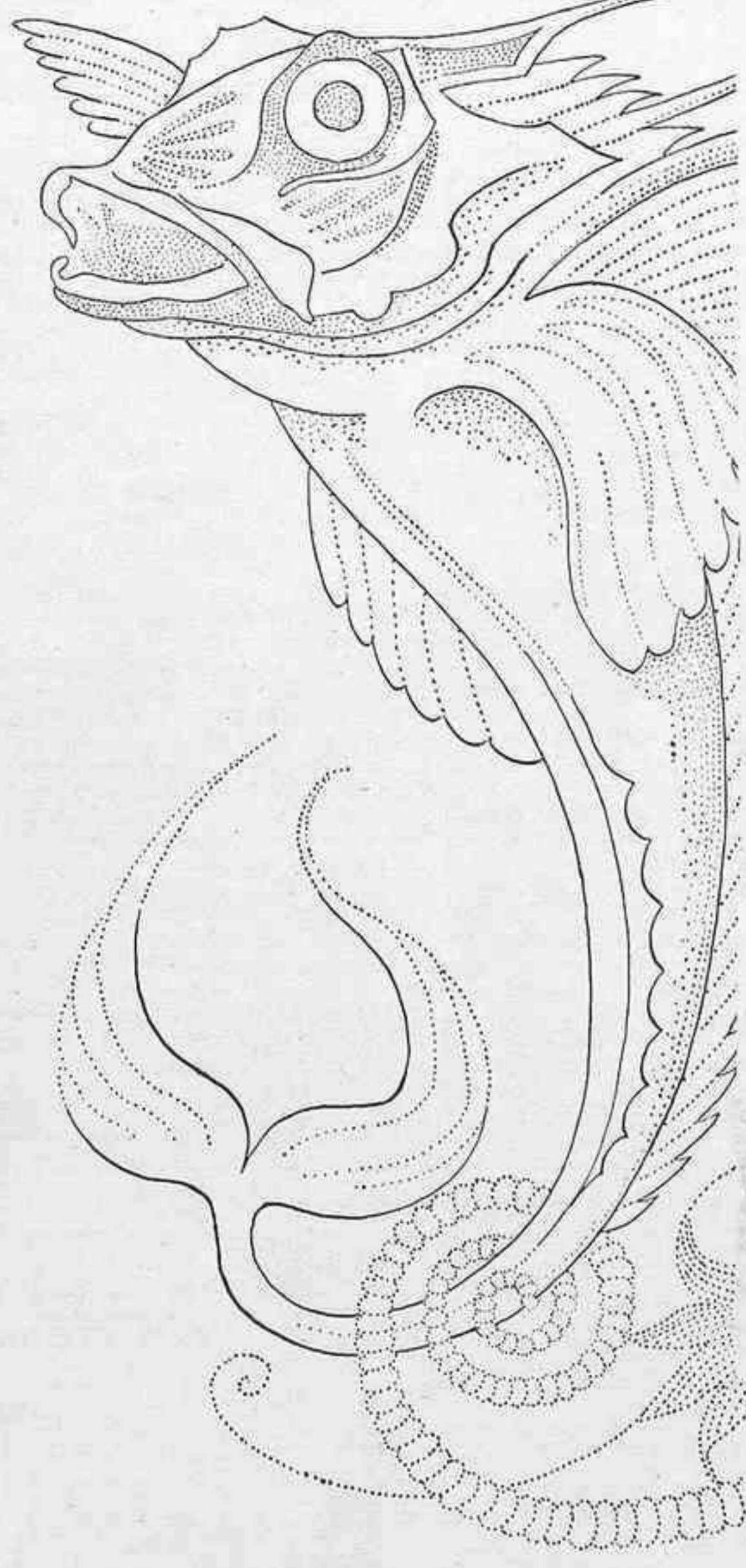
¿Qué dices? ¿Que ese tonto adinerado quiere, sobre que es rico, ser poeta?
¿Que te bruma y te muele? ¿Que te espeta cada día un aborto empecatado?

Y ¿tú se lo soportas, desdichado?...
Envíalo á copiar á Iturzae'a,
y si aún no te dejare el alma quieta,
pídele veinte duros, y es probado.

Él quiere lo que el cura de Almojía:
moza y capellanía. Sé tú mozo,
y él quede capellán, ma: con apuros.

Pero, ¿tomas; ¡oh, Lesmes!, otra vía?
¿Lo aguantas?... ¡Pues entonces, si a rebozo,
dí que piensas pedirle veinte duros!

EL BR. FRANCISCO DE OSUNA



CUENTOS ESPAÑOLES
EL HIJO DEL MAR

Aún faltaban dos horas de noche. La niebla retrasaría incluso las primeras opalescencias del orto. Encalmado el aire no sonaba a misterio en las calles estrechas y arcaicas y las luces aisladas de los faroles tenían un mortecino resplandor quieto.

En la bahía, sobre el mar liso, igual, sin brillos, sin cóleras—que sólo se rompía en suaves rasgamientos de sedas—, esperaban las lanchas en numerosa agrupación con los índices altivos de sus palos veleros de los que pendían sus cordajes.

Prontos a lanzarse a la mar, los pescadores oían la misa tradicional. Era en una capilla alzada allí mismo, entre la caseta del salvamento de naufragos y la de los carabineros, empotrada en el cerro ingente de la cabellera de bruma y amigo de las gaviotas.

Todas las madrugadas antes de salir a la mar, los pescadores oían aquella misa.

Eran unos instantes plenos de toda la ingenuidad espiritual de los primitivos tiempos. Desnudas al aire las cabezas blancas, las calvas relucientes, las cabelleras bravas y los rizos juveniles, se agrupaban los hombres. Crujían de cuando en cuando los chubasqueros de hule e iban de un extremo a otro los murmullos del rezo con palabras del dialecto arcaico.

Ante el altar el cura, hijo de pescadores, nie-

to de pescadores, pescador él mismo en ocasiones, oficiaba soñoliento y hurafío... En los vespers súbitamente tempestuosos, también imploraba a Dios. Pero entonces rostro a la enorme extensión verdugosa, bajo el cielo ennegrecido y desde lo más alto del acantilado, por entre cuyos profundos la mar entraba a sus cuevas inaccesibles para el hombre y que, auxiliada por el tiempo, se fué abriendo ella misma. No eran en aquellos instantes los hombres quienes tenían el cura a su espalda sino las mujeres, un grupo plañidero y desesperado, bien distinto de este otro sereno, de facies apostólicas, evocadoras de los primeros mosaicos cristianos.

Terminó la misa y con algazara se dispusieron a invadir las lanchas. Bromeábanse unos a otros. Cambiaban pronósticos y augurios los viejos y los jóvenes. Se ofrecían tabaco para las pipas, contábanse unos a otros...

—¿Y Tulio?—preguntó alguno.

—Acá estaba hace un rato a mi lado—respondió otro.

—Debió marchar cuando alzaban...

—¡Tulio!!

—¡Tulio!!

Las voces fuertes, rudas, hechas a dominar el estrépito de los vientos y de las olas, estremecieron la noche y retumbaron en las oquedades del monte y fueron a rasgar la niebla que se hinchaba dentro de las callejas desiertas...

Se acercó el cura, ya dentro de su capote y el cuello embufandado.

—¿Qué? —El condenado Tulio otra vez? Cuando volví una de las veces, parecióme verle saltar dentro de su lancha...

Elías, el más viejo de los pescadores, el patriarca, movió la cabeza.

—Ya es la cuarta vez que lo hace. Y no es lo malo que nos adelante. Sino que faltará el apoyo de Dios Nuestro Señor, porque desprecia la Misa.

El cura se encogió de hombros.

—Bastante le importa. Es un pagano. Un triton y una sirena debieron engendrarle. Siempre dije que ese mozo acabará mal...

—¿Pero usted cree como él en los tritones y en las sirenas?—preguntó un mozo.

El cura se echó a reír.

—¡Qué he de creer, rapaz! Es que me burlo. Pero acabará mal... El mar lo trajo y el mar se lo llevará... Y daos prisa que la niebla se mete en los huesos...

—Fuera del puerto, ya en la amplia inmensidad, Tulio dejó caer los remos, lanzó las redes y esperó. Aun sin la niebla, la distancia le ocultaría de sus compañeros. Desde hacía algún tiempo rehuía su compañía. Con la mocedad le llegarían aquellas ansias de aislamiento, de identificación más absoluta con el mar. Patrón también de una lancha por la muerte de su padrino, prescindió en seguida de otros brazos que no fueran los suyos propios para manejarla y para izar la vela al enigma de los vientos y para sacar del fondo inagotable, las redes infladas de movable plata... Y siempre su barca era la que volvía la última y la más llena. Era un retorno triunfal, inflamada de áureos resplandores la vela y a contraluz, erguido, cruzado de brazos, Tulio, el de los ojos glaucos, «el hijo del mar», sonreía...

Y como por manos invisibles dirigida la barca iba segura y recta, sorteando los choques con las otras hasta llegar a la gradería de resbaladizos escalones y en lo alto de la cual esperaba su madrina, orgullosa y feliz...

Una leyenda romántica aureolaba la figura de Tulio. Una noche de galerna el mar le lanzó a las arenas de la playa al otro lado del puerto, al pie de los acantilados entre cuyas cuevas el agua rugía himnos bárbaros, puliendo las rocas.

Bien entrada la mañana le descubrieron desnudo, desesperado y permeando al aire como un Jesús de Nacimiento. Las olas, ya tranquilizadas no llegaban hasta él y se retiraban lentas, como entristecidas de no envolverle con los encajes de sus espumas...

El médico del pueblo aseguró que tenía dos o tres meses y que estaba perfectamente sano. En la playa no había restos de ningún naufragio como en otras noches de galerna en que el mar arrojaba trofeos de trágicas victorias cuyas ignoradas... Tampoco le envolvía ningún paño sus desnudas carnes ni había, como en los folletines una carta misteriosa y un bolso de dinero.

En las almas sencillas, refulgó el misterio. Vieja hubo que propuso lanzarlo nuevamente al mar, porque no podía ser bien nacido quien de tal modo llegaba a la vida. Pero otra mujer, la esposa de Tulio Vergara, que amamantaba un hijo suyo de la misma edad, le dió el pecho y con el pecho su corazón. Tulio Vergara y su mujer adoptaron al hijo del mar.

Y nunca, después de noche de galerna, lució el sol como el día de la adopción y fué tan benigno el mar y suspiraron con más languidez

las olas al morir sobre la arena, ni tuvieron aquella ingenua gracia de glorificación las nubes serenas sobre las cumbres ingentes. Los hombres que la galerna retrajo de la pesca hicieron fiesta en las sidrerías, ó en el frontón al llegar el crepúsculo espléndido, la melancolía del puerto se llenó de canciones.

—Era extraño el chiquillo con sus ojos de cambiantes marinos, con su pelo indómito de un rojo ígneo y sus silencios extáticos y su voz que tenía una dulzura ultraterrena...

Iba al mar sin temores y sin fanfarronas audacias. Apenas tuvo siete años, ya nadaba horas enteras y en cierta ocasión en que jugando con tres niños más, éstos se ahogaron, volvió él sano y salvo, sin esfuerzo y sonriendo con misteriosa inconsciencia más que infantil.

A los trece años Tulio saltó ya a la mar con el padrino, cuando su hermano de leche quedaba aún en tierra tímido y afeminado. Y desde entonces la barca de Vergara era la que tornaba al puerto más llena de pescado.

A los diez y seis años Tulio tenía la gracia helénica de un dios. Gustaba de ir desnudo de medio cuerpo, sin más que un calzón de lienzo azul sujeto a la cintura por una correa de cuero. Las mujeres empezaban a soñar con él. Sus ojos glaucos miraban de un modo tranquilo y dominador. Su voz sonaba al rumor de las olas en la noche y al quejido de los cordajes tirantes por el viento, y al cónico misterio del agua entrando en las oquedades rocosas...

En cambio Tulio era torpe en los terrestres

juegos de la pelota y de la barra, desmañado en las danzas de romería y hurafío con las mozas que se acercaban sonrientes y ruborizadas de presentimientos...

Y bruscamente, coincidiendo con la catástrofe que dejó viuda y sin hijo a su madrina, Tulio afianzó más que nunca su ansia de soledad, su desdén a las mujeres y su cariño al mar. Cerca de veinte barcas naufragaron y la de Vergara, que saliera tripulada por el hombre y los dos mozos, volvió sola con Tulio...

Patrón de barca a los diez y ocho años, Tulio prescindió de ayudantes y cuando la enlutada madrina le aconsejaba lo contrario el mozo se encogía de hombros.

—Me valgo yo solo por todos.

También en cierta ocasión la enlutada madrina le indicó nombres de mujer para esposar. Tulio frunció el ceño, le chispearon las glaucas niñetas.

—No, madrina. Yo no me casaré nunca. Estas mujeres no me importan nada.

Y acercándose a ella, al oído, temblándole aquella voz dulce que parecía venir de tan lejos ó brotar de tan hondo, añadió:

—Son las otras: las que nadie ve sino para morir y que yo he visto y he oído. Cantan canciones extrañas y adormecedoras, tienen los ojos como los míos y el pelo como mi pelo y se coronan con unas diademas de algas verdes y húmedas...

La madrina se llevó las manos al corazón.

—Calla, Tulio. Esas mujeres no existen...

—¿Listed me enseñó a amarlas y a temerlas de niño...

—Eran cuentos, leyendas que no hay que creer. Oyeme, Tulio, hijo...

Pero Tulio no quería oírlo y saltó cerrando la puerta detrás de sí, camino de los acantilados, desnudo el torso hercúleo y bello como el de un dios.

—Al caer de la tarde, oyó la voz misteriosa. Majestuosamente moría el sol y una calma infinita descendía del cielo y apaciguaba el mar. Tan limpio el aire que a muy lejos se veían las otras lanchas, izando ya las velas para el retorno.

Y entonces la sirena empezó a cantar sólo para Tulio.

Tulio, recostado sobre la borda, la escuchaba anhelante. Como una olorosa madre selva en flor por la primavera, envolvía el amor su pubertad. Aún no veía el ser que cantaba; pero le veía como otras tardes. La canción se mecía en las olas ó se doblaba como ideal surtidor ó buscaba el corazón de Tulio en la certeza punzante de una flecha de Cupido.

Lentamente apareció la presentida. Tenía los ojos glaucos de Tulio, el cabello rubio de Tulio y la voz dulce era un eco de la dulce voz del pescador. Le tendía los brazos como la esposa al elegido en la noche nupcial.

Y entonces Tulio se desnudó por completo, con una pureza de pensamiento que los hombres terrestres no pueden comprender, y con solo inclinarse un poco sobre la borda de la lancha, dió en los brazos de la sirena. El mar lo había traído y el mar se lo llevaba.

José FRANCÉS

CUADRO DE ARISTIDES SARTORIO

AMARGURAS DE LA GUERRA

LAS TRIBULACIONES DEL VENCIDO

La dura crudeza de la estación invernal, cubriendo con sudario de nieve la abrupta zona montañosa de la región balcánica, no ha bastado para contener las guerreras impacencias de los vencedores. A sangre y fuego prosiguieron su avance en el inextricable laberinto de las montañas servias hasta domeñar resueltamente el rebelde reino, que ya en pasados siglos sufriera idéntica desventura en repetidas irrupciones otomanas.

De las montañas servias pasaron los asaltantes a las montenegrinas, y en esta tenaz pelea sin tregua, el éxodo de los vencidos, que perdieron su patria en la contienda, tiene la triste amargura de una peregrinación penitencia con ruta a la ventura, en busca de un rincón donde evitar los riesgos mortales de la guerra; ¡triste odisea

la deseada revancha de sus desventuras en la última fase de la anterior campaña de los Balcánicos.

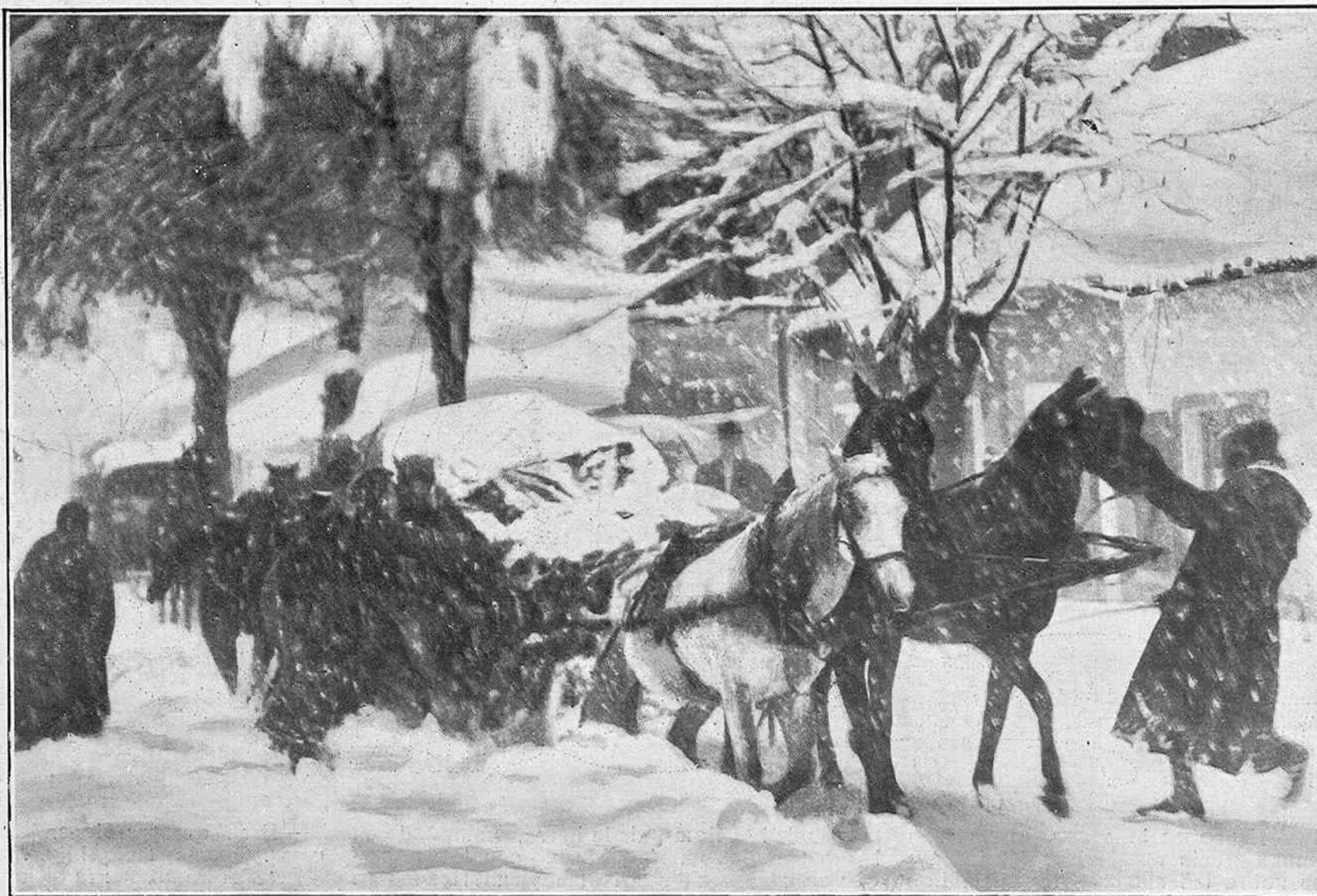
El éxito apetecido ha desbordado la ambición búlgara de reconstruir el gran imperio danubiano, al que diera nominal derecho el incumplido tratado de San Estéfano. Días pasados, al conocerse el positivo fruto del marcial esfuerzo armonizado con el de los ejércitos de los imperios centrales, en la Cámara popular de Sofía el jefe del Gobierno, Radoslavoff, hizo un amplio resumen de la situación política, tanto interior como exterior de Bulgaria, y puso de relieve la importancia y el alcance de los éxitos militares obtenidos por el transcurso de las diez semanas últimas.

El presidente, cuyo discurso fué varias veces

perición de los mismos aliados. Les hemos estado esperando siempre; pero no han llegado. Buena voluntad tenían; pero sin duda han encontrado un obstáculo.

«Si nosotros hubiésemos sabido que las cosas iban a tomar este aspecto, no hubiéramos vacilado en dar una gran batalla que hubiese sido en la proporción de uno contra tres. Esta batalla decisiva los hombres la reclamaban. Entonces se hubieran sacrificado con alegría. En lugar de esto, fué la retirada, la retirada lenta y continuada, que gasta las fuerzas, desmoraliza y aniquila el valor. El Ejército está hoy terriblemente quebrantado.»

Y quebrantado y maltrecho buscó refugio en las inhospitalarias montañas albanesas, perseguido por el odio tenaz de los *comitadjis* bul-



Caravana de fugitivos servios detenida en su huida por un temporal de nieve

de los derrotados! En caravanas que improvisó la proximidad del peligro huyeron de sus hogares por los senderos de las escarpadas montañas y por los caminos ocultos de sus angostos desfiladeros; en su rápida fuga llevaron consigo lo más precioso de sus abandonados hogares, y caminando entre nieve y fango traspusieron la frontera de su patria querida, sin saber cuándo podrán volver de nuevo a aquella dura tierra de promisión en la que, abatida su enseña, flota orgullosa la bandera enemiga, contra la que fué inútil el valladar de sus colinas y el baluarte de su cordillera, que siempre estimaron por inexpugnable.

Pueblo guerrero y audaz, siempre amó el peligro y pereció en él; hoy, expulsado de su territorio, prosigue sin descanso, nuevo judío errante, su marcha penosa y triste en busca de un modesto rincón de aquella ingrata península que le sirva de Covadonga de su reconquista.

Mucho pudieron en esta victoria cruel, que desposee a un pueblo de todo su territorio, la sólida preparación y el vigoroso esfuerzo de las armas austriacas y germanas; pero pudo también mucho el odio secular de los implacables búlgaros, que ven en este triunfo la soñada realización de su anhelada hegemonía balcánica y

interrumpido con ruidosas ovaciones, terminó con estas palabras:

«Las definitivas fronteras de Bulgaria se establecerán en los límites que lleguen a avanzar sus soldados victoriosos.

«Sobre todo Monastir será ya búlgara para siempre.

«La nación Servia quedará borrada del mapa y las fronteras búlgaras serán comunes con las del imperio austro-húngaro.

«En breves días, y a nuestra satisfacción, quedará resuelta la cuestión relativa a la presencia en Salónica de los franco-ingleses.»

La última parte no ha tenido la breve realización prejuzgada por el estadista búlgaro; y respecto a lo demás es pronto aún para predecir lo que el día de la paz han de dilucidar vencedores y vencidos; mas, por hoy, efectivamente, la nación Servia está borrada del mapa y no tiene en los territorios vecinos un rincón amigo donde llorar su desventura.

Al llegar a Scutari, en su infortunado éxodo de expatriación, dijo el presidente del Gobierno servio:

«La falta de provisiones, más que nada, nos ha obligado a retirarnos. Hemos destruido todo detrás de nosotros para no dejar ningún trofeo en manos del enemigo. Nos hemos retirado a

garos y recibido en son de lucha por los revoltosos habitantes del invadido país, que ven así perturbada, ya que no su patriarcal pacifismo, su bizarra libertad.

Los ejércitos de la Cuádruple llegaron tarde, muy tarde, para evitar la desolación de un pueblo diezmado por las inclemencias de la peste y la dura flagelación de tres guerras consecutivas.

Y si Bulgaria satisfizo en parte el secular afán de sus odios y sus aspiraciones, el imperio austro-húngaro verá colmados sus afanes para la vida futura de predominar en el Adriático cuando asegure la conquista de Montenegro y Albania, siendo este el mayor de sus triunfos contra sus enemigos, los italianos, triunfo lejano del campo de pelea; pero triunfo mayor que las victorias defensivas del Isonzo.

Mientras los aliados acumulan tropas y pertrechos de guerra en el fortificado sector de Salónica y aguardan incomprensiblemente el ata que de las huestes enemigas, un pueblo atribulado llora sus cuitas lejos del suelo que tenazmente disputara por suyo y que hoy es fuente de recuerdos, cuando ayer lo era de esperanzas.

¡Senda dolorosa del vencido!

CAPITÁN FONTIBRE



LOS INDIOS EN EUROPA.—Decididamente era más agradable cazar tigres que cazar hombres

EL HUMORISMO CONTEMPORÁNEO
LEAL DA CÁMARA

La *vida literaria*, aquel semanario que dirigió Jacinto Benavente, publicó en su número 6 del día 11 de Febrero de 1899, un dibujo que representaba á Leal da Cámara protegido por el diablo, disfrazado de bufón.

Y decía el diablo: «Tengo el gusto de presentarles á ustedes al distinguido dibujante portugués Sr. Leal da Cámara, que se halla en Madrid á consecuencia de diabluras políticas y el cual se propone seguir en esta corte su campaña caricaturesca, siempre en compañía del diablo, *cicerone* insustituible para recorrer Madrid en estos tiempos de Aguilera.»

Podemos, por lo tanto,

fijar exactamente la fecha en que Leal da Cámara empezó á publicar sus dibujos en España. Y precisamente en *La vida literaria*, que representaba entonces el periódico moderno, arbitrario, renovador de las viejas preceptivas estéticas, y donde, bajo la dirección del flamante autor de *Gente conocida*, *La comida de las fieras* y

Cuento de amor se publicaban los *París al día*, de Gómez Carrillo, los cuentos de Zamacoís, los primeros versos de Martínez Sierra y se anunciaban los primeros tomos de la biblioteca *Mignon*.

Hace diez y siete años...

Momento interesante aquel. Aún convulsa la patria por el desastre colonial, los maestros de hoy la cauterizaban sus heridas con artículos candentes, inesperados y nacidos de ignoradas ideologías. Imagináos que comenzaban á destacarse junto á los nombres ya citados, los de Unamuno, Baroja, Martínez Ruiz, Valle Inclán, Bueno, Ru-



Friso infantil





Estudio de Leal da Cámara, en París

bén Darío, Villaespesa, los Machado. Y también en arte se iniciaba el maravilloso renacimiento actual. Nada, pues, tan propicio como aquel ambiente para caricaturista como Leal da Cámara, inquietado por todas las rebeldías de la técnica y del pensamiento.

Poco más de veinte años tenía entonces el caricaturista portugués, y ya era un peligro en su patria. Había publicado caricaturas antimonárquicas que respondían a los todavía imprecisos sentimientos populares. Los historiadores de la política portuguesa en el siglo actual necesariamente, inevitablemente, habrán de encontrar dibujos de Leal da Cámara al buscar en los orígenes de la poderosa República actual.

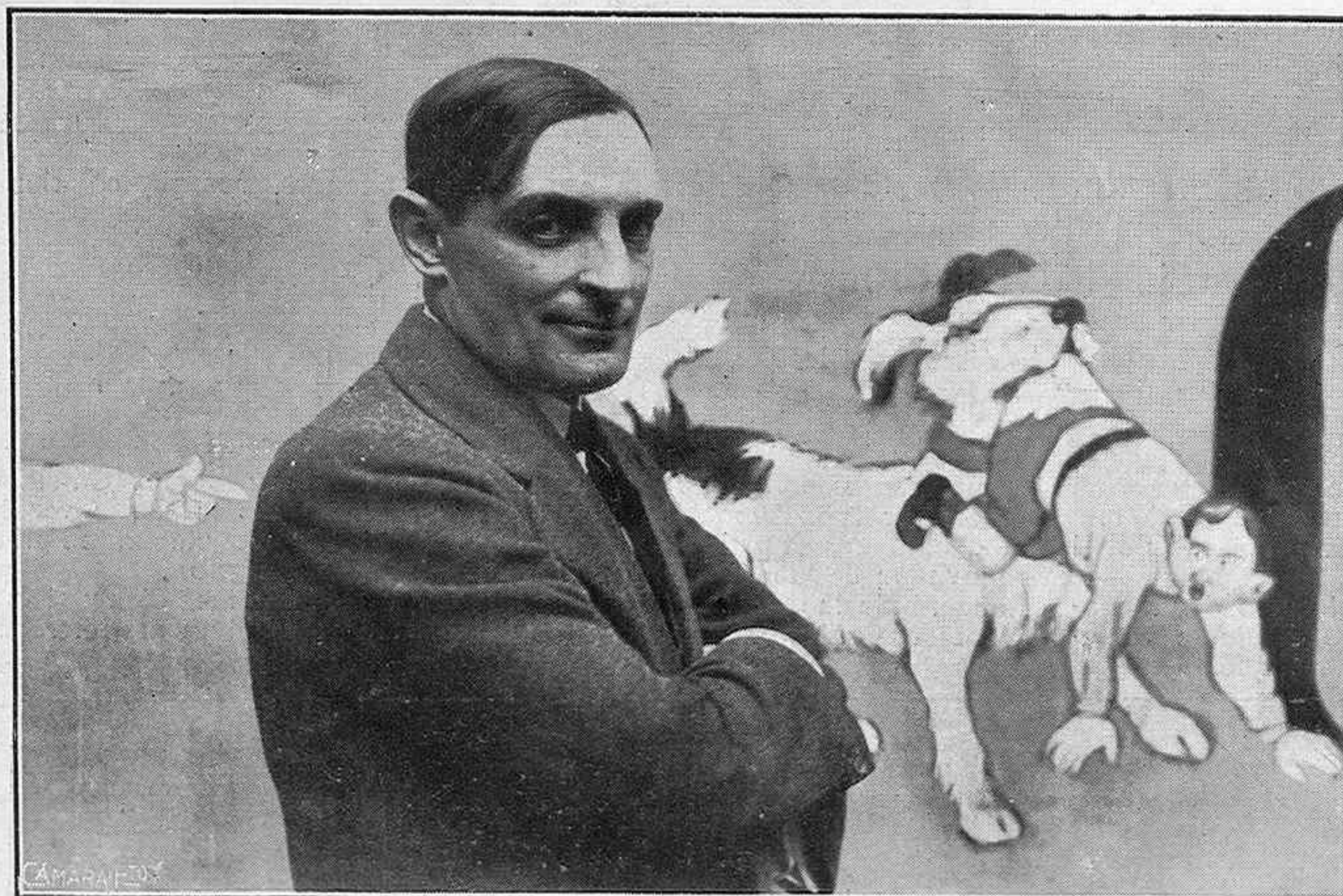
En Madrid, Leal da Cámara convivió con los artistas, con los escritores que habían de ser los futuros maestros. Incluso estuvo a punto de batirse en duelo y bordeó los límites del Código penal con dibujos demasiado semejantes a los que le empujaron más acá de las fronteras portuguesas.

Paralelos a la vida y al arte del caricaturista portugués, iban desarrollándose el arte y la vida de un caricaturista español: Sancha. Su amistad fué un mentís a las envidiosas malevolencias de

las profesiones que llaman liberales. Lejos de odiarse y procurar la mutua anulación según es uso y costumbre entre artistas, Sancha y Leal da Cámara se querían fraternalmente y juntos veíaseles a todas horas y juntos realizaron esta admirable misión de renovar por completo la caricatura española. Porque Leal da Cámara y Sancha fueron los más decisivos enemigos de aquel *Madrid Cómico* absurdo, que durante años y años se consideró como emporio del ingenio y del arte (!!!) Incluso publicaron en el propio *Madrid Cómico* caricaturas preconcebidas monstruosas y desquiciadas, como una más viril protesta de los dijes de los señores... ¡tente, pluma!

Más que Sancha, influenciado realmente entonces por Leal da Cámara, fué a éste a quien imitaron los caricaturistas que entonces surgían incapaces de copiar a los que antes de aparecer Sancha y Leal respondían a la total decadencia del siglo XIX.

Luego Sancha evolucionó radicalmente. Leal da Cámara sólo ha perfeccionado, ha depurado su tendencia, lo que demuestra lo afirmativamente arraigada que está en su temperamento. Comparadas la obra actual del ilustre humorista portugués



LEAL DA CÁMARA
Ilustre pintor y caricaturista portugués

con la de sus comienzos, hallamos una exactísima analogía que les hace inconfundibles e inatribuibles á otro artista.

Leal da Cámara, á pesar de sus triunfos madrileños, se cansó pronto de vivir en Madrid. Sobre todo de vivir mal, porque nunca han sido—pero entonces menos que nunca—un lápiz y un espíritu rebelde medios muy seguros para medrar en España. Marchó á París, como Sancha. Pero mientras el alma giróvaga y cansadiza del gran humorista español le volvió otra vez á España, Leal da Cámara halló en París su patria ideal, la patria verdadera de todos los hombres que sueñan con la belleza y con la libertad.

Leal da Cámara fué pronto uno de los primeros dibujantes «franceses». Las principales revistas publicaban y pagaban á altos precios sus dibujos revolucionarios ó simplemente satíricos. *L'assiette au beurre*, que entonces bogaba triunfal por la mejor y más prestigiosa de sus épocas, le eligió como uno de sus colaboradores fijos. Leal da Cámara consiguió más aún: ser un republicano temible en la República francesa. Por ello cada vez que *L'assiette au beurre* había de publicar un número antimonárquico ó dedicado á un Rey contemporáneo, se acudía inevitablemente á los lápices de Leal da Cámara. Claro es que en los países respectivos se prohibía la entrada de estos números terribles de *L'assiette au beurre* donde se unían la violenta sátira con el pasmoso acierto fisonómico. Porque Leal da Cámara no se limita á ridiculizar certeramente las ideas: es también y ante todo un formidable *chargeur*. Sus caricatu-

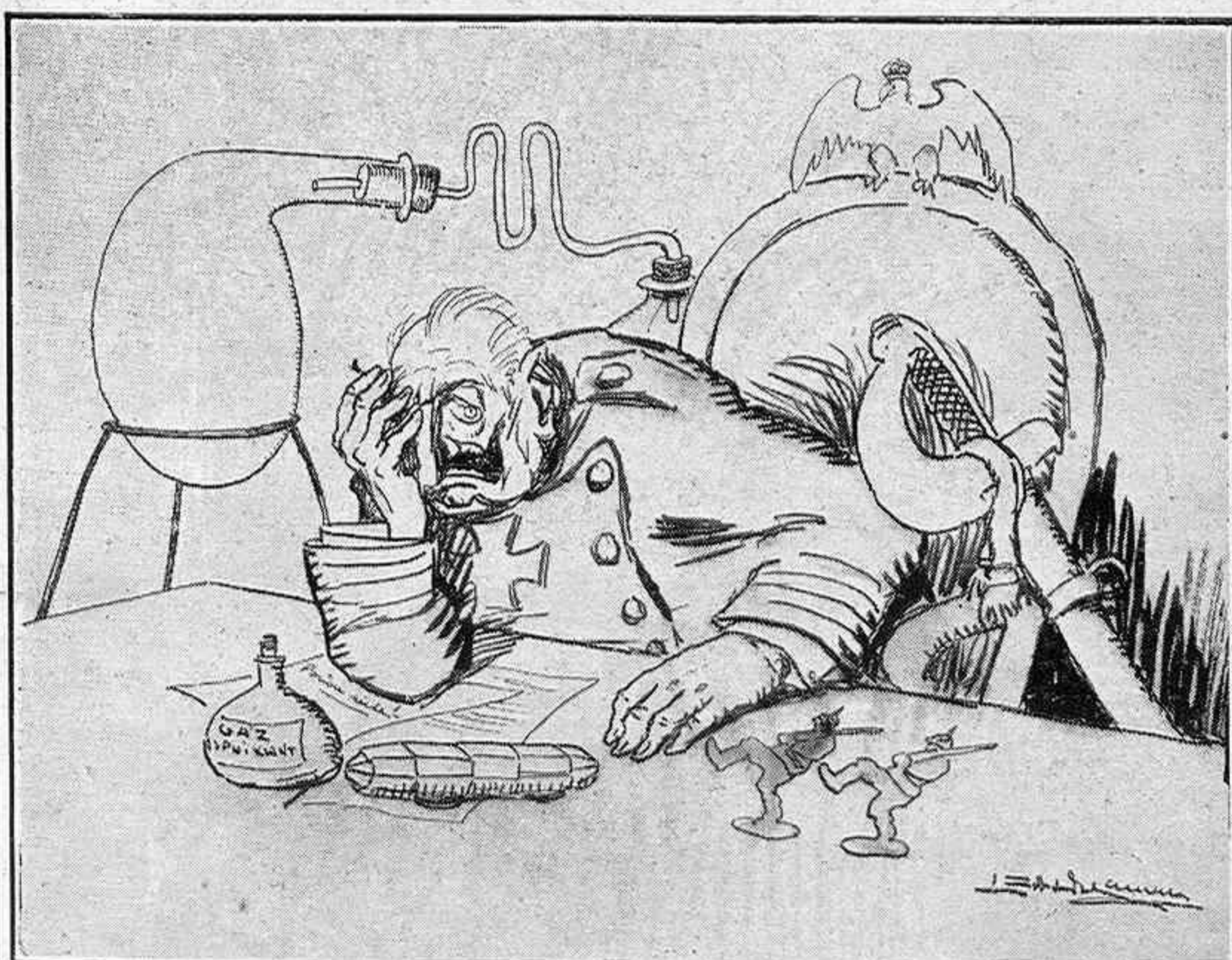


—Aquí, el joven, empezó á gritar:—“¡Un periscopio, un periscopio!...”—Y luego resultó que era una botella vacía.
—Pues que pague ahora tres botellas llenas, para que aprenda á distinguir. (Caricatura de Leal da Cámara)

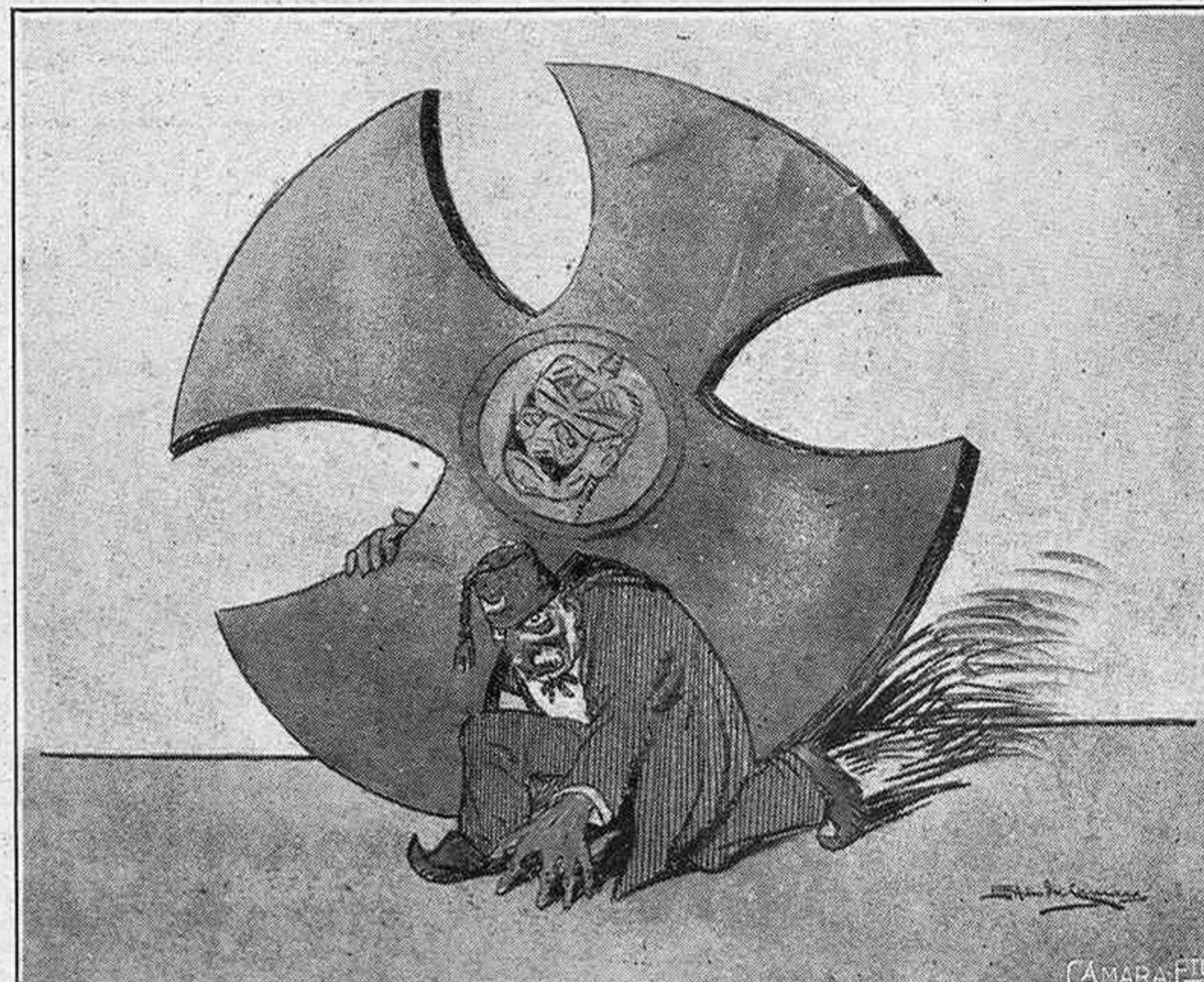
ras personales son célebres en todo el mundo. Cuando triunfó la República portuguesa Leal da Cámara volvió á su patria. Habían pasado bastantes años. Su destierro terminaba en una consagración pública. El presidente Arriaga le abrazó ante los más significados personajes del nuevo régimen. Entre ellos encontró Leal da Cámara compañeros de juventud, de persecuciones y de pobreza. El pasado estaba ya muy lejano; el presente era halagüeño y se le rendía como una hermosa dama solicitada mucho tiempo inutilmente. Pero... Leal da Cámara volvió á

arte impulsándole hacia la decoración. Y antes de realizar obras decorativas para los ajenos, se ha construido y decorado su casa propia. De este modo el hogar es además museo y propaganda. Allí, en uno de los cuartos, se encuentra, por ejemplo, el admirable friso infantil que luego había de tener veintidos metros en las escuelas imaginadas en otro tiempo por el poeta del dulce nombre—Juan de Dios—y que un hijo del poeta ha sido el encargado de implantar en Lisboa.

SILVIO LAGO



EL KAISER EN SU LABORATORIO
Pensando una nueva fórmula destructora

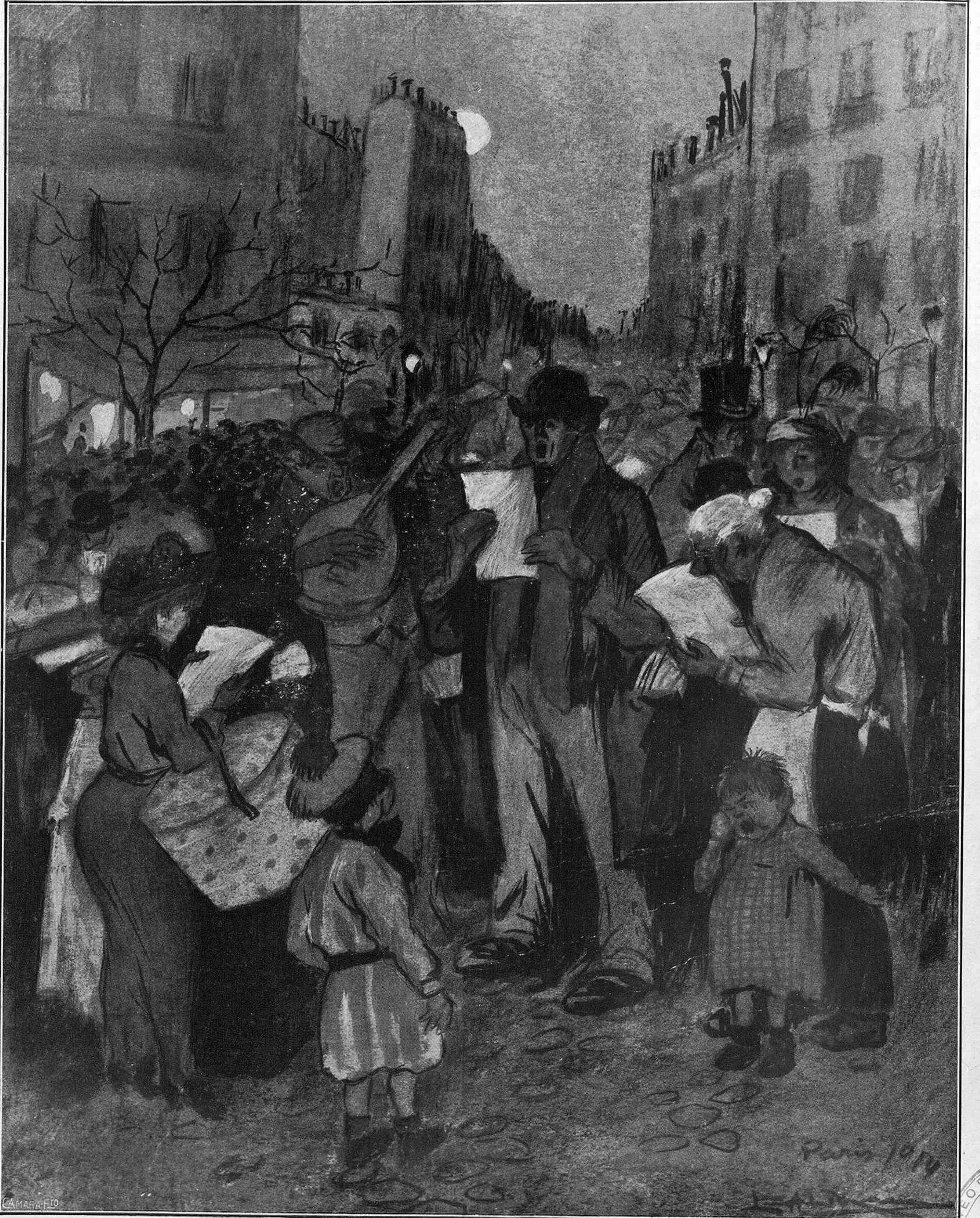


¡CONDECORADO!
El sultán de Turquía llevando su cruz de hierro

(Caricaturas de Leal da Cámara)

CÁMARA FEB

PAGINAS HUMORÍSTICAS



ARTISTAS CALLEJEROS CANTANDO EN LAS CALLES DE PARÍS EL COUPLET DE MODA

DIBUJO DE LEAL DA CÁMARA





La nave, flota...

Postergué los afanes de mi gloria
al supremo ideal de merecerte;
renuncié á mi capitulo en la Historia,
rechacé los halagos de la suerte,
y al brillo, cegador, de tu hermosura
rendí la esclavitud de mi albedrío
creyendo en la bondad de un alma pura
juzgada por el noble pecho mío.
Hoy, muerta la ilusión y el alma herida
por el golpe fatal de tu asechanza,
en el triste camino de mi vida
luce el rayo de sol de una esperanza...



Patente ya tu proceder malvado,
ni te guardo rencor ni te maldigo:
para condenación de tu pecado,
será la indiferencia mi castigo.
La nave del amor tranquila flota;
halló de salvación seguro puerto
y al viento fia su ventura ignota...
El corazón, que la guiaba... ¡ha muerto!

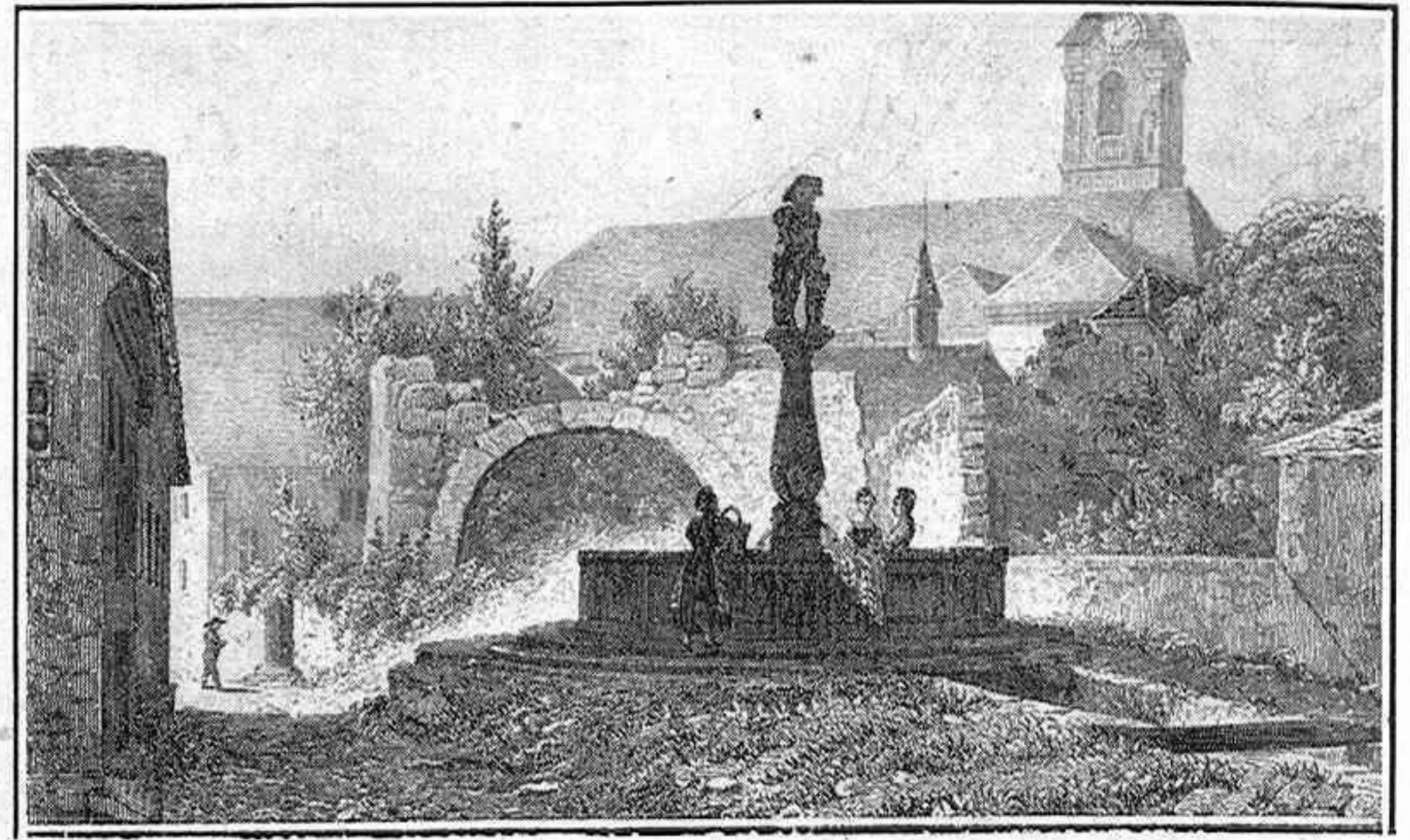
FEDERICO GIL ASENSIO

DIBUJO DE BARTOLOZZI





La casa de Guillermo Tell, en Bürglen



La fuente de Guillermo Tell, en Altorf

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES

GUILLERMO TELL

Fué un hombre? ¿Es un mito? Se ha discutido mucho acerca de la veracidad de la historia de Guillermo Tell, se ha pretendido que es copia de una tradición danesa.

Pero se ha demostrado que el Tocco de los daneses fué en absoluto desconocido por los suizos. El héroe danés vivió antes de la segunda mitad del siglo XII y la emigración suiza fué muy anterior.

La primera edición del libro de Sajo en que se habla de esto, salió á luz en París el año 1486. Además consta que en la punta de Uri en 1388 había aun más de cien personas que habían conocido á Guillermo Tell y lo recordaban. Además justifican la existencia del tirador suizo las crónicas que están acordes con la tradición y las canciones populares y la consagración religiosa dada á esta tradición por el establecimiento de capillas en todos los parajes ilustrados por las hazañas del libertador suizo.

Aunque los pintores han solido perpetuar la memoria del célebre juramento de los suizos para recobrar la independencia de su patria, en 1307, pintando solamente á los tres jefes del movimiento libertador, el juramento fué prestado por treinta y tres suizos. Cada uno de los jefes, Arnold, rico propietario de Melchtal, Walther Furst, de Ury y Wernher de Stauffachen, gentil-hombre de Schwitz, llevaron á diez compatriotas cuyas ansias de independencia les eran bien conocidas, á la pradera de *Im-Grathlein* á orillas del lago de Waldsteten, ante las montañas de Unterwalden y de Ury, y en la soledad de la noche, levantando las manos al cielo, juraron *en nombre de Dios que hizo los emperadores y los aldeanos y de quien todos han recibido los derechos inalienables de la humanidad que defenderían su libertad atropellada.*

Sin embargo ninguno de ellos, no obstante lo hartos que estaban de la ferocidad y de la tiranía del Gobernador Hermann Gessler y sus secuaces, tuvo ocasión de hacer nada por librar á su pueblo de tal tiranía.

Quiso la casualidad que un pacífico habitante de Ury, Guillermo Tell, yerno de Walter Furst, fuese quien matase al tirano.

Gessler, fuese porque sospechase ó porque quisiese abrumar al pueblo con su tiranía, tal vez deseoso de provocar un levantamiento del país para mas ahorrojarlo, quiso averiguar quienes eran los menos resignados con su poder.

Echó mano de un sombrero suizo para representar la dignidad ducal y quiso obligar á todos á que rindiesen homenaje á la insignia de un príncipe que no reconocían.

Guillermo Tell se negó á descubrirse ante la insignia y puso en su negativa tanta indignación como vehemencia en la expresión de su voluntad.

Fué enseguida llevado á presencia del Gobernador, al cual en el refinamiento de sus instintos de ferocidad no se le ocurrió otro castigo que ordenar á Guillermo Tell que atravesase de un flechazo una manzana colocada sobre la cabeza de un niño del aldeano suizo.

Como es sabido, Tell, que era un excelentísimo tirador, y que debía tener una serenidad imperturbable, apuntó sobre la manzana que la cabeza de su propio hijo sostenía, y dióse la satisfacción y al tirano el disgusto, de derribar la manzana sin tocar un pelo á la tierna criatura de sus propias entrañas.

Registráronle después de salir airoso en su empeño y habiéndole hallado otra flecha, y como se le preguntase con qué fin la llevaba, respondió en un momento de justo y paternal acoloramiento:

—Para vengar á mi hijo si no hubiese tenido tanta fortuna.

Temiéndole, pues, á él y á una venganza de sus parientes y de sus convecinos, no se atrevió Gessler á encerrarlo en Uri; pero contraviniendo los estatutos, que prohibían que ningún suizo sufriese largo cautiverio, le hizo llevar más allá del lago embarcándolo consigo para tener la completa seguridad de que su deseo se cumplía.

Apenas la embarcación se hubo acercado al Rutli, levantóse en el lago, con su característica violencia, el huracán que se conoce con el nombre del Fahn de los profundos valles del San Gotardo.

Enormes olas estrellábanse contra las rocas y amenazaban estrellar igualmente el frágil esquife.

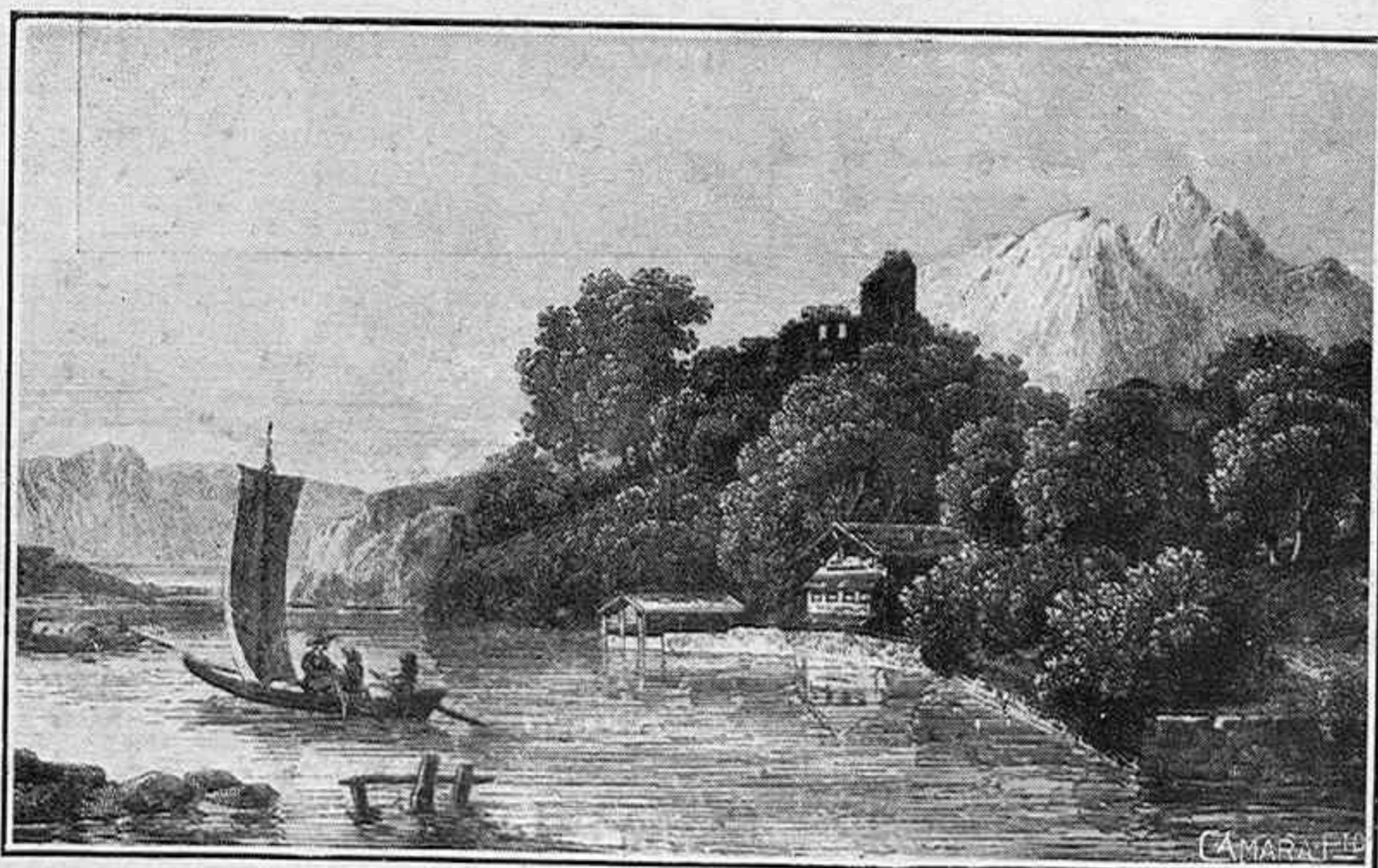
Lleno de terror, Gessler mandó desunir los grillos que sujetaban las manos de Guillermo Tell por saberle buen marino, hombre vigoroso y conecedor de aquellas aguas y le mandó salvar la embarcación. Hízola Tell tomar otro rumbo y se introdujo con gran rapidez entre los escollos.

Al pie de Axenberg llegaban ya cuando abanzándose Tell á la punta de una roca se encaramó en la montaña, saltó á ella y sacudió un vigoroso puntapié á la embarcación que con Gessler y los suyos á bordo se vió en inminente peligro de zozobrar.

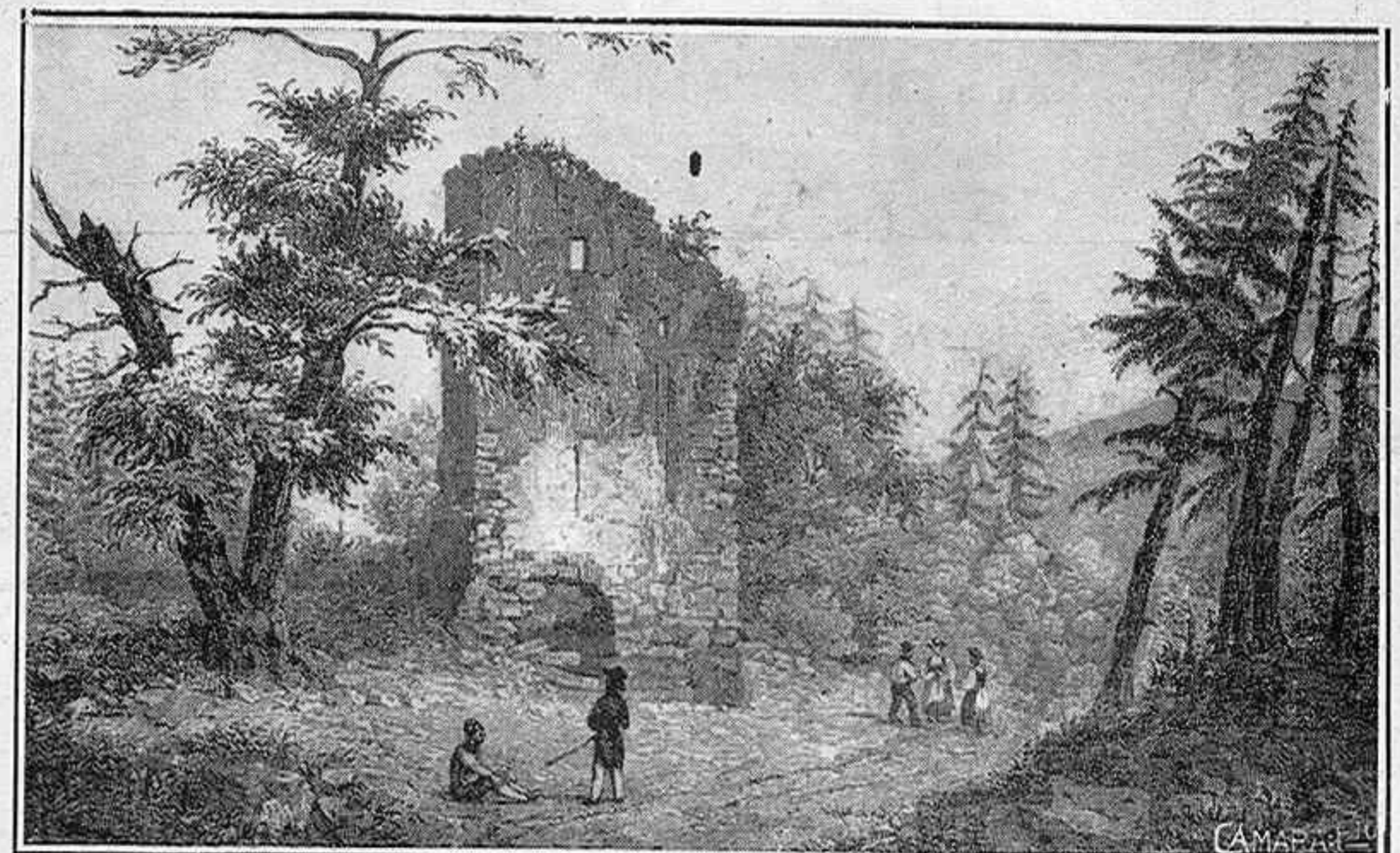
Sin embargo, logrado habían ya llegar á Kusnacht; pero Guillermo Tell atravesó el país de Schurtz, se apostó al paso de Gessler sobre un camino profundo y con la misma puntería que había logrado evitar la muerte de su tierno hijo, atravesó de un flechazo el corazón al feroz Hermann.

Este fué el punto de partida de la independencia suiza...

E. GONZÁLEZ FIOL



Castillo de Hapsburgo en el cantón de Lucerna



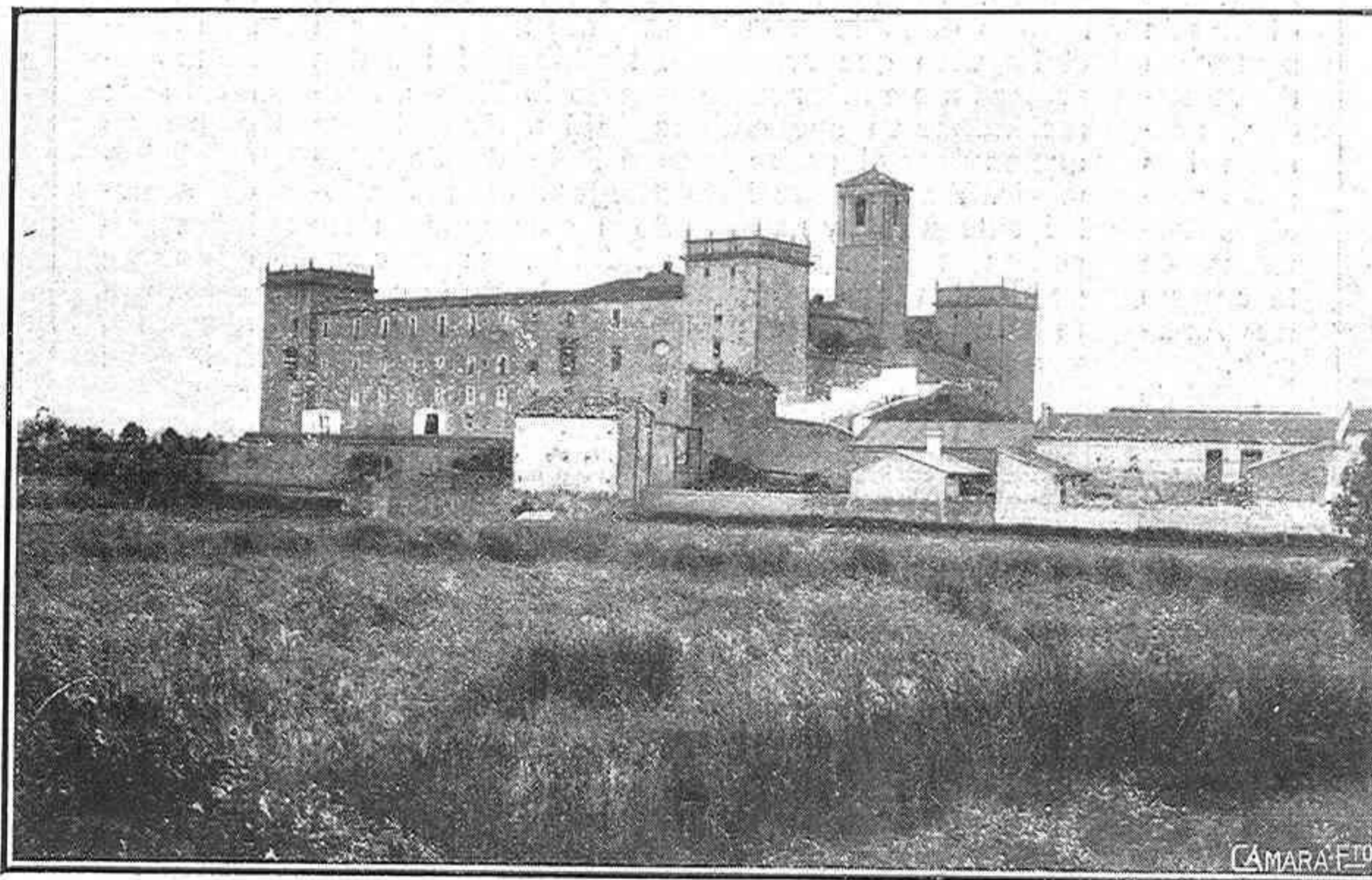
Torre de Gessler, en Kusnacht

EL ESCORIAL VALENCIANO
 NUESTRA SEÑORA DEL PUIG

VOLVER los ojos al pasado es prepararse para mirar al porvenir. La historia de España está hecha con la sangre y con el alma de las regiones españolas. Ninguna nación es tan varia como la nuestra, geográficamente y etnológicamente. Quizás por eso mismo ha sido tan fuerte y tan grande. Pocos ejemplos de vida política y social habrá en la historia como el que ofrecen al contemplador de lo pretérito los antiguos reinos de nuestra península, modelos de organización democrática y aunque el absolutismo centralizador á lo Luis XIV, cerró con el triunfo de su nieto Felipe de Anjou, la obra unificadora comenzada por los Reyes Católicos, no es tan fácil borrar del espíritu de los pueblos, lo que con tan aparente facilidad puede modificarse en las covachuelas del Estado.

Hay en esa admirable tierra valenciana, hermana de Grecia, un monumento, que sobre ser asilo de la fe religiosa es un poema de piedra cuyas estrofas cantan al mismo tiempo que mucho muy bello de la historia de esa región, algo muy alto de nuestra historia nacional. Es el monumento del Puig. El amor de los valencianos ve con quebranto el abandono de esa gloria que es suya y es de todos los españoles. Un generoso movimiento se ha iniciado para no dejar perder ese tesoro de arte y de tradición.

Tiene el santuario del Puig para Valencia una significación análoga á la que para Asturias tiene el de Covadonga. Luego, como el Monasterio de El Escorial, como San Isidoro de León, como Poblet y como San Francisco de Nájera es un gran relicario español. Recio y enorme con un aspecto exterior muy análogo al del Alcázar de Toledo, guarda bajo esta envoltura relativamente moderna, puesto que la edificación última



Vista general del Monasterio del Puig (Valencia)

fué ordenada por el beato Juan de Ribera, su viejo corazón de leyenda.

En la más alta eminencia del Puig, vese ahora no más que las ruinas de un torreón y la memoria de que allí fueron unos muros. Aquello fué el castillo que albergó las ansiedades, las zozobras y las angustias de D. Jaime I, dispuesto á la conquista de Valencia aun contra la voluntad de los caballeros que le seguían. Allí juró no volver á pasar el Ebro, si antes no rendía la ciudad musulmana.

Allí murió su tío y lugarteniente en la magna empresa, el maestre de Aragón D. Bernardo Guillem de Entenza, al que en el postrer arrinconamiento de su sepultura guarda la entrada al templo monacal, debajo del caimán española chicos, que compañero del llamado dragón del colegio del Patriarca, puso allí también el beato Juan de Ribera y que asombra á los muchachos con aquel dístico recomendando silencio dentro de la iglesia. «Si en silencios no esten á mon ventre pararen». Y esas ruinas del viejo castillo desde donde los centinelas veían caer todos los sábados las siete estrellas descubridoras del lugar donde estaba oculta la imagen de la virgen, nos recuerdan también la gran parte que tuvo en su desaparición D. Pedro I de Castilla, puesto que habiéndolo tomado y siendo luego recuperado por sus primitivos poseedores decidió el monarca aragonés aprovechar aquel momento para derruirlo y no ofrecer de nuevo al enemigo tan bien situado baluarte.

No queda ya, por tanto, otro monumento histórico en el Puig sino el principal que es el monasterio. ¡Oh, evocación al entrar en él, la de aquellos muros que aún nos recuerdan la piadosa residencia de Doña Margarita de Lauria! Antes de penetrar en la iglesia aquellas piedras venerables de la vivienda recoleta de una dama prócer, ostentan ante nosotros su prestigio secular. Cementerio de monjes fué luego este recinto. La bendición florida de un tupido jardín esplende sobre el suelo, y rotas las bóvedas del austero palacio, fórmale techo ahora el azul tapiz del firmamento.

La fe gentil había alzado sobre este lugar mismo un templo á Venus. Pocos lugares en verdad tan propios para una exaltación á la amorosa deidad. La vega con sus mil verdores y sus mil aromas, que halagan el sentido, el vaho sensual de la tierra húmeda, constantemente fecundada, y ese mar, mar latino, mar nuestro, las aguas mismas de Chipre donde surgió Anfitrite, llegando á besar esta costa dorada, hacen este paraje hermano de Cítere. La fe cristiana con la divinización del amor ideal, puso después sobre el templo del amor terreno un altar á la madre de Dios.

Es tradición y tradición muy bella que los ángeles tallaron esta imagen de Nuestra Señora del Puig en una piedra del sepulcro de la virgen. La efigie está esculpida en un relieve primoroso y de una rara perfección para la época de que data. Angeles también trajeron en su vuelo la santa icona y cuando los basilios que la adoraban vieron el peligro de una profanación ante la irrupción de los árabes escondieronla en este sitio, bajo de una campana. Siete estrellas, siete como los dolores de María, revelaron más tarde el cobijo del devoto tesoro. Y en memorable día San Pedro Nolasco devolvió los honores del culto á la imagen salvada.

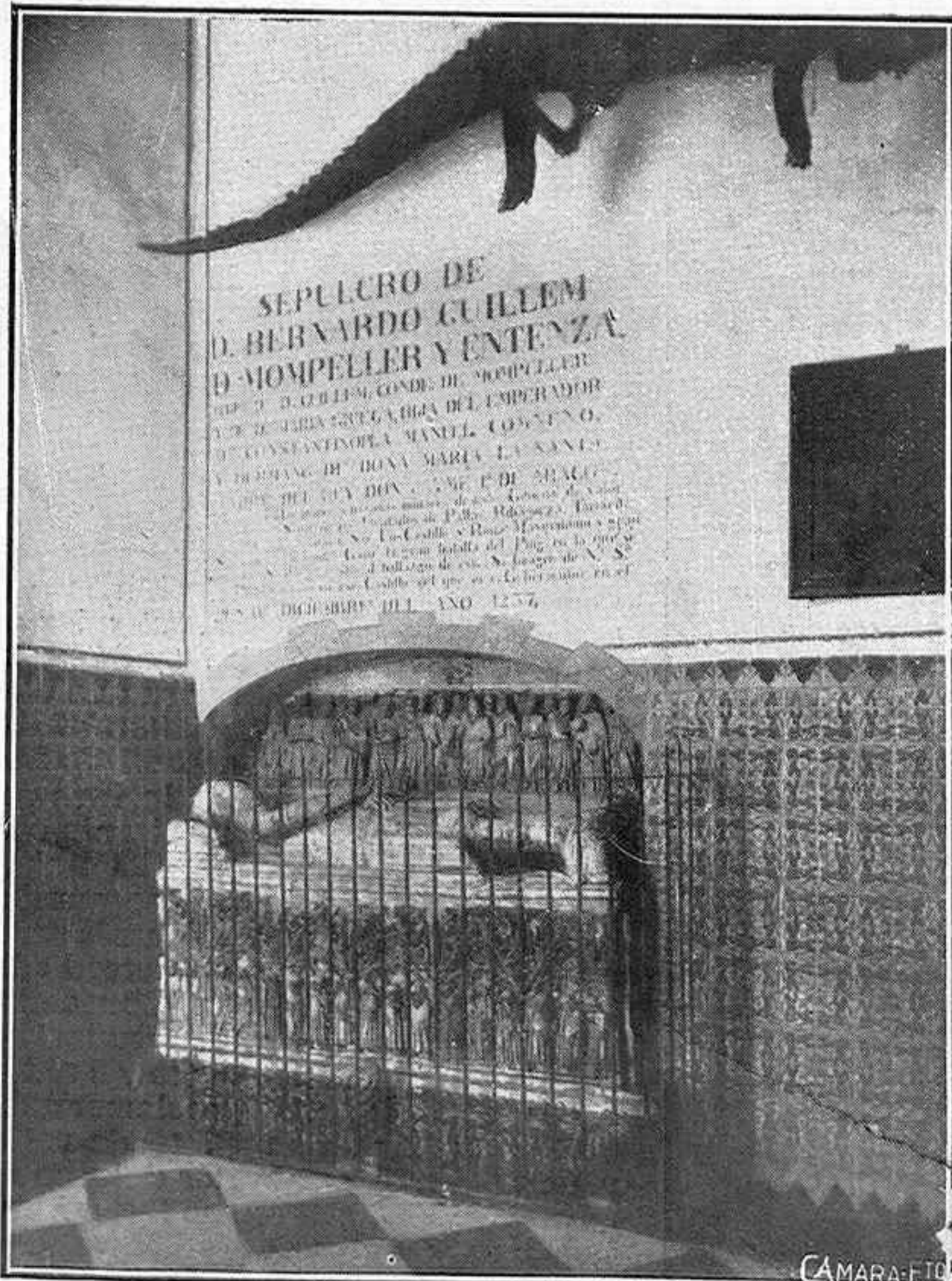
A partir de entonces, los albos mercedarios fueron los custodios de la Virgen del Puig, el número luminoso de grandes hechos de la historia. Un día poniendo su espada ante el altar, dijo á Nuestra Señora, el Rey D. Jaime:

—Yo te traeré las llaves de Valencia.

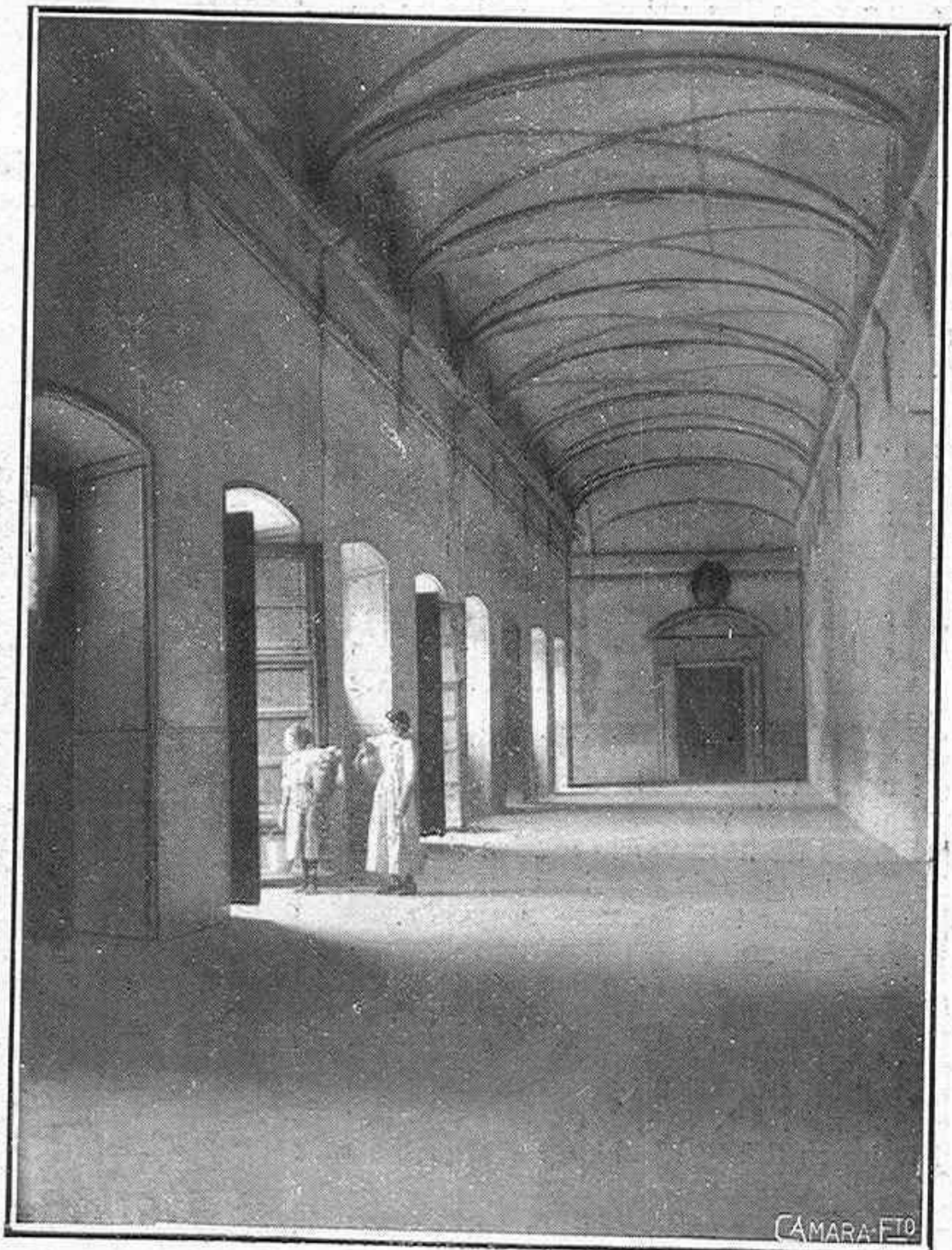
Y Valencia, mora, abrió sus puertas al monarca conquistador.

Más tarde repitió el Rey otra promesa:

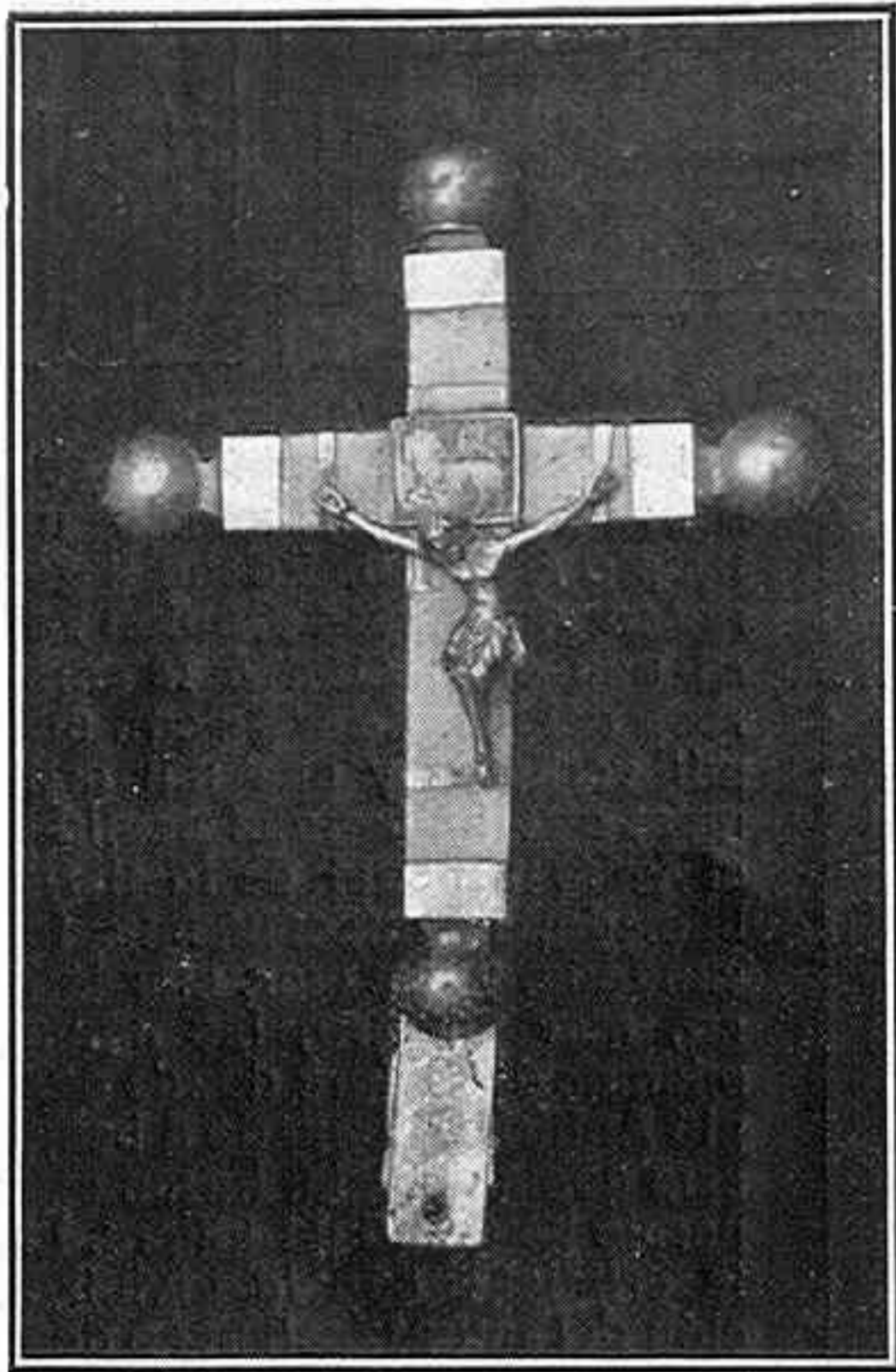
—Virgen del Puig, yo te traeré las llaves de Murcia.



Sepulcro de D. Bernardo Guillén de Mompeller y Entenza, existente en el Monasterio del Puig



Una de las galerías interiores del histórico Monasterio del Puig
 FOTS. GÓMEZ DURÁN



Cruz del rey D. Jaime I, que se conserva en el Monasterio del Puig

Y Murcia, mora, abrió sus puertas á D. Jaime.

La gloriosa virgen del Puig, proclamada patrona de Valencia, presidía las más preclaras hazañas de la corona de Aragón.

Nidal de santos y desabios, baluarte de la fe, columna de heroísmo, fanal de todas las virtudes,

el monasterio alzaba su fábrica gallarda en campos de devoción, cerca de donde San Jorge bajó á blandir sus armas entre el fragor de una batalla y no lejos del lugar destinado para otra casa pía, la cartuja de Ara-Christi hermana en el llano, de la de Porta-Coeli en la montaña.

Una emoción intensa de piedad y de arte es la que siente el visitante al poner el pie en la entrada del vetusto monasterio. Y al tiempo mismo, la sensación de horror que se experimenta en tantos otros insignes monumentos españoles al contemplar irrazonables destrozos. A la izquierda de la puerta del templo, y empotrado en la pared está el sepulcro de D. Guillermo de Entenza. Esta tumba, que antes tenía otro lugar sin menoscabo de la elegancia y gracia con que está labrada, ha perdido no sólo lo airoso de su aspecto sino también algunas piezas de su integridad monumental. Así también la sepultura de Doña Margarita de Lauria ha sufrido un detrimento infame, y algunos trozos de pulido mármol que componían el mausoleo, se ven utilizados como materiales de construcción en otras partes del edificio.

Bajo del suelo de la iglesia está la cripta donde reposan los huesos de preclaros varones. Prelados ilustres, entre ellos los primeros obispos de Valencia, y caudillos que se cubrieron con el manto de la gloria, duermen allí.

Junto al altar mayor, el hijo del almirante Roger de Lauria, D. Roberto, yace en artístico sepulcro y bajo las gradas del mismo altar, un Aragón, duque de Segorbe y de Cardona, tiene su sepultura.

¡Lauria! ¡Cardona! Pronunciar estos nombres es evocar las épocas más bellas de la corona aragonesa. La estirpe de Lauria simboliza el dominio del Mediterráneo, y recuerda el momento glorioso en que al otro extremo de Europa tembló el Bajo Imperio ante el impulso de los almogávares. Decir los duques de Cardona, es recordar cuando después Italia se inclinaba ante las armas de Aragón.

Y cuando detrás del altar se pasa al camarín de la Virgen, las estatuas de Jaime II y de Alfonso V dando guardia de honor á la madre del Rey de Reyes, proclaman la grandeza de aquel lugar tantas veces sagrado.

Y no fueron sólo monarcas de Aragón los que acudían á postrarse de rodillas ante esta imagen veneranda. Dos de los más famosos reyes de Castilla, llegaron ante ella. En días de paz, D. Alfonso, *el Sabio* oró ante la virgen del Puig al lado de la Reina Doña Violante. Y en días de guerra, D. Pedro I, *el Justiciero*, que batallaba contra su tocayo aragonés, llegó en su empuje hasta estos lugares y habiendo tomado el castillo que le-

vantara el Rey D. Jaime, bajó á rendir su devoción á la primitiva patrona de Valencia.

Príncipes de piedad vió florecer también la Virgen del Puig, en aquella comunidad de Mercedarios, blancos soldados de la fe. Y entre ellos aparece descollando como el ciprés entre los arbutos, la figura del beato Fray Juan Gilabert Jofré. Compañero de San Vicente Ferrer en el apostolado, era la dulzura inefable mientras que el fogoso dominico con su arrebatado tribunicio era el impulso que arrollaba. Hallábanse los dos predicando en Borgoña, cuando la Virgen, apareciéndose en sueños, aconsejó á San Vicente que enviase al padre Juan á Puig donde debía morir. Y así aconteció que llegando el padre Jofré extenuado y moribundo á este monasterio comenzaron las campanas á doblar sin que campanero las tocase, con lo que saliendo la comunidad con cruz alzada á investigar la causa del portento vieron llegar al beato que solo tuvo tiempo para arrodillarse ante el prior y morir. En la sacristía, y en la parte baja del gran relicario, vemos el cuerpo incorrupto del bienaventurado. Y su presencia nos recuerda una gran labor humana que á más de la copiosa divina, realizó aquel santo varón. El fué fundador del primer manicomio del mundo. Un día después de prestar amparo á un pobre loco golpeado en la calle entre vayas y burlas, subió al púlpito y pidió y logró la institución de un hospital donde hallaran recogimiento los infelices faltos de juicio. Y llevando el tesoro de su caridad por gran parte de España y de fuera de ella, no descansó más que para morir. Predicando en todas partes, redimiendo cautivos en tierra de moros, dando gobierno á distintas casas de la orden y aun al reino pues que el monarca D. Martín acudía humildemente á su celda para consultarle los más graves negocios, y aun á la cristiandad que obedecía á Benedicto XIII puesto que el Papa Luna tenía por amigo y consejero.

La historia del monasterio del Puig se renueva en el tiempo del beato patriarca Juan de Ribera. El santo arzobispo al levantar sobre el viejo convento la suntuosa fábrica que hoy contem-

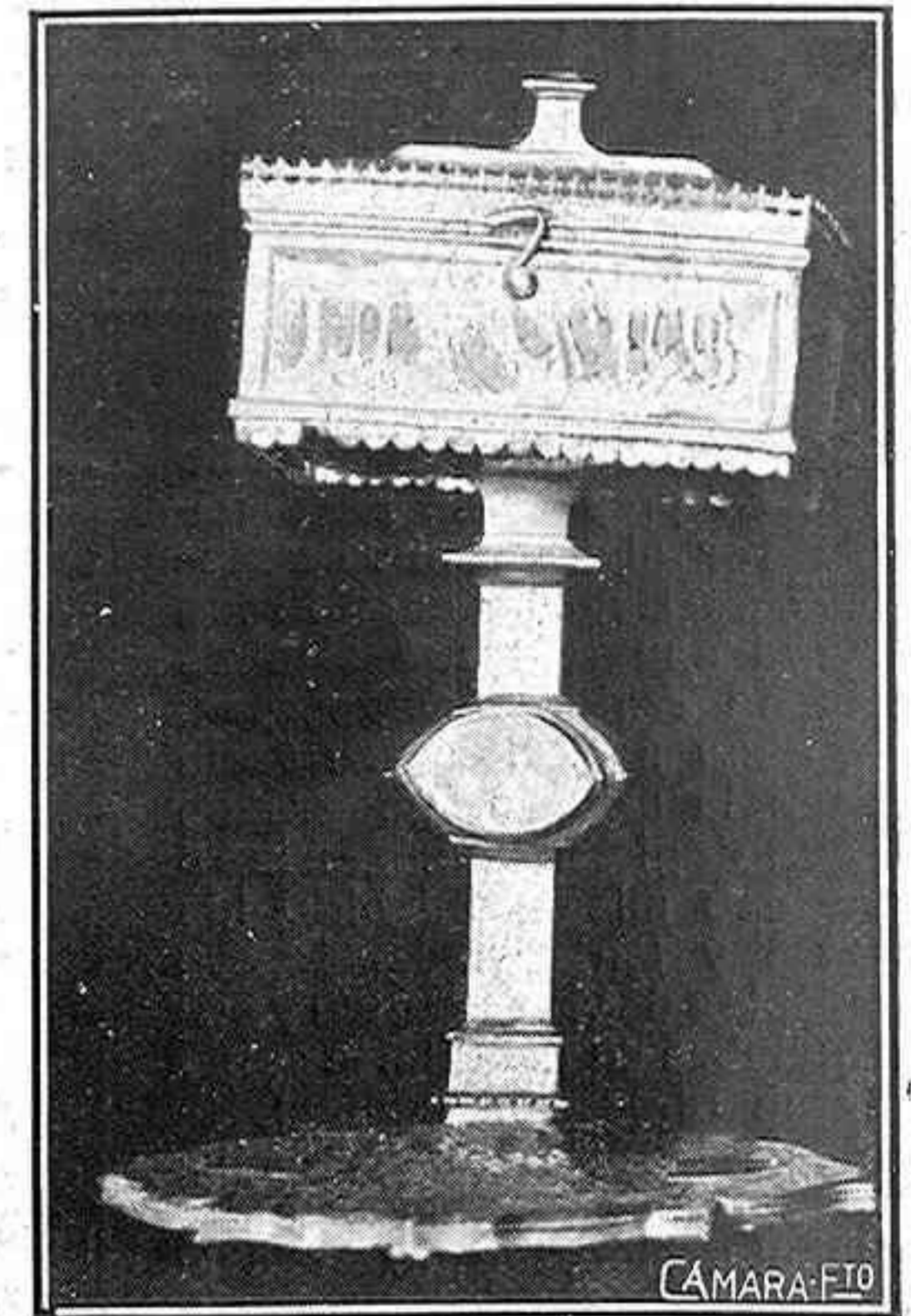
plamos, dió mayor munificencia á la casa de Nuestra Señora del Puig. El dió al grandioso monumento ese aspecto que le hace semejante al alcázar de Toledo y al monasterio de El Escorial, en el que sin duda pensó el patriarca al ordenar la construcción de este edificio.

Fuerte y solemne este himno de piedra cuyas últimas grandiosas estrofas dictó Juan de Ribera, permaneció espléndido hasta que la órdenes religiosas fueron arrojadas de sus viejos hogares. Faltos de vida y de cuidado los claustros vastísimos y desiertos, se cubrieron con tristeza de cenotafios. Las celdas y las salas capitulares tras de largo abandono pasaron á ser vivienda de gente miserable. Otros departamentos del monasterio dedicáronse á almacenes de cebollas. La casa del dios cristiano había pasado á ser la casa de aquellos dioses que á los egipcios según la donosa frase de Plinio, les nacía en sus huertos.

He aquí en el Puig dos símbolos magnos para Valencia. El de la grandeza de su pasado y el de la grandeza de su porvenir. Este nace en la pródiga cantera que da sus entrañas de piedra para la construcción del más grandioso puerto que se pueda idear. Aquel es el cofre de las ejecutorias, es el blasón de la estirpe, es el lecho venerando en que murieron los abuelos.

¿Qué deberá hacerse para su digna conservación? Tienen tan hartos motivos los españoles para sentir recelo ante toda promesa de protección oficial, que es más para temblar que para agradecer el anuncio de una acción del Estado. Quizás el mejor sistema de restauración y cuidado para un monumento como éste sería volverle al fin para que fué creado, y concedérselo como vivienda á una orden religiosa que lo atendiese con esmero. Quejase la gente de la muy frecuente construcción de conventos dentro de las ciudades. Entretanto, en la religiosa paz y soledad de los campos hay artísticos monasterios abandonados. Es indudable que más valiera entregar estos edificios venerables á las órdenes contemplativas, con lo cual ganaría el espíritu de los siervos del Señor menos expuesto á disipaciones y más en relación con la gran obra del Creador, al mismo tiempo que las ciudades tendrían la ventaja de no ver edificar en sus calles esas lamentables capillitas almidonadas que ofrecen el aspecto de labor de confitería y alejan la idea de grandiosidad que debe inspirar la religión. Pero el monasterio del Puig, este relicario español donde se guarda la cruz del rey D. Jaime, no puede permanecer por más tiempo á merced del vandalismo y la desidia. Consentir que perdure es hacer una renuncia á todo pensamiento alto y á todo sentimiento hondo. Es proclamar que hemos perdido todo instinto de raza y de patria, y manifestar dolorosamente que mal podremos formar un caudal para mañana cuando no sabemos hacernos cargo de la herencia del ayer.

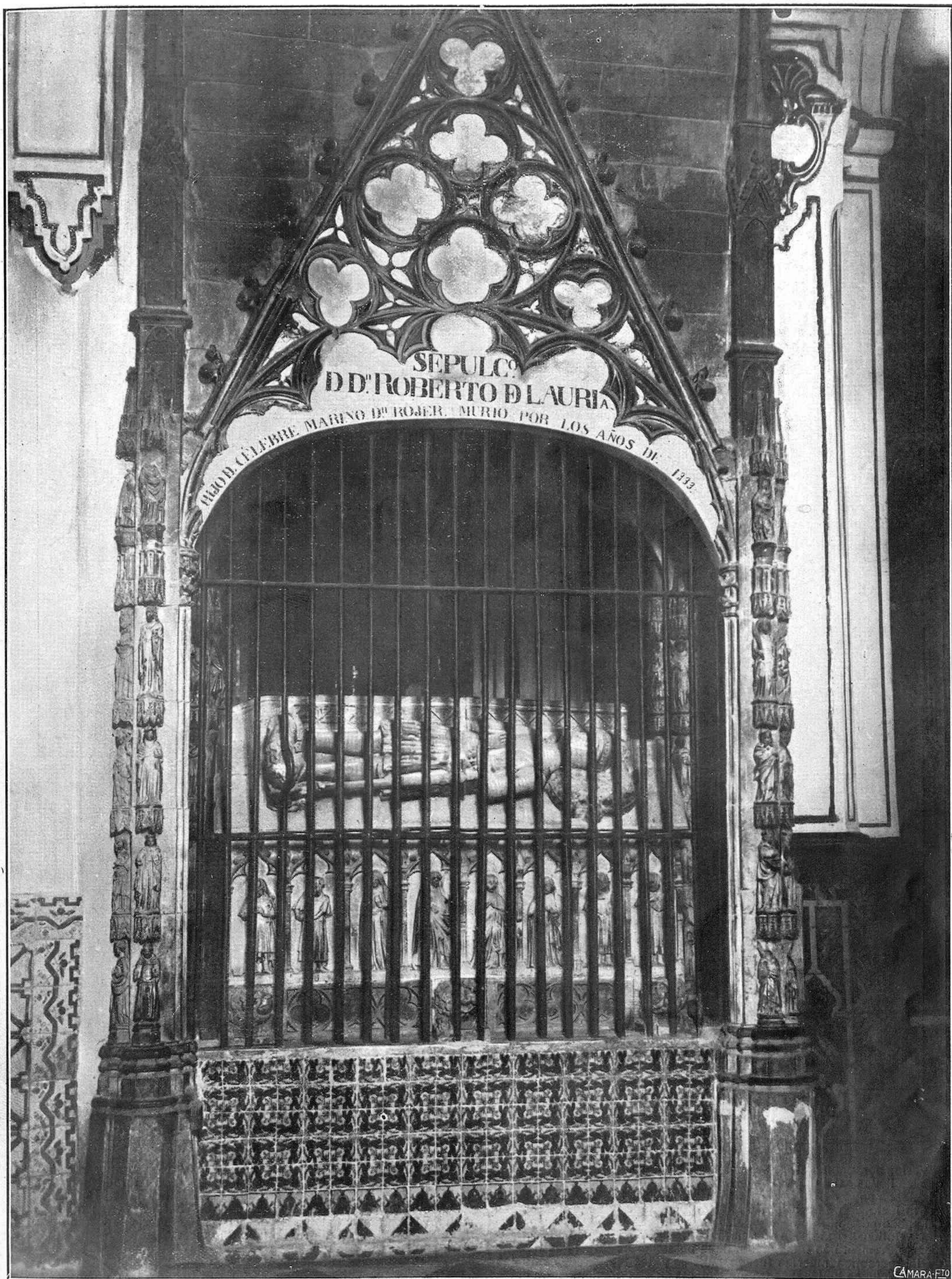
PEDRO DE RÉPIDE



Hostiario que se utilizó para la comunión de las huestes de D. Jaime I



Relicario del Monasterio del Puig. En la parte posterior se halla el sepulcro de Gilabert Jofré, fundador del Hospital y primer Manicomio de España

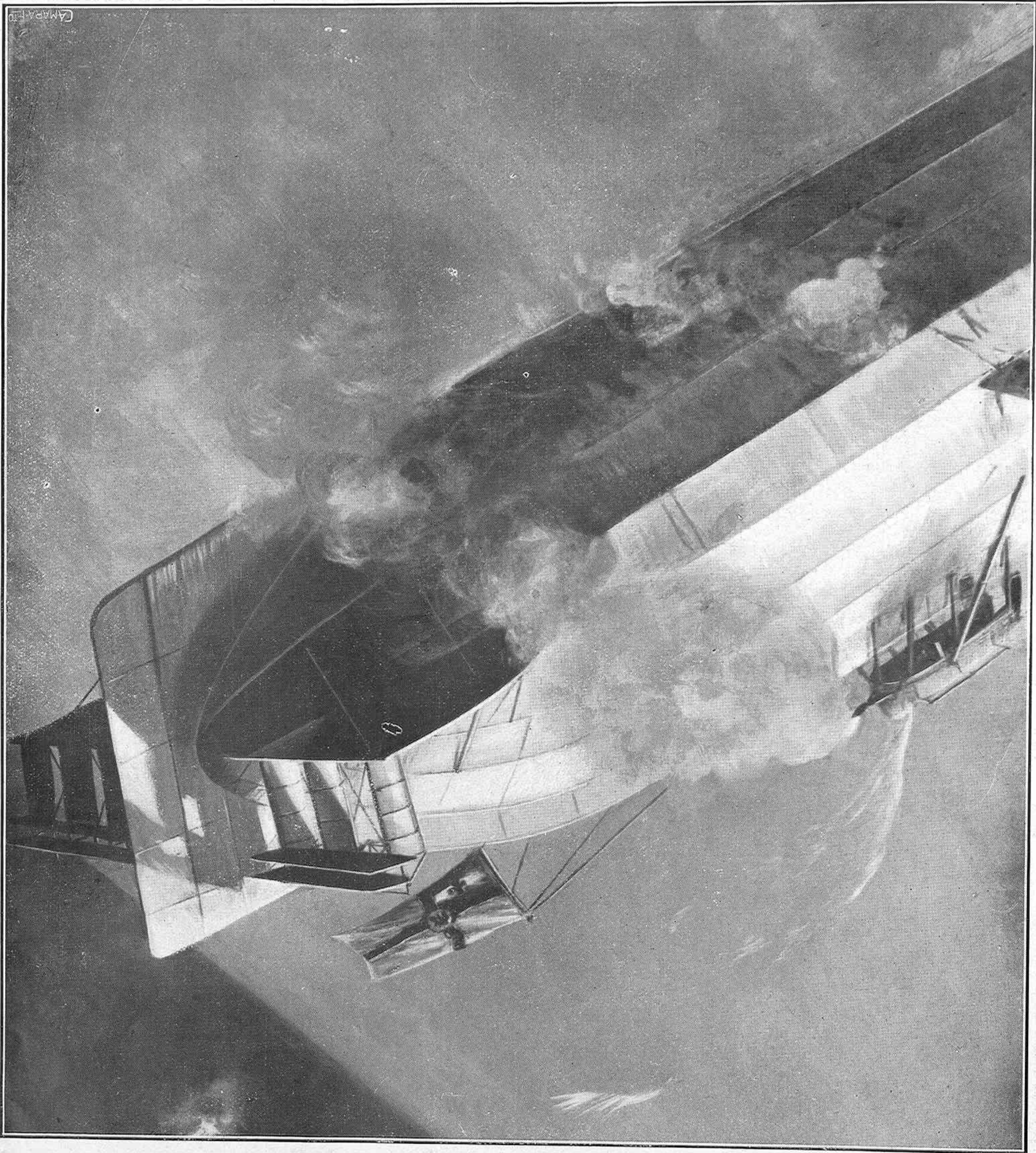


BIBLIOTECA DE MADRID

Sepulcro de D. Roberto de Lauria, existente en el Monasterio del Puig (Valencia) FOT. GÓMEZ DURÁN

CÁMARA-FIO

LOS ZEPPELINES SOBRE FRANCIA



Un zeppelin alemán destruido por una granada, durante uno de los recientes "raids" sobre Francia

Varios aeronautas alemanes han pagado con su vida la temeridad que les lleva casi á diario á bombardear en Francia. Un *zeppelin* que tripulaban cayó destruido por una granada. La tenacidad y el amor patrio teutones no tardaron en buscar el desquite, y en la madrugada del pasado domingo otro *zeppelin* arrojó trece bombas que causaron veinticuatro muertos y veintidós heridos en la población parisiense. Aumentó la indignación de la capital el hecho de que catorce de las personas muertas fuesen mujeres y dos niños, que como las demás víctimas hallábanse tranquilamente en sus domicilios. La prensa de París pide represalias, con mayor razón por cuanto que el *zep-*

pelin, que volaba á 3.000 metros según la versión francesa y á 700 ú 800 según la alemana, pudo escapar á favor de la densa niebla que cubría la ciudad, circunstancia que debilitó la acción de los proyectiles y restó eficacia al fuego que los cañones hacían contra la aeronave. La noche del propio domingo, á las diez, los vigías avisaron que otro dirigible alemán estaba á la vista.

Cañoneado por las baterías especiales y atacado por los aviones franceses, el dirigible emprendió el viaje de retorno después de arrojar unas cuantas bombas, que por fortuna no causaron desgracias ni daño apreciable.

AUTORES CÉLEBRES
MIGUEL RAMOS CARRIÓN

DESDE 1866 hasta 1908 ha sido Miguel Ramos Carrión uno de los autores más aplaudidos y populares de España y de los que más encadenado han tenido el éxito feliz, fruto de su perfecto conocimiento del público, de su dominio de la técnica y de su habilidad suprema. En esto de la habilidad pocos, poquísimos han logrado igualarle, y nadie le ha superado. Lo mejor de sus obras ha sido siempre el plan, seguro, firme, granítico, si vale la expresión; sin que esto quiera decir que fuera deficiente en lo demás. En todo lo que se refiere al arte de componer comedias, era un maestro.

Ha tenido fama de perezoso y, sin embargo, su repertorio es grande, y tan grande como variado: 74 producciones figuran en su catálogo y, aunque escribió no pocas en colaboración, también escribió bastante sin ayuda de vecino. Solo ó acompañado, ha estrenado siempre con éxito brillante y provechoso, comedias, juguetes, zarzuelas de las llamadas del género grande y también de las chicas. Entre las primeras las hay cómicas, dramáticas y melodramáticas. *Los sobrinos del capitán Grant*, *La Marsellesa*, *El rey que rabió*, *Las dos princesas*, *La tempestad*, *La bruja* y otras que no recuerdo en este momento, prueban lo que digo respecto á la variedad de su trabajo.

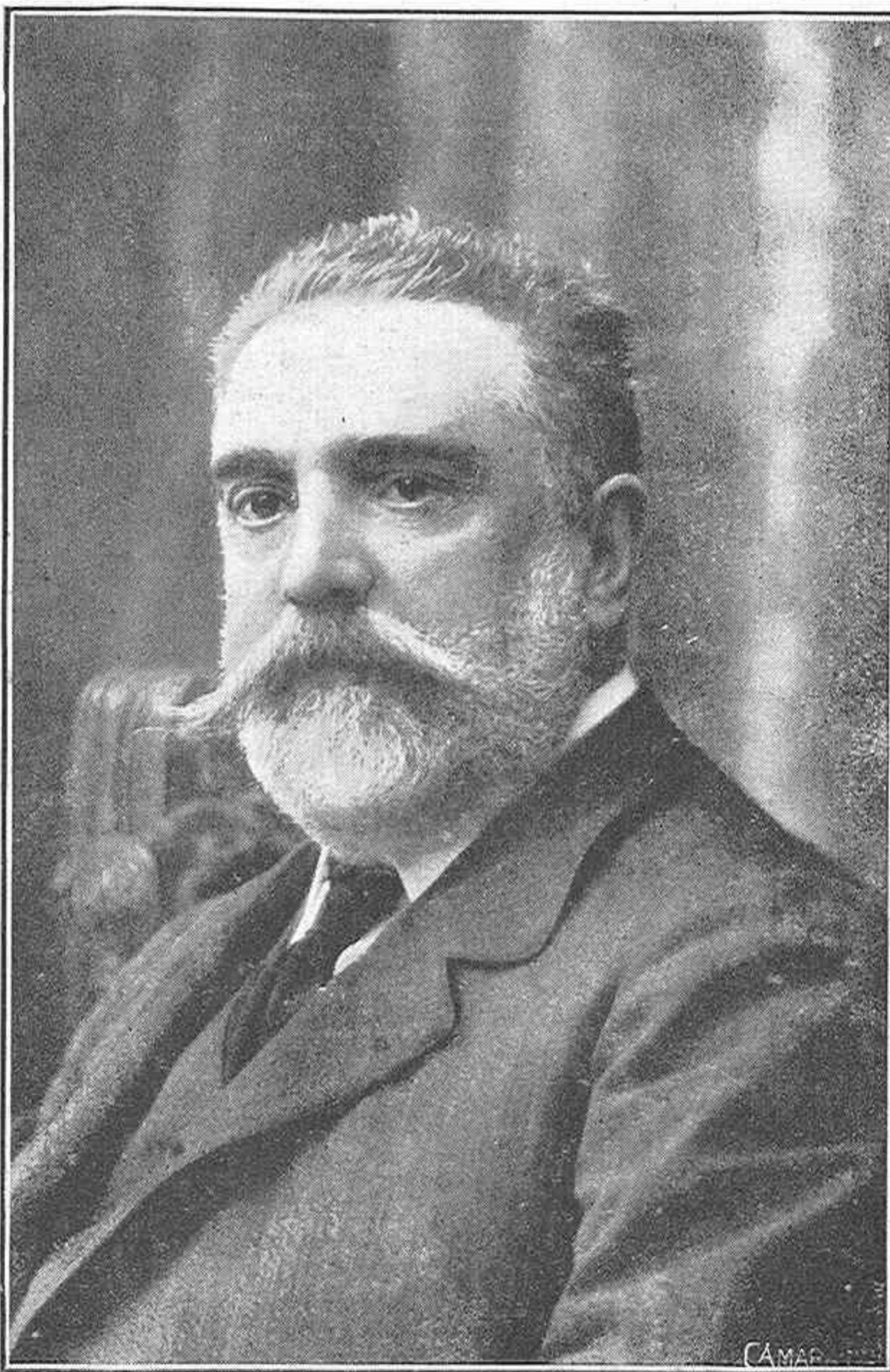
En un acto tiene, entre otras también muy notables, *La calandria*, *El chaleco blanco* y *Agua, azucarillos y aguardiente*.

Su comedia en tres actos, *El noveno mandamiento*, es un modelo de la verdadera comedia de costumbres, y todas las que escribió para Lara, muchas de ellas en colaboración con Vital Aza, son un prodigio de ingenio y donosura. Merecen citarse *El bigote rubio*, *La muela del juicio*, *Robo en desdoblado*, *El padrón municipal*, *Zaragüeta*, *El señor gobernador*, *El oso muerto*, *La almoneda del tercero* y otras cuyos títulos no recuerdo, que contribuyeron grandemente á la prosperidad del mencionado teatro en una de sus épocas más florecientes.

Antes de escribir para Lara, cuya inauguración se verificó en 1880, había estrenado obras en casi todos los teatros de Madrid, especialmente en Jovellanos, Variedades, Circo de la Plaza del Rey, Circo del Príncipe Alfonso, (que estaba en el Paseo de Recoletos) y teatro de la Comedia. En éste, además de *El noveno mandamiento*, de que se habla más arriba, estrenó *La careta verde*, que interpretaba Ricardo Zamacois maravillosamente, *La mamá política*, una de las más perfectas creaciones de Balbina Valverde, y algunas otras cuyos títulos no recuerdo.

Miguel Ramos Carrión, el ilustre autor de tantas obras notables, se dió á conocer en el teatro con *Un sarao y una soirée*, caricatura de costumbres, en dos láminas, original y en verso, música del maestro D. Emilio Arrieta. Esta obra la escribió en colaboración con Eduardo de Lustonó y se estrenó en el teatro de Variedades por la compañía de los *Bufos Madrileños*, que capitaneaba el inolvidable Arderius, tan excelente actor como inteligente empresario, el 12 de Diciembre de 1866, con éxito verdaderamente extraordinario. Este éxito, tan grande como merecido, le abrió de par en par las puertas de los demás teatros.

Siendo Ramos tan aficionado á la colaboración (no obstante haber obtenido él solito éxitos brillantes), es muy extraño que no volviere á colaborar con Lustonó, después del magnífico resultado de su primera obra. Como Ramos era la mesura y la discreción personificadas, es de creer que él no tuvo la culpa de que aquella unión literaria fuese tan efímera. Su colaborador más constante y con quien escribió mayor número de obras, fué Vital Aza, como ya queda anotado. Cuando ya llevaba estrenadas quince obras, algunas de ellas con José Campo Arana, escribió *Levantar muertos*, en colaboración con Eusebio Blasco, que era por entonces el autor de moda. Trátase de un juguete cómico en dos actos: Blasco escribió el primero y Ramos el



D. MIGUEL RAMOS CARRIÓN

segundo: no se sabe cual de los dos tiene más gracia y ambos la tienen por arrobos. También colaboró con Carlos Coello, que era un escritor aceptable, aunque no de grandes vuelos, y con su hijo, Antonio Ramos Martín, joven autor que empezó siendo una esperanza y ya es una realidad.

Durante los primeros años de su vida de autor, Ramos Carrión trabajaba más para los editores que para él. Apremiado por la necesidad, vendía la propiedad de sus comedias en cuanto las estrenaba, y á veces antes, por una cantidad insignificante, irrisoria, mejor dicho, con relación á lo que luego producían. Un dependiente del famoso y opulento editor D. Alonso Gullón.—Eduardo Hidalgo—se estableció por su cuenta, viniendo á ser el mirlo blanco de los editores.

La primera vez que fué Ramos á proponerle la venta de una comedia, Hidalgo le dijo:

—Yo le adelantaré el dinero que necesite á cuenta del producto de sus obras, cuya propiedad debe usted conservar al objeto de crearse una renta con las que queden de repertorio. Yo, más que editor, aspiro á ser administrador de los autores que me honren con su confianza.

Y así era, en efecto; Hidalgo se contentaba con cobrar su tanto por ciento de administración, y rara vez, y á regañadientes, compraba la propiedad de una obra. Prestaba dinero á los autores al 12 por 100 anual y hacía cuantos favores eran compatibles con sus intereses. Era un hombre bueno y cariñoso. Ramos siguió su consejo y comenzó á prosperar. Cuando Eduardo Hidalgo vivía en la calle de Sevilla (antes del ensanche de la misma), tuvo ocasión de ver en su despacho un retrato de Ramos Carrión con la siguiente dedicatoria:

«Mis trimestres me prueban, buen Hidalgo, que tus consejos me valieron algo.»

Fué el rey del trimestre durante muchos años, gracias al desinterés del hombre que siempre hizo honor á su apellido.

Miguel Ramos Carrión nació en Zamora el 17 de Mayo de 1845. No había, pues, cumplido veintinueve años cuando estrenó su primera obra.

Vino á Madrid siendo casi un niño y, antes de darse á conocer en el teatro, colaboró bastante en periódicos festivos y aun creo que fué redactor de plantilla de alguno de ellos. Siempre conservó sus aficiones periodísticas. Yo lo conocí en la casa del afamado periodista y literato eminente Roberto Robert, cuando éste dirigía, allá por el año 1870, la importante publicación titulada *Las españolas pintadas por los españoles*, galería de tipos de mujeres—con absoluta exclusión del género masculino—trazados por varios escritores de los más distinguidos de aquella época, y Ramitos, como entonces se le llamaba, contribuyó con su ingenio al éxito de aquella empresa. Dos tomos bastante abultados se publicaron.

Durante muchos años su autoridad y su influencia han sido decisivas en los teatros de Madrid, oyéndosele en los Salonicillos y demás Círculos teatrales como á un oráculo; y había empresarios, Arderius entre ellos, que no formaban compañía ni arrendaban ningún teatro si no contaban con obras de Ramos; todo ello por ser el autor *que más dinero daba*. Ya se sabe que en el teatro ese es el barómetro de la autoridad y de la influencia. Por no haberle dado su zarzuela *La bruja*, cuando la había prometido, á Arderius (por aquello de que no se puede tener ingenio á plazo fijo), tuvo una cuestión muy seria con dicho empresario. *La bruja* se estrenó algún tiempo después en la Zarzuela, siendo empresario de este teatro Felipe Ducazcal, obteniendo un gran éxito y dando un dineral, no sólo por la bondad del libro, sino también por el subido mérito de la partitura del insigne maestro Chapí.

Además de su copiosa labor escénica, aún más admirable por la calidad que por la cantidad, Ramos Carrión publicó un tomo de cuentos, en prosa, de más de trescientas páginas, y dos novelas, tituladas, respectivamente, *Zarzamora* y *La reina de «Los Madgyares»*.

También colaboró en muchos periódicos literarios. En toda su labor, así en prosa como en verso, demostró siempre una corrección extremada y un gusto exquisito y depurado.

Su última obra fué una comedia en dos actos, original y en prosa, titulada *Mi cara mitad*, que se estrenó en Lara con gran éxito el 3 de Noviembre de 1908. Fué, pues, autor dramático en ejercicio cuarenta y dos años, figurando siempre en primera línea. ¡Gloriosa vida la de este ilustre autor!...

Era Ramos Carrión de trato afable, de conversación aménisima, cumplido y correcto caballero, compañero leal y amigo servicial y cariñoso. A pretexto de que era un poco sordo del oído izquierdo, cedía siempre la derecha á cuantos paseaban con él, y no había medio de oponerse á este deseo, al oírle decir:

—A este lado (al izquierdo) no le oigo á usted.

Murió en Madrid el 8 de Agosto de 1915, á la edad de setenta años. Hacía ya siete que no escribía para el teatro.

Una anécdota para concluir.

Cuando Ramos Carrión entró en quintas, careciendo de recursos para librarse del servicio militar, alegó que era sordo, aunque tenía un oído finísimo. Le llevaron al cuartel, le pusieron en observación y le sometieron á muchas pruebas; de todas salió bien, gracias á su ingenio y á su serenidad.

Cuando el sargento pasaba lista, jamás respondía Ramos al oír su nombre. Un día gritó el sargento:

—Antonio García Gutierrez.

Ramos, que estaba desprevenido y que era admirador entusiasta del insigne autor de *El trovador*, destacóse de la fila, instintivamente. Comprendió su torpeza y se creyó descubierto. Mirándole con lástima, dijo el sargento:

—¡Si será sordo este pobre muchacho, que iba á responder á un nombre que en nada se parece al suyo!...

FRANCISCO FLORES GARCÍA



CAMINO DE LA IGLESIA

CUANDO en 1896 celebró Hungría su milenario se probó que no hay nación en el mundo, cuyo pueblo tenga trajes típicos más variados y pintorescos. Verdad es que tampoco hay nación que esté compuesta de más diferentes razas: austriacos, alemanes, magyares, checos, moravos, polacos, ruthenos, serbios, croatas, rumanos, turcos, eslovacos, iziganos, judíos... Y á eso hay que agregar el multiforme pueblo de Bosnia-Herzegovina.

La fantasía oriental y las tradiciones suntuarias que resucitaron en Bizancio y Andrinópolis las grandezas de la época pagana y que ha educado la retina de estas generaciones en una fanática adoración del color, mantienen en estos pueblos, á través de la esclavitud, de las guerras, de la pobreza y la incultura el uso de los trajes, llenos de adornos, de bordados, de colorines, de encajes... Si uno de nuestros labriegos manchegos, andaluces ó aragoneses viese los pastores que cuidan en la estepa de Hortobagy los rebaños de ovejas ó los que guardan las manadas de caballos ó vacas en la *puszta* de Debreczin quedaría asombrado y creería tener ante él un caballero evocado de entre las páginas de un cuento oriental.

Su mayor asombro consistiría en ver al pastor y al mayoral cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro, de copa baja y ala redonda, exactamente igual al sombrero flamenco de España, patrimonio de toreros que aquí llamamos cordobés ó sevillano por creer que no lo hay en el mundo igual y que lo inventó Curro Cúchares y lo consagró Lagartijo. Luego le asombraría este rumboso capote de grueso tejido de lana gris, parecido al capote mejicano aunque mucho más adornado. Una triple cenefa de vivos colores en la parte baja, bocamangas con chorreras hasta el codo, hombreras y solapas y amplios plastones en los dos delanteros y en la es-

palda, todo ello bordado y trenzado en azul, en rojo, en violeta, en verde vivísimos. Si estos lujos gasta un pastor, imaginad qué recamados de oro y plata y sedas, qué encajes sutiles como tejidos por arañas, qué paños deslumbrantes de color como sangre viva, como campos de heno, como cielo transparente, como nieve recién caída usan las mujeres, lo mismo las alemanas de Transilvania, que las serbias de los alrededores de Mohacz, que las campesinas de las orillas del Drava... Y en la ciudad el lujo, y más que el lujo aun, el respeto á la tradición, la fiebre, la locura de los colores llegan á límites inconcebibles.

Nunca podréis imaginar lo que es una boda en la región de Mohacz. Toda esta cuenca del Danubio está poblada por serbios, á los que la esclavitud política no ha degradado, sino que mantiene en ellos más vivo su espíritu tradicional y en cambio, la riqueza de los campos que cultivan y la cercanía de Budapest, rico y fastuoso, los ha convertido, manteniendo su carácter popular, en una especie de aristocracia de su raza.

Las orillas del Danubio son jardines. Cada día las serbias de Mohacz llevan entre sus cabellos ramos de flores, como las que se ponen las andaluzas. Formando una diadema sobre la frente ó una corona sobre el rodete, en *bouquets* cubriendo las orejas, en el pecho sirviendo de broche al corpiño bordado, en la cintura confundiendo con los bordados del delantal y de la falda, las flores son el mejor adorno de estas húngaras. Y ellos, los pastores de esta raza también sienten por las flores una rendida pasión. Ya en el campo, en las regiones donde las flores escasean, los pastores adornan su sombrero con plumas. No hace mucho los occidentales creímos haber inventado algo originalísimo y de buen tono colocando una

punta de pluma de pavo real ó de faisán en la cinta del sombrero de caza ó de deportes ó de paseo matutino... Los años, digo mal, los siglos que hace que tenían esa coquetería los rudos pastores de Hortobagy y de Debreczin!...

Pero en la campiña misma, sobre todo, en la ciudad no hay mozo que no prenda unas flores en la cinta de su sombrero. Y el día de la boda, cuando se ha sido invitado á acompañar á los novios á la iglesia, entonces sobre cada sombrero masculino va un verdadero ramo de flores...—¡Oh, qué duda! ¿No vendrá de aquí la antigua moña que adornaba el bárbaro sombrero de nuestros picadores?—Las muchachas van envueltas en guirnaldas de flores, que coronan sus cabelleras y desde los hombros hasta los encajes de las faldas las rosas se mezclan y confunden con los bordados admirables donde la fantasía oriental desata el venero inagotable de sus creaciones.

Pero hoy toda esta región está triste. En la mayor parte de los hogares los mantos negros han sustituido á las guirnaldas de flores; las muchachas esperan en vano para ir á la iglesia luciendo el traje de boda, á que vuelvan los mozos de la guerra. Y los mozos no vuelven. Están formando un muro de acero para contener á la avalancha rusa; están invadiendo las tierras hermanas, Servia y Montenegro, y allá donde van, la desolación y la muerte va con ellos, pero ellos también quedan agonizantes, destrozados en los campos que fueron arrasados, en las montañas cubiertas de nieve, en el fondo de los barrancos... Y la embriaguez de color y de perfumes en que vivía esta raza amorosa de las flores, se está trocando en una embriaguez de sangre...

MÍNIMO ESPAÑOL

CUADRO DE UPRKA